



A. R. Cid

Querido cupido:  
Aparta esa flecha de mí  
o  
vas a necesitar  
otro PAÑAL

Querido cupido:  
Aparta esa flecha de mí  
o  
vas a necesitar  
otro PAÑAL

A. R. Cid

Título: Querido cupido: Aparta esa flecha de mí o vas a necesitar otro pañal

© 2019 por A. R. Cid

Diseño de cubierta: A. R. Cid

Editor: José Antonio Lamas Iglesias

Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo,  
valóralo...

# Agradecimientos

Este libro va dedicado a esas personas maravillosas que hacen posible que mi sueño se convierta en realidad. No solo son lectoras, son mis ángeles de la guarda. Me encantaría poder mencionarlas a todas, pero no llegarían las hojas... Aquí dejo los nombres de muchos de esos angelitos. Este libro os lo dedico.

Muchas gracias a Borja Jiménez Arroyo, Marta Hernández Francisco, Manolita Gasalla Riera, Mar Serrano del Cid, Lola Bach Escritora, Sonia Martínez Gimeno (fue la primera en leerlo y darme ánimos...), Alicia Avendaño Cantos, Shuliana Antonio Perez, Tontería Las Justas (y a su niña, qué nombre más bonito tiene la peque), Maria Dir, Leydis Sabala, Remedios Perez Martinez, Xionela Salazar, Jairo SC, Yuli Ramon Ayala, Luz Diaz, Maria Herrera, Yohana Tellez, Anys Felici, Angela Martinez Camero, Mariluz Aquino, Sonia Rodriguez, Edurne Cobos Lafuente, Carmen Gonzalez, Rosario Esther Torcuato Benavente, Itziar Martinez Lopez, Ana Maria Lopez Perez, Marta de Castro, Diego Torres Pacheca, Mariangeles Caballero Medina, Meme De La Maza Trigueros, Elizabeth Rodriguez, Laura Luján, Izaskun Maguregui, Maria Blázquez, Monica Fernandezdecañete, María Del Mar Gonzalez Obregon, Ana De La Cruz Peña, Loles Saura, Mariluz Lucas Deza, Maria Esther Perez Martin, Daniela Mariana Lungu Moagher, Nerea Araujo, Carmen Lorente Muñoz, Tania Espelt Benaiges, Enri Verdu, Montse Godrid, Marisol Gallardo, Mari Carmen Agüera Salazar, Carolina Pedrero, Monica Buide, Nadia Orrego, Beatriz Mariscal, Bethzaida Cruz, Ana Merino Munoz, Normma Aliciya, Stephany Burgos, Keila Daza de Acuña, Guisela Guillanes, Andy Garcia, Marga Romera Ocaña, Yoli Gil, Gael Obrayan, M Isabel Epalza Ramos, Vanesha Salas Cerda, María Camús, Lili Brand, Liliana Freitas, Verónica Torres Gómez, Paqui Galera y Rafael Navor.

# Sinopsis

Lo he perdido todo sin llegar a decirle cuánto lo amaba, un amor gestado en el cariño, la confianza y el deseo contenido. Tantas noches compartidas sin atreverme a besarlo, ambos nos quedábamos en silencio incapaces de dar el primer paso por miedo, el miedo nos impidió disfrutar del tiempo que nos quedaba juntos.

Éramos soldados, no estaba permitido confraternizar y nosotros acatamos las órdenes, poco importaba que nuestros corazones clamasen por el otro y al final lo perdí. Un adiós para siempre con tanto por decir, un dolor que ahora me ata a una botella. Ahora soy una sombra de quien fui, solo estoy segura de algo, jamás volveré a amar.

¿Por qué digo esto? Porque fruto de la ebriedad acabé asaltando los labios de aquel atractivo camarero, para después abofetearlo con fuerza. Podéis odiarme a gusto, pero por un segundo creí que era el amor de mi vida y desperté en los brazos de un atractivo bufón incapaz de mantenerse serio. Al final me disculpé a mi manera... Pero él no quería disculpas, quería mucho más y yo no podía dárselo.

¿Cuántas veces puede una pasar vergüenza ante alguien? ¿Puede un corazón muerto sentir amor?

A él le encantan los juegos y a mí el control. Él me pica y yo trato de no entrar, pero no pienso perder esta guerra.

Ven conmigo por el pasado y el presente, entre las carcajadas y las lágrimas podrás entender como dos amores se batan en duelo. Cupido se ha cebado conmigo.

# Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

**CAPÍTULO 19**

**CAPÍTULO 20**

**CAPÍTULO 21**

**CAPÍTULO 22**

**CAPÍTULO 23**

**CAPÍTULO 24**

**CAPÍTULO 25**

**FIN**

# Prólogo

## (1 año y medio después)

Verano, un verano en el que el sol había decidido recrearse con nosotros, al igual que un niño pequeño que juega con su lupa a quemar hormigas. Aquellos días encontrar un sitio fresquito se volvió toda una proeza. Nunca me ha gustado el calor excesivo, se pega a la piel y me impide respirar. Si a eso le añadimos mis doce kilos de más y la cicatriz de la cesárea que dividía mi vientre en dos, estaba de un humor de perros.

— Deja de mirarla, sigues siendo la mujer más hermosa que he conocido nunca. — Su sonrisa de bribón, esa que me robó el corazón, me hizo mirarlo con cara de ogro. ¿Cómo podían parecerle bonitas las tres estrías que me habían salido en el culo?

Yo seguía caminando con unas inmensas bragas de abuela por cada habitación de mi nuevo hogar y sin nada más. Creo que en el momento en el que intenté dar a luz perdí toda mi vergüenza de golpe.

“Empuja”. Gritaban todos. ¿Qué pensaban que estaba haciendo, tirarme un pedete? Estaba empujando con todas mis fuerzas mientras mi hijo trataba, una y otra vez, de romperme la columna. A pesar de todo en lo único que pensaba era en él, no podía soportar la idea de que a mi hijo pudiera pasarle nada malo.

Y es que... cuando la gente se entera de que estás embarazada tienden a contarte todo lo malo, todo aquello que habían oído que le ocurriera a una amiga de una amiga.

Lo que no te cuentan es que al empujar salen muchas más cosas que el bebé. En aquel momento nadie me lo dijo, mi grandullón me confesó que me limpió a escondidas, envolviéndolo en un papel y tirándolo cada vez que tenía que “ir al servicio”.



Quizás ya no me sentía tan atractiva, demasiadas partes de mi cuerpo habían cambiado, pero cuando cogía a Samael en brazos era la mujer más feliz del mundo. Era una conexión mágica, única. Supe que un pedacito de mi alma había vuelto a su lugar.

— Pues yo no me siento hermosa. Feliz sí, inmensamente feliz con los dos niños de mi vida. Digamos que ya no soy la chica esbelta de antes. Mientras te siga gustando me conformo – dije con amor mientras olisqueaba el pelo de Samael. Su sonrisa, ese precioso sonido gutural capaz de hacer que me duela el pecho de felicidad, a punto estuvo de hacerme llorar.

— ¿Tú qué piensas hijo mío? ¿La castigamos por ser tan tonta? – le preguntó mi marido a Samael. Solo con rozarme aquel hombretón conseguía encender mi piel. Al principio creí que el tiempo apagaría las llamas, que se irían extinguiendo como tantas veces había oído, pero por el momento seguían ardiendo con mucha más fuerza que al principio.

— ¿Y qué tenéis en mente? – inquirí cansada. Los amaba con locura, pero darle el pecho a Samael y dormir con sus horarios era agotador y aun no estaba recuperada del todo.

— ¿Un masaje y una siesta? ¿Le sacamos los gases a mami?

— ¡No os atreveríais! – dije alegre mientras movía los brazos como si corriera y, caminando como un pato con las patas abiertas, llegaba hasta nuestra inmensa cama de matrimonio y me tumbaba boca arriba -. ¿De pies? – Aquella sonrisa de malote debía ser patentada, pensé mientras mi marido dejaba a Samael a mi lado.

— Creo que mi ayudante no puede con unas pezuñas tan grandes. ¿Cuándo te han crecido tanto los pies? ¿Será un efecto secundario del embarazo? – preguntó riéndose a carcajada limpia cuando un cojín, sabe dios salido de dónde, pasaba rozando su cabeza – Deberías mejorar tu puntería.

— No puedes demostrar que haya sido yo. – Mi voz salió mezclada con el gemido de placer al sentir sus dedos masajeando mi pie derecho. Lo había “obligado” a hacer un cursillo, al menos eso decía él. Sonreí al verlo tan concentrado -. Samael, ¿has visto a mami tirar el cojín? Ves, no me ha visto. – dije mientras mi hijo abría sus enormes ojos negros y se quedaba mirándome. Era tan hermoso, pequeñito, indefenso. Cuando me miraba me sentía poderosa y débil al mismo tiempo. Supe que jamás podría separarme de ellos, eran todo mi mundo.

— Os daré el beneficio de la duda – dijo él. Sonreí al sentirme tan amada. La mujer escéptica había desaparecido, descubrí que solo tenía que decir que sí para ser feliz y lo hice.

Cuando mi marido, tan diligente él, creyó que me había quedado dormida recogió un pañal limpio y se dirigió al servicio. Yo supe lo que iba a hacer antes de que saliera por la puerta. En mi mente solo se repetía una frase, “¡No será capaz!”

Fue por eso por lo que no me sorprendí de que la puerta estuviera cerrada y sonreí malévolamente. Golpeé la puerta con los nudillos con suavidad y nada, silencio absoluto.

— ¿Estás ahí? Abre, te he visto entrar.

— No es lo que parece – dijo él nervioso. Me encantaba cuando mi grandullón se ponía colorado. Me encantaba hacerlo sonrojar. Disfruté del momento.

— ¿Y qué es lo que no parece?

— Yo... - Oí como descorría el cerrojo y la puerta se entreabrió. Entré divertida.

— ¿Te ha comido la lengua el gato?

— Solo tenía curiosidad – dijo esquivo.

Y sí, este hombre tenía curiosidad por muchas cosas y se creía un manitas. No lo era. Ya se había cargado la aspiradora, el mando de la televisión y mi teléfono móvil. Le encantaba desmontar cosas “que no funcionaban como debían” o que simplemente no comprendía cómo lo hacían.

Suspiré cansada, lo miré con resignación y sonreí.

— Tengo una idea en mente, pero ni siquiera tú harías algo tan ridículo.

— No, claro que no – dijo escondiendo, avergonzado, el pañal detrás de su cuerpo.

— Cuando me preguntaste que cuánta capacidad tenía lo hacías porque...

— Son súper absorbentes y finísimos. Son como tus compresas. ¿No te lo has preguntado? Si Samael es tan pequeño y por la noche casi pesa más el pañal que él.

- ¿Ese es tu argumento?
- Un sólido argumento.
- ¿Has venido aquí con el pañal para mear en él y ver cuánto absorbía, amor mío?
- Puede ser.
- ¿Y bien? – pregunté divertida.
- No lo sé, me has interrumpido – dijo de morros mientras me entregaba el pañal. – Que sepas que tenía mucha curiosidad.
- Pobrecillo. ¿Quieres un biberón?
- Prefiero teta, preciosa – dijo él abrazándome con delicadeza, desde la cesárea, ya que tras diez horas había sido imposible que fuera parto natural, temía hacerme el menor daño e incluso me lavaba la cabeza al ducharme para que no tuviera que levantar los brazos.
- ¡Eres asqueroso!
- Pero soy tu asqueroso – dijo mientras su boca descendía peligrosamente sobre la mía y me guiñaba un ojo.

# Capítulo 1

Acerqué el vaso, ahora vacío, fruto de la necesidad. Necesitaba el alcohol recorriendo mi organismo para acallar mi conciencia. Una mano se acercó a rellenarlo, esa mano que acudiría en busca de mi dinero, un trato justo y rentable para ambos.

Estaba en un bar, pero no quería conversación, nadie debía aplacar mi dolor. Las lágrimas se amontonaron, de nuevo, detrás de mis ojos. Mi mundo se había derrumbado y el dolor me deshacía por dentro, pero jamás me permitiría exteriorizarlo. Todo aquello permanecería encerrado en mi interior y cuando terminara mi “permiso” volvería a mi deber dejándolo todo atrás.

El ambiente de aquel lugar se había enrarecido con el paso de las horas, aunque tampoco era capaz de discernir mucho más allá de mis manos. Mi mundo empezaba a bailar mientras yo trataba de ubicar las cosas. Incluso mover la mano para llevar el vaso hasta mis labios era complicado, pero no me rendí, por mucho que un par de gotas rebeldes manchasen mi blusa.

— Deberías dejarlo para mañana – dijo una voz demasiado cerca. Incluso alguien tuvo la osadía de tratar de robarme el vaso de entre los dedos. Aquel no era el camarero de siempre, quizás por eso se había atrevido a tocarme, pensé mientras me levantaba de un salto de la silla y le retorció el brazo. A pesar de apenas sostenerme en pie pude reducirlo enseguida, la adrenalina mitigó durante unos segundos el efecto del alcohol en mi torrente sanguíneo.

— Yo no lo haría – dije amenazante mientras me lamía los labios, en los que quedaban restos del tequila. Podía soltarle, no era necesario hacerle daño, sin embargo, tensé un poquito más sus músculos haciendo que él se retorciera, cabreada con todo y todos. Quería destrozar todo lo que me rodeaba, hacer que se sintiesen como yo. Mi mundo era demasiado oscuro para soportar la luz de los demás. Lo dejé ir dándole un ligero empujón.

— ¿Soldado? – La pregunta me sorprendió, pocos caían con tanta rapidez. Intenté enfocar mis ojos en aquel hombre. En medio de la niebla su

pelo cobrizo me trajo recuerdos. Recuerdos que seguían frescos en mi interior, repitiéndose una y otra vez. Anclándome a un pasado que corroía mis entrañas.

— Otra copa – contesté cansada. Me senté de nuevo a la espera del ansiado líquido, pero aquel hombre no se movió. Unas horas antes habría saltado yo misma la barra, pero sentía que mi cabeza estaba demasiado atontada y mi cuerpo empezaba a fallar en las órdenes más básicas. Suspiré frustrada.

— No quiero que acabes tirada en mi suelo – añadió con un tono demasiado jovial. Yo había conocido a alguien que hablaba como si estuviera siempre sonriendo. Me giré con rapidez, salté hacia delante y acabé demasiado cerca de aquel hombre. Sus ojos no eran los mismos, su boca no era la misma, pero aquella voz... Necesitaba con tanta intensidad volver a estar con él, confesarle al fin cuánto lo amaba, que me aferré a su camisa con todas mis fuerzas.

Me faltaba el aire, sobraban las palabras. Cerré los ojos sintiendo como mi corazón se revolucionaba, era él, tenía que serlo. Pensé desesperada mientras fragmentos de aquella última batalla golpeaban mi mente con intensidad.

Sentí dos manos en mi cintura, no sabía si trataba de mantenerme erguida o apartarme, poco importaba, yo no iba a permitirselo.

Era más alto que yo, siempre lo había sido. Acerqué mi boca con una ligera sonrisa dibujada en el rostro, la primera que esbozaba en los últimos dos meses.

Todo había sido una pesadilla, me dije. Tenía que ser eso, una broma cruel del destino. Lo tenía ahí, al fin podía decirle cuánto lo amaba y dejar que me curara. Solo él podía borrar con sus caricias, con sus besos, el dolor que me impedía dormir por las noches, que me hacía gritar contra la nada despertándome envuelta en sudor y al borde del ataque de pánico. Lo que más me dolía era que, por más que tratase de negarlo, en mi interior sabía que todo había sido real.

Lo besé, con cada uno de aquellos intensos sentimientos danzando en la punta de mi lengua. Noté la reticencia por su parte, incluso cierta tensión a aceptarlo, pero claudicó.

No sé cuánto tiempo pasó, lo cierto es que me sentía viva y me perdí en aquel remolino de emociones intensificadas por el alcohol. Respiré a través

de su boca, mordí su lengua en dos ocasiones y me enredé con ella otras muchas. Él jadeó, yo sonreí. Siempre quise, anhelé, que algún día estallase en llamas entre mis brazos. Había pasado muchas noches buscando el contacto de sus ojos, un solo gesto que indicase que al fin romperíamos la distancia que nos separaba, siempre creí que era solo cuestión de tiempo.

Jamás me habían besado de aquella manera, yo jamás había reaccionado como en aquel instante. Sentí un dolor en el pecho, quizás ya no podía soportar aquella intensidad, o tal vez algo no iba bien.

Me alejé confundida, viendo de nuevo el convoy y sintiendo que las lágrimas al fin se escurrían entre mis pestañas. Lo intenté, lo prometo, pero no podía pensar.

Me lancé contra aquel camarero y lo golpeé con fuerza, lo abofeteé culpándolo de haberme robado el beso, el primer beso que habríamos compartido Jonás y yo si el mundo hubiera sido justo.

Aquel hombre aguantó estoicamente, quizás no era la primera mujer borracha que se encontraba. Sabía que debería sentir vergüenza, decir algo, pero lo miré demasiado vacía para albergar emoción alguna. El dolor, el miedo, el odio, todo esto y mucho más recorrió mi interior en un suspiro para dejarme vacía.

— Es mejor que me largue de aquí – suspiré cansada y me mordí el labio. Aún podía notar su sabor, ese toque a cerveza y limón. Me levanté buscando la cartera con manos temblorosas, dispuesta a lanzársela a la cabeza si no conseguía extraer de su interior un par de billetes para pagar su servicio.

— Quizás deberías sentarte y tomar un café. Dicen que los míos están muy buenos. – Caminó de vuelta a la barra, moviéndose demasiado rápido para mi gusto. Sus labios se movían a gran velocidad y me costaba concentrarme en todo lo que decía –. Dos días seguidos sentada en el mismo lugar. ¿A quién tratas de ahogar? – preguntó con tranquilidad clavando un afilado puñal en mi pecho y mostrando cero empatía.

— Mejor me voy antes de cerrarte la boca a puñetazos – contesté rabiosa. No era una amenaza vacía, estaba más que dispuesta a cumplir cada una de mis palabras.

— Solo te falta batir palmas pidiéndome permiso. Debes odiar que te digan las cosas de frente.

— Lo que no soporto es que la gente se meta en lo que no le llaman. Rellenarme el vaso no te da derecho a opinar. Ni siquiera sé por qué te tomas tantas confianzas. – Me senté de golpe, dejando caer el peso de mi cuerpo cansado sobre aquel taburete de madera desgastada. Removí el vaso por la barra tratando de llamar su atención. Cuando colocó la tacita de café ante mí lo miré atontada.

— ¿Quieres tomártelo? Hazlo por el pobre hombre que ha sido acosado por una mujer con instintos animales y sumamente hermosa – añadió con una sonrisa de medio lado mientras me guiñaba un ojo y corría a atender a otro cliente. Quise contestar muchas cosas, pero me quedé bloqueada. Lo miré con la boca entreabierta.

Aproveché que estaba entretenido para incorporarme y caminar hacia la entrada. No necesitaba que nadie sintiera pena por mí, ni que intentaran ligar conmigo. Nadie me conocía realmente, al menos ya no. Abrirme de nuevo, permitiendo que alguien más pudiera destruir todo lo que era, no estaba en mis planes.

Una verdadera pena, pues aquel hombre no solo era alto y ancho de espalda, sino que poseía una cara sumamente atractiva y unos ojos negros como la noche que me gustaron mucho. Poseían ese brillo tan especial, el brillo que ilumina a esas personas que recorren el mundo con una sonrisa. Desde que Jonás se había ido odiaba a ese tipo de personas, personas que podían convertirse con facilidad en indispensables, dándote la falsa sensación de que todo saldría bien.

El aire frío me sentó bien, golpeó mi piel tan pronto abrí la puerta e inspiré con fuerza. Me alejé dos pasos, pero alguien me retuvo de nuevo. Me giré lista para abrir un par de cabezas de ser necesario, casi agradecía poder hacerlo. Momentáneamente una pelea me ayudaría a desconectar, seguía sin comprender por qué me habían impuesto aquel “pequeño” descanso cuando lo que de verdad necesitaba era volver a sentir la adrenalina en mis venas y poder acabar con los culpables de la muerte de Jonás.

Me encontré de golpe con aquel camarero metomentodo. Su sonrisa perenne y mis ganas de patearle las pelotas por pesado. Nadie lo había convertido en mi ángel de la guarda, seguro que en aquel mismo bar habría alguna mujer más que dispuesta de hacerle un favor bajo la barra, lo cierto es que no tenía la necesidad de correr detrás de la única que no estaba por la

labor. Una verdadera pena por él.

Lo empujé con fuerza, pero no me soltó. Sus dedos se mantuvieron firmes en mis caderas y yo sonreí sarcástica.

— Algo muy loable atacar a mujeres bebidas – susurré solo para él. Me acerqué para inspeccionarlo mejor, tampoco veía muy bien en aquel momento, y nuestros rostros volvieron a quedar peligrosamente cerca. Si de por sí nunca había sido muy tímida las pocas inhibiciones que me quedaban desaparecieron junto a la sobriedad. Poco importaba lo que pensase aquel mundo podrido lleno de monstruos y peligros.

— No tenía pensado atacarte como lo hiciste tú antes. No digo que no fuera a disfrutar haciéndolo... - añadió mordiéndose el labio con una sonrisa. Sus ojos volaron hasta mi boca, sus manos apretaron un poco más mis caderas en un gesto que, sin que mi cerebro pudiera evitarlo, me resultó sumamente sensual.

— Te mataría antes de que lo lograras. ¿Tan poco valoras tu vida? – pregunté empujándolo con suavidad. Mi tono descendió con lentitud volviéndose más ronco y amenazador. Jonás siempre decía que era como un perro antes de atacar, que solo me faltaba que mi pelo se pusiera “estilo punky”, tipo bandera roja. Para ser sinceros lo decía porque también era todo un experto en hacerme rabiar.

— No voy a dejar que cojas el coche o que te largues sola. Tendrás que soportar mi presencia hasta que estés a salvo, si es necesario yo mismo arroparé ese cuerpo hecho para el pecado – dijo mientras sus ojos me escaneaban a conciencia. Mi mano derecha voló a su garganta y apreté ligeramente sin que él se moviera el absoluto.

— Deberías tener cuidado con las tonterías que salen por tu boca. Mi paciencia está bajo mínimos. – Apreté un poco más.

— Siempre me ha gustado vivir al límite. – Su mano izquierda atrapó un mechón rebelde que había caído ante mis ojos y tiró de él con suavidad instándome a acercarme más. – Debe ser duro revolcarse en la autocompasión.

— Yo no...

— Cierto, emborracharse hasta perder la consciencia día tras día no es autocompadecerse – me cortó con la misma sonrisa de estúpido -. ¿Un problema con el alcohol?



— ¿A ti que cojones te importa? – pregunté lanzándolo contra la puerta. Me soltó, dudo que pudiera evitarlo, y lo miré con arrogancia. Quería decirle cosas horribles, la pena es que no me viniera ninguna a la cabeza. En aquel momento temí haberme vuelto completamente estúpida, el alcohol es lo que tiene.

— Ya que lo que necesitas es compasión prefiero dártela yo y dejar que tu hígado descanse. Si lo que necesitas es otro beso también me ofrezco voluntario. ¿No te parezco todo un chollo?

— ¿Te vendes como puto? – No lograba verle mucho sentido a aquella conversación. ¿Acaso no tenía miedo de perder su trabajo por algo tan tonto? - No vas a tener un final feliz chaval. Lárgate antes de que no...

— ¿Beso o puñetazo entonces? Si después de la pupa me haces las curas.... – Cerró los ojos y puso cara de dolor. ¿Aquel imbécil estaba esperando a que le diera un puñetazo? Lo cierto es que sonreí. Incluso me toqué la boca y lo miré en silencio.

Me acerqué y rocé su cara. Lo hice justo en el mismo sitio en el que esperaba ser golpeado. Abrió los ojos, haciendo como que me espiaba, y esperé a que recuperara la compostura. Empezaba a sentirme más despierta, aunque no por ello más cabal, y no me gustaba.

— No sé si eres tonto o solo te gusta hacerlo, pero confía en mí y búscate a otra. No necesito que nadie me proteja – añadí girándome para largarme.

— Puede, pero alguien tendrá que proteger a los pobres incautos que se crucen en tu camino – añadió aquel tío corriendo para cortarme el paso. Sería tan sencillo hacerle comer asfalto que la idea me pareció hasta justa, recompuse mi gesto y controlé mis instintos homicidas -. Y si hay posibilidades de ser acosado de nuevo tengo que estar cerca. No quiero que otro disfrute de algo tan maravilloso.

Cerré los ojos y conté hasta diez. Aquel beso no era suyo, nunca lo había sido. Quizás en otro mundo, con otra mujer, pero yo era mucho más que eso.

Jonás había sido mi todo, un todo que siempre había estado ahí y ahora me dejaba vacía. Era a él a quien llamaba para hablar, con quien salía y a quién deseaba en la soledad. Hubo otros hombres que trataron de cubrir su vacío, sobre todo en la cama, pero él siempre estuvo debajo de mi piel.

Quizás aquel camarero lo vio en mis ojos porque hizo lo primero inteligente en toda la noche, permaneció en silencio mientras yo trataba de alejar los recuerdos. Lo cierto es que la más mínima tontería podía provocar una marabunta de imágenes en mi mente del hombre al que trataba de olvidar.

— Si me sigues acabarás en urgencias – dije con voz monótona. En mis ojos un brillo metálico y peligroso. Mi pelo negro se meció al viento y lo recogí con calma en una cola de caballo. Esperé a que las palabras impregnaran sus neuronas y comencé a alejarme.

— ¿Qué lesiones tendría que curar? ¿Algún hueso roto? ¿Un par de moratones? – Siguió preguntando mientras se acercaba con lentitud –. Sé pelear al estilo sumo y un amigo me enseñó algo de wushu. Creo que aún podría presentar algo de guerra. – Avanzó con recelo y se colocó a mi lado, no me rozaba, ni siquiera me miraba mientras ambos caminábamos despacio hacia las afueras.

¿Qué le puedes contestar a eso? Todo aquello era surrealista, parecía sacado de una estúpida serie mala, pero aquellas palabras abstraían mi mente, me hacían centrarme en algo que no fuera el pasado y descubrí que me sentaba bien aquel pequeño descanso.

— Podría hacerte trizas y los tíos lleváis muy mal el dolor. No quiero hacerte gritar pidiendo auxilio, no sería agradable para ninguno de los dos – dije mientras me encogía de hombros.

— Creo que no tienes ni idea de las cosas raras que me gustan. Por eso no puedo dejarte escapar. – Lo miré sin saber si estaba de broma, vale, lo estaba.

— Estás loco.

— Y te encanta. A veces es necesario cierto grado de locura para poder ser feliz – contestó él risueño. El caso es que yo ya no aspiraba a la felicidad.

¿Queréis enfadaros un poco más? Sabía que trataba de distraerme, quizás una buena intención y un gran hombre. ¿Iba a permitirselo? Desde luego que no. No me creía merecedora de la calma, de la felicidad. Lo miré con pena, le tocaba dormir.

Corrí hacia él y lo estrangulé hasta que se quedó inconsciente. Os preguntaréis cómo era eso posible, yo era por lo menos veinte centímetros más baja que él, pero estaba entrenada para matar. Envolví su cuello con eficiencia

y lo mantuve el tiempo justo hasta que noté como se quedaba laxo entre mis manos.

Verlo con los ojos cerrados, tan relajado e indefenso me hizo temblar. Lo cierto es que esquivé aquella imagen todo lo que pude, me contuve para no rozar su rostro y jadeé ante el enorme peso que se me vino encima.

Lo dejé sentado en un banco y corrí a buscar a algún amigo suyo o conocido al bar. Después, sabiéndolo en buenas manos, caminé mucho más despejada de vuelta a aquel piso pequeño, lleno de imágenes y recuerdos, que ya no podía llamar hogar.

Había sido una extraña noche, cuando crucé la puerta aún era demasiado temprano para mi hora habitual, pero misteriosamente en seguida me quedé dormida.

Dormir se había convertido en todo un sacrificio, era el lugar donde nunca podría esconderme. Siempre tendía a aparecer la misma escena, nunca podía modificar el final.

## Capítulo 2

*No hacía frío, tampoco calor. La noche era perfecta y ambos caminábamos sin rumbo por aquellas calles vacías. Las estrellas titilaban sobre nuestras cabezas, a pesar de llevar dos semanas en la base San Miguel, seguía sorprendiéndome la belleza de aquel pequeño pueblo.*

*Marjajoun era un lugar aislado, tenía todo lo que podías pedir a un lugar como aquel, pero lo cierto era que estaban en guerra, algo que costaba recordar en aquellos momentos.*

— *¿Te has planteado lo que harás cuando nos den el permiso? – me preguntó Jonás mientras me tiraba con suavidad de la oreja derecha. Siempre que me tocaba ocurría lo mismo, aquel escalofrío recorriendo mi espina dorsal y dejándome sin aliento. Lo empujé nerviosa, como siempre que se acercaba demasiado a mí, cuando lo que de verdad necesitaba era correr y lanzarme en sus brazos.*

— *Beber, salir de juerga y comer todo lo que pueda. – Me toqué el labio pensativa mientras me quedaba mirando la casita de la esquina. Si olvidaba dónde estábamos era el lugar perfecto para criar a una familia, ¿por qué el ser humano se empeñaba en destruir todo lo que tocaba? – Quizás me vaya a la playa, quiero lucir estos preciosos abdominales que tengo.*

— *Vas a volverlos locos. Ya sabes que me encantaría poder acompañarte, quizás para la próxima – añadió triste. Lo miré con intensidad, concentrada en aquellos ojos dorados que brillaban con picardía, su sonrisa quedó suspendida unos segundos y temí, deseándolo con la misma intensidad, que aquel fuera el momento perfecto. Me acerqué unos centímetros, poco más podía hacer cuando me temblaban las piernas.*

*Una ligera brisa trajo su aroma, un aroma picante y dulce igual que el curry. No tenía pensado confesarle a nadie que me había alistado por seguirle, por acompañarle allá a donde fuera.*

— *Sabes que siempre puedo pedir...*

— *Ni de coña, con lo mucho que has trabajado por este descanso. Pensaré en ti en cada uno de mis turnos, prometo llamarte siempre que pueda y tendré un lugar preferente en mi cama para ti. – Sabía que estaba de broma, siempre aquellas bromas que nunca terminaban en nada, pero conseguían hacerme arder. Lo miré cansada y confundida, seguí caminando hasta la esquina y me senté en el suelo. Él me acompañó, pegándose a mí, y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Yo era diminuta a su lado, él siempre decía que era como una princesita guerrera, pero lo cierto es que me encantaba sentirme tan delicada con él.*

— *¿No te cansas de esto? Siempre viendo cosas horribles. Nunca podemos salvarlos a todos y cuando nos vamos la guerra sigue. Tantos niños, mujeres y hombres que nada tienen que ver, que tratan de vivir en paz y se ven envueltos en guerras ajenas. – Me miré las manos y él las envolvió con cariño. Me gustaba el tacto cálido de su piel, ¿cómo era posible que no se diera cuenta de lo que provocaba en mí? Era prácticamente el único de nuestra unidad que no había intentado meterse entre mis piernas.*

— *Espero marcar la diferencia, ser el punto de inflexión de alguien – dijo Jonás solemne con aquella sonrisa de canalla rompiendo la magia del momento. Levantó la ceja derecha, un gesto tan suyo, y me guiñó un ojo.*

— *Sabes que has sido el mío. Prácticamente era una monja hasta que te descubrí montándotelo con la vecina. Creo que el tuyo fue el primer culo peludo que vi botando sobre alguien. Deberías haberte visto – exclamé mientras me reía a carcajada limpia.*

— *Yo no tengo pelos en el culo, en la lengua...*

— *¡Cállate cerdo! – Lo golpeé con fuerza en el hombro, nunca he sabido muy bien medir mi fuerza, y él se removió cogiendo mi cabeza bajo su brazo despeinándose como cuando era una niña. Peleamos, o más bien fue un amago de pelea, pero nuestros brazos terminaron liándose y ambos respiramos agitadamente entre los brazos del otro. Era el mejor momento del día, aquellos instantes a su lado, a solas, valían todos los esfuerzos y el sufrimiento de los entrenamientos. Lo extraño fue que Jonás perdió la sonrisa y se quedó serio, nos miramos incapaces de decir nada ni de apartarnos.*

*Grité, grité como hacía cada vez que despertaba y había soñado con él. Golpeé las sábanas y tiré la almohada con fuerza contra la pared mientras*

sentía el corazón desbocado, aun con la sensación de sus caricias en los brazos. Aquella había sido la noche antes, una noche en la que estuvimos a punto de rebasar aquella barrera que nos separaba, aunque solo terminásemos abrazados. Un beso, mi barrera infranqueable.

Me levanté todavía vestida, incómoda, y me fui desnudando. En mi alma había quedado la marca invisible, una bala que habría acabado con mi vida, si Jonás no la hubiera interceptado. Siempre sabría cuál era el motivo de que siguiera respirando, aquella culpa que me torturaba día y noche.

Todavía podía recordar las palabras del suboficial mayor cuando me vio dos semanas después. “Siempre ha sido una vida por otra.” Me mordí la lengua por no contestar, furiosa por haberme despertado, consciente de que él ya no estaba.

## Capítulo 3

**E**n las últimas semanas mi rutina consistió en dormir de día y beber de noche hasta caer rendida. Pocas veces comía, siempre lo justo y necesario, tampoco estaba interesada en nada más. Por eso me vestí con rapidez y entré de nuevo en el bar. ¿Por qué elegía siempre el mismo? Porque en aquella mierda de pueblo solo había dos bares y no tenía pensado ir al de mi tío.

Reconoceré que esperaba ver al camarero del otro día, aunque me jodiera tenía curiosidad por saber si estaba bien, pero en su lugar había una morena entrada en años que se recolocaba el escote.

Nunca comprenderé a los hombres, como si fuera necesario que la mercancía estuviera lo suficientemente expuesta, incapaces de ver las cosas si no tienen luces de neón como los pezones de aquella morena que a punto estaban de atravesar su camiseta de licra. No tengo pensado añadir nada de aquella falda cinturón vaquera.

— ¿Qué tomas? – me preguntó tan pronto me senté en la barra. Sus ojos marrones me atravesaron, estaban rodeados de infinidad de venitas rojas, que entre otros detalles me indicaban que su vida no era la más recomendable. Mejor, pensé con tristeza, nadie me molestaría en mi camino a la autodestrucción.

— Aguardiente para entrar en calor – murmuré nerviosa por sentir el calor de aquel líquido descendiendo por mi garganta. Uno tras otro. Perdí la cuenta y me abstraí con las canciones que sonaban por los altavoces que había colocados por las paredes.

Siempre había sentido la necesidad de sentirme conectada con alguien, desde pequeña, y ahora me sentía perdida. Me sentía en un agujero negro que me absorbía cada vez con más fuerza y tampoco quería luchar.

No sabía cuánto tiempo había pasado, el tiempo tenía la facultad de deformarse con facilidad cuando los sentidos se nublan. Incluso comencé a tararear mientras vaciaba los chupitos.

Me levanté despacio, aquel lugar era pequeño y si contábamos con las mesas apenas quedaban unos metros, pero me acomodé con soltura y dejé que mi cuerpo se meciera, un movimiento ondulante que me hizo cerrar los ojos y suspirar.

Hacía mucho tiempo de aquello, pero podría jurar que sentía sus brazos envolviendo mi cintura, rodeándome con posesión mientras me dejaba danzar con la música. Su aliento en mi oído me hizo volverme con los ojos cerrados, aún en la embriaguez era consciente de que nada era real.

— Deberías dejar de tentarme preciosa – reconocí aquella voz. La voz del camarero figón. Abrí los ojos y perdí el pie, el suelo se mecía con velocidad y me agarré a él. Sus ojos negros estaban duplicados, o tal vez aquel hombre tenía un gemelo. Gemí y apoyé la frente en su pecho mientras trataba de evitar soltar todo lo que tenía en mi interior por la boca.

— Tú de nuevo.

— ¿Has pensado mucho en mí? – preguntó sosteniéndome y guiándome hasta una mesa. Lo normal habría sido sentarme sobre una silla, pero creyó que su regazo era mucho más cómodo, a mí tampoco me preocupó mucho.

— ¿Esa es la impresión que te he dado? – pregunté rozando con las uñas su barba. – Eres demasiado pesado. ¿Nunca has sabido aceptar una negativa?

— Sí – contestó contento mientras sonreía. Sus ojos negros eran hermosos y me quedé mirándolos. Dijo algo más, pero no lo escuché. Sonreí confusa y me mordí el labio.

— Me vuelvo a la barra. – Me levanté dispuesta a cumplir mi palabra, no conté con que mi camiseta se quedara atascada en el respaldo de la silla. Pude escuchar la tela rasgándose a pesar del ruido que reinaba en aquel bar de mala muerte. Incluso traté de evitarlo, aunque mis manos se movieron demasiado despacio -. ¡Joder!

— ¿De verdad quieres ir tan rápido? – me preguntó descarado mientras se quedaba mirando mi sujetador negro. ¿De verdad se estaba buscando otra bofetada? Me estiré, lo más digna que pude, mientras trataba de atar los dos pedazos que antes habían compuesto mi preciosa camiseta negra -. ¿Necesitas ayuda?

— ¿No te llega con descojonarte a mi costa? – pregunté molesta



tratando de caminar en línea recta.

— Ayuda mucho, es una dulce venganza por ponerme a dormir sin mi permiso, pero estoy dispuesto a poner la otra mejilla – añadió descaradamente mientras se levantaba y corría a mi lado.

— Y yo a golpearla si eso te hace sentir mejor. Me has jodido mi camiseta preferida. – Lo señalé furiosa, para volver a agarrar la tela que mostraba demasiada carne.

— ¿Yo? ¿En serio? – Me sostuvo por la cintura levantándome del suelo. ¡Yo no era una muñequita de trapo que pudiera mover cuando le viniera en gana!

— Suéltame si no quieres perder algo que aprecias mucho – lo amenacé mientras me olvidaba de mi vergüenza y, tras soltar mi camiseta, agarré sus joyas reales entre los dedos.

— Jerry deja a la pobre mujer antes de que acabes como un puñetero eunuco. – La voz de la morena que me había servido los tragos llegó fuerte, demasiado potente para una mujer.

— Tara, solo estoy tratando de protegerla. Sabes que soy todo un caballero. – La voz de Jerry, que así parecía llamarse aquel hombre que seguía manteniendo mis pies separados del suelo, sonó potente vibrando contra mi espalda.

— Pues creo que la damisela en apuros no está muy conforme con tus buenas intenciones – dijo la camarera carcajeándose mientras todos los ojos de aquel lugar se centraban en nosotros.

Apreté un poco, sabía que le estaba gustando, debía sentirse un rey mientras le toqueteaba sus partes, pero en ningún momento dejé de apretar. Seguí haciéndolo paulatinamente hasta que su sonrisa empezó a mostrar tensión.

— ¿Cuánto crees que podrás soportar? – pregunté con picardía guiñándole un ojo. Me costaba mirarlo, es más, mi cuello estaba girado en una postura bastante dolorosa, pero merecía la pena.

— Déjame ayudarte. Podemos ir en mi moto hasta tu casa y... - Apreté un poco más. Él se mordió el labio y removiéndose tratando de soltarse.

— ¡Chaval, hazle caso! – gritó Tara. Oí varias voces coreándolo a su

vez.

— ¿Y qué harás, chaval? - pregunté con retintín. Él contuvo el aliento, sabía que tenía que dolerle por narices.

— Como ya dije un poco de dolor merece la pena. – Apenas podía hablar. Respiraba agitado y no sabría explicar por qué, pero retiré mis dedos y sonreí al ver su cara de alivio –. Gracias. Un poco más y me dejás eunuco.

— Lo mereces – dije frustrada.

— ¿Te llevo a casa entonces? – preguntó contento olvidándose de lo ocurrido. Me dejó con suavidad sobre el suelo y me puso su chaqueta sobre los hombros. Lo miré sin comprender aquel estúpido gesto, tenía ganas de tirar su chaqueta al suelo, no soportaba tanta ternura, pero quería mostrarme cabal y caminé hacia la salida con tranquilidad.

Las luces se habían encendido hacía mucho tiempo. Las calles estaban vacías, prácticamente nos pertenecían, y corrí presa de la locura. Abrí los brazos y grité con fuerza, quería hacer lo impensable.

Sentí a Jerry a mi espalda. Sentía sus pisadas, sus jadeos, y me atrapó. Me hizo girar entre sus brazos, me sentí libre y seguí gritando. Eufórica, entrelacé mis piernas entorno a su cintura y lo atrapé. Seguimos girando, riendo y corriendo hasta que llegamos hasta su Harley.

— Hace mucho tiempo que debería estar muerta – dije de pronto, sin pretenderlo, cuando me ofreció el casco. Lo rechacé aún borracha, me alejé varios pasos hasta que me volvió a agarrar.

— No lo estás.

— Pero debería. Aquella bala era para mí. – Cerré los ojos luchando por mantener la compostura.

— Sigues aquí. Puedes sentir, llorar, gritar y pelear contra lo que te está consumiendo. – Sus palabras, la profundidad y todo lo que estaba diciendo en realidad me sorprendió.

— Él estaba sufriendo, yo no pude hacer nada. – Me toqué los labios cansada. Podía recordar lo que había sido besar su frente cuando su cuerpo ya estaba vacío. La sensación de irrealidad que me había envuelto mientras él... Cerré los ojos con todas mis fuerzas. - ¡¡Él tenía que seguir con vida!!

Supongo que no supo qué podía responder a eso. Se quedó mirándome, con

esa cara de pena que todos ponían a mi alrededor. No pude soportarlo. Me alejé cansada, caminé con prisa en dirección contraria.

— ¿Vas a huir? – preguntó a mi espalda.

— Deja de acosarme. ¿Acaso no lo entiendes? – Mis palabras resonaban fuertes en aquella calle vacía.

Jerry volvió a atraparme, pero esta vez no me dejó escapar. Me abrazó con fuerza, conteniendo mis golpes y mis movimientos. Cuando menos lo esperaba volvió a girarme para abrazarme de nuevo.

Quedamos cara a cara. Nuestros alientos podían fundirse, el frío creaba un vaho entre ambos que se unía y mezclaba a medio camino. ¿Por qué pensaba semejantes estupideces? ¿Dónde había quedado mi orgullo? Ambos sabíamos que si yo no lo dejara jamás podría retenerme, pero se lo permití, en cierta manera me reconfortaba sentirle arropándome. A pesar de no poder hacerlo, de no querer cederle esa parte de mí capaz de ilusionarse, me permití ser querida.

— Siempre ocurre. Todos morirán, pero yo no. Todos lo harán y me quedaré sola. Esa soledad que me estrangula – dije con tristeza y resignación. ¿Cómo podía permitirme querer a alguien con la posibilidad de perderlo?

— Aférrate a algo y lucha. – Qué sencillo era dar consejos, sentarse al otro lado y hablarme con calma de lo que no podía cambiar. Luchar contra aquel remolino que surcaba mi pecho y me arrebatava el aire, un recuerdo que venía a mí una y otra vez.

— No puedo.

— Cierto. Eres débil. Una mujer incapaz de tomar decisiones y hacer algo por sí misma. – Aquel tipo era bipolar, quise removerme, pero preferí morder su pecho con fuerza. Él apretó los dientes y respiró con fuerza, lo dejé ir incapaz de penetrar su piel y hacerlo sangrar.

— Eres un hijo de puta.

— Me han llamado muchas cosas, preciosa. - ¿Acaso no era capaz de tomarse nada en serio? ¿No tenía carácter o sangre en sus venas? – Pero de lo que estoy seguro es de que soy resistente, soy un superviviente.

Me dejó ir, me sentí perdida al verme libre de su abrazo. Abrió la camisa, al principio pensé que era para ver la marca de mis dientes sobre su piel y me

quedé mirando como desabrochaba cada botón con lentitud, pero lo que vi fue un tatuaje que me dejó sin respiración.

— Es imposible... - susurré estirando los dedos y rozando aquel intrincado dibujo que cubría su hombro. Sus ojos esquivaron los míos, como si hubiera mucho más que me hubiese estado ocultando – es imposible – repetí incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo. Aquel tatuaje, aquel intrincado diseño con líneas rectas que parecían no tener sentido hasta que tomabas distancia. Aquel tatuaje era único, era imposible que lo tuviera él.

— Quería decírtelo antes.

— Me he vuelto loca. – Solo eso podía explicarlo. Toqué su piel, seguí el dibujo con mis dedos como había hecho en el pasado. Todavía podía escuchar los gritos de Jonás mientras el tatuador trabajaba. Él decía e insistía que lo hacía por hacerme reír, pero jamás había soportado muy bien el dolor por mucho que por su aspecto pareciera justo lo contrario.

Jonás, aquel hombretón capaz de noquear a cualquiera de un puñetazo y escalar una pared con solo las manos, temblaba cada vez que el tatuador comenzaba una nueva línea. Al final yo lo miraba con los ojos llenos de lágrimas mientras seguía degustando un helado.

Todavía puedo recordar su voz, sus palabras. Aquel día Jonás había cumplido 18 años y había querido celebrarlo por todo lo alto. Me había llevado a beber con él y bailamos toda la noche. Yo sabía que jamás le había gustado bailar, pero lo hizo por mí. Habría jurado que estaba excitado en varias ocasiones, pero como siempre fue un caballero y yo era demasiado tímida, el miedo a ser rechazada.

— Estás, eres... ¿Quién cojones eres tú? – pregunté mientras golpeaba su pecho, golpeaba aquel dibujo que recordaba con demasiada claridad, sobre todo por las circunstancias de la última vez que lo había visto.

— Si me das la oportunidad... Tienes que comprender...

— No fue por casualidad, ni eres el camarero – dije sintiéndome traicionada.

No lo negó, dudo que pudiera. Nunca creí en las casualidades. Mi vida se había convertido en algo ridículo, en un entretenimiento para un demente que se había divertido a mi costa.

En mi vida había aprendido sobre todo control. Mi cuerpo estaba

entrenado, había sido moldeado para enfrentarse a las peores situaciones. No llegaba a comprender por qué me dolía tanto el engaño de aquel tipo, lo cierto es que era atractivo, pero había conocido a hombres impresionantes que no habían logrado lo que él había conseguido hacerme sentir.

Fue como darme cuenta de que inconscientemente le había concedido cierta importancia, aun a sabiendas de que traicionaba el recuerdo de Jonás.

— ¿Quieres que te dé tiempo para inventarte alguna excusa? – pregunté mientras lo empujaba con fuerza -. ¿Qué pretendías lograr? ¿Cuál era el plan que tu enfermiza mente había tramado? ¿Te lo has pasado bien? ¡¡Joder!! ¡¡Dime algo!! – Estaba en la cuerda floja, había alcanzado mi límite y me movía por una zona grisácea.

— Me preocupabas. Quizás no me recuerdes, en aquella época no tenías ojos para nadie más que para...

— No digas su nombre, no te atrevas – lo corté amenazándolo con el dedo.

— Él no querría que acabases de esta manera.

— ¿Y qué era lo que tenías en mente? ¿Meterte entre mis piernas? ¿Seducirme para ocupar su lugar? – Era demente. Un juego maquiavélico que me dejó sin argumentos. ¿Quién podía ser tan cruel? Nunca me había equivocado tanto con alguien.

Me giré y caminé lejos. Hui como única respuesta posible. Cansada de luchar y consciente por primera vez en mucho tiempo de que no me gustaba en quién me había convertido. Yo jamás habría caído tan bajo.

Cuando sentí su mano agarrando mi muñeca, su toque en mi piel, estallé. Giré la muñeca con rapidez, en un movimiento fluido lo tenía inmovilizado y al siguiente lo lancé contra el asfalto.

— Nunca nadie ha tenido ni tendrá el poder de controlarme. No vuelvas a tocarme o no podrás volver a mover esa mano – dije con suavidad, consciente de cada una de mis palabras y reprimiendo la ira que recorría mis venas.

Seguí caminando por aquella calle fría, cruel, vacía...

## Capítulo 4

Las paredes de mi pequeño apartamento no podían contener mi rabia. Destrocé un vaso y lancé varias cosas más. Me extrañó que en el proceso no apareciera la policía para preguntar, pero no sabía cómo canalizar aquella sensación.

Por ello me centré en el saco de boxeo que había colgado en el salón. Golpeé con rabia, con todas mis fuerzas en cada movimiento. Al final no pude evitarlo, cuanto más trataba de alejar aquel recuerdo con más fuerza contraatacaba por lo que me rendí. Cerré los ojos, tumbada sobre el frío parqué, y me dejé arrastrar.

*¿Qué es lo que a alguien le viene a la cabeza cuando le dicen que un país está en guerra? ¿Calles plagadas de muertos? ¿Niños llorando en busca de sus madres? ¿Edificios derruidos? Eso es una parte, una parte cruel y que habla por sí sola, pero hay mucho más. La guerra también es un enemigo mudo, uno que aparece sin avisar y destroza vidas tranquilas llevándolas al caos y al infierno.*

*Cuando nos destinaron al Líbano esperaba encontrarme con escenas horrendas, creía que me pasaría los días lanzando tiros y salvando a los inocentes. Supongo que suena estúpido, infantil, pero cuando vinimos muchos esperábamos ser héroes, sin ser conscientes realmente de en dónde nos metíamos.*

*En nuestro entrenamiento nos dijeron muchas veces que nos jugaríamos la vida, que nuestro sacrificio salvaría a muchos otros y que jamás deberíamos desobedecer una orden, no obstante, era muy sencillo asentir en aquel entonces. Ahora lo veo todo tan diferente... no puedo evitar arrepentirme de cada paso dado.*

*Pisé aquel país con muchas ideas bullendo en mi cabeza, ninguna era cierta. Me encontré un pueblo tranquilo, lleno de gente que vivía en armonía. ¿Qué hacíamos entonces allí? Todos nosotros estábamos equipados en todo momento para luchar, nuestras armas siempre pendían de*

*nuestros cuerpos y el chaleco antibalas era indispensable.*

*En muchas ocasiones me pregunté quién nos había dado el poder para decidir sobre la vida de aquella gente, pero nunca había sido mi deber pensar en ello y me guardé mis dudas para mí. Ahora comprendo que habría querido estar en cualquier lugar menos en aquella pequeña ciudad, Marjayoun.*

*Lo olvidé. Tantos días sin que ocurriera nada que llegué a olvidar que estábamos en guerra, aquello no eran vacaciones ni entrenamiento. En cada paseo, en cada salida, éramos blancos en movimiento. Vidas que alguien deseaba eliminar y sucedió lo impensable.*

*Era de día, el sol calentaba con fuerza y nosotros íbamos a pie a pesar de las órdenes. Debíamos revisar una zona en la que nos habían dado aviso de que se escondían unos hezbollah.*

*Sonreía, recuerdo haber gastado varias bromas y a Jonás a mi lado. Recuerdo su sonrisa de medio lado y su postura despreocupada mientras nos acercábamos a aquella casa.*

*Todo sucedió muy rápido. Apenas fui consciente de que se acercaba aquella niña. Los niños... ¿en qué momento alguien decidió meterlos en algo tan cruel como la muerte? Yo jamás habría imaginado que aquella pequeña sería el detonador de todo lo que ocurrió a continuación.*

*Jonás fue más rápido. Vio algo en el vestido de aquella pequeña y no dudó. Yo no pude moverme. Jonás disparó dos veces y mi corazón se detuvo por un segundo al ver aquel pequeño cuerpo tocar el suelo. De su diminuta mano escapó un detonador y yo miré al amor de mi vida sin comprender, a pesar de todo, que hubiera sido capaz de apretar el gatillo.*

— *Es una niña... - Nunca sabré si llegó a escucharme. Me miró, sus ojos dorados revisaron mi rostro angustiado, supongo que preocupado por mí. Le acaricié el hombro mientras ambos nos arrastrábamos hasta detrás de coche.*

*Los disparos volaron a nuestro alrededor, ensordeciéndome y haciendo que me encogiera sobre mí misma. No deseaba morir, tenía mil cosas que todavía quería hacer en mi vida, aquella no era mi hora, pensé temblando con fuerza.*

*Jonás me agarró la mano con fuerza, los israelitas y las milicias de*

*hezbollah se disparaban mutuamente. De alguna manera estúpida nos habíamos metido de lleno en medio de aquel fuego cruzado. Tenía ganas de reírme a carcajadas, pero me contuve incapaz de hablar.*

— *Escúchame, han herido a Saúl. Debemos ponernos a salvo. – La voz de Jonás llegó hasta mí, pero mis ojos miraban a lo lejos. Sabía que tenía mi pistola entre los dedos, pero no recordaba haberla cogido. ¿Tendría el seguro puesto todavía? - ¡¡Reacciona joder!! – Lo miré en automático, mis ojos percibieron el rojo de la sangre, pero en aquel instante no comprendía de dónde salía. Lo miré confusa y rocé sus labios con la punta de los dedos. Lo amaba, ¿moriríamos allí? ¿Sería él el último hombre que me vería con vida?*

*Tiró de mí con fuerza y me arrastró hasta la esquina de una casa. Gritó con fuerza en dos ocasiones mientras me tapaba con su cuerpo y devolvía el fuego, sin llegar a mirar realmente hacia donde disparaba. Dudo que alguna de sus balas hubiera dado en blanco.*

*Aquel era un hermoso día, pero ante mis ojos aparecieron más cuerpos tumbados, con un charco de sangre que crecía por momentos bajo ellos, mientras seguía la batalla. Jonás apretó mi mano al llegar hasta detrás de una casa y se dejó caer mientras recogía la radio y pedía ayuda. En poco tiempo habría terminado todo aquello, por un momento vi la luz al final de toda aquella pesadilla, pero duró poco.*

*Mis ojos descendieron por su cuerpo al ver que jadeaba. Dudaba que la carrera lo hubiera dejado en aquel estado. Mis manos se apoyaron en su pecho y salieron completamente rojas. La sangre estaba caliente, me miré los dedos y lo miré a él. No necesitaba llegar hasta su piel para saber que estaba herido.*

*Apreté con todas mis fuerzas, reprimí el instinto de llorar mientras lo veía cerrar y abrir los ojos nervioso.*

*En dos ocasiones trató de hablar, pero tosía al final. Temía que en cualquier momento se quedara sin más entre mis manos, veía que su vida se escapaba sin que pudiera hacer nada por salvarlo.*

— *Quédate conmigo... por favor... - susurré nerviosa mientras apretaba con todas mis fuerzas. Me aferré a la súplica, recé como nunca había hecho en mi vida. No fue la oración de siempre, simplemente prometí sumisión eterna a cambio de su vida. Daría la mía si fuera necesario, pero*



*nadie me escuchó pues la sangre seguía saliendo con la misma intensidad del principio.*

— *No llores... - Su voz. Aquella voz divertida, sensual, pícaro. Aquella voz capaz de hacerme temblar y enfadar. Su voz apenas era audible y llegaba acompañada de un pitido que me ponía los pelos de punta.*

— *No puedes dejarme sola. Me prometiste que siempre estarías a mi lado. Siempre juntos. Lo prometiste. ¡¡Lo prometiste!! – grité nerviosa cuando lo vi cerrar los ojos. Casi grité de alivio cuando volvió a abrirlos.*

— *Estás bien. – No sabía si era una pregunta. Me miré sin saber qué responderle, ¿estaba herida? Empezaba a dolerme el pecho. ¿Moriría yo también? Negué con la cabeza, él aguantaría. Alguien llegaría y se recuperaría.*

— *Lo estamos. No dejaré que seas un cobarde. Me debes muchas cosas por vivir. ¿Recuerdas? – Le besé la frente, no puedo decir cuántas veces. Lo besé nerviosa, junté mi frente con la suya y seguí hablándole, manteniéndolo a mi lado, ¿no decían que no debía dormirse? No tenía pensado dejar que se rindiera. Él lo era todo, era yo quien debería estar tumbada en su lugar.*

— *No llores. – No llegó a terminar la palabra. Convulsionó entre mis dedos mientras seguía besando su frente, mientras abrazaba su cabeza y trataba de absorber sus movimientos con grandes lagrimas lamiendo mi cara. Grité, no me importó que alguien me viera y me dejara como un colador. Grité incapaz de comprender por qué alguien tan increíble como él estaba muerto entre mis brazos, deseando, suplicando porque volviera a abrir los ojos y se metiera con mi pelo o mi estatura. Me valía cualquier cosa, nada sucedió.*

*No recuerdo cuándo llegaron, solo que aquellos hombres que antes llamaba compañeros se afanaron en hacerme soltar su cuerpo. Yo no podía, no era capaz. Me aferraba a su pecho y lloraba, más bien grité hasta quedarme afónica. Cuando sentí que no quedaba ya nada en mi interior descubrí que la nada también duele.*

*Lo miré recordando cada rasgo, acariciándolo como nunca me había permitido y sintiendo las agujas atravesarme con eficacia.*

*No consiguieron separarme de él. Incluso amenacé a uno con una*

*pistola. En algún momento alguien me drogó, sentí el pinchazo y luego nada. La nada era lo único que logró separarnos. Un remedio eficaz que ahora trataba de volver a lograr con mis sesiones de borrachera, pero no eran tan efectivas.*

# Capítulo 5

Tenía seis cervezas en mi nevera y digo bien, tenía. Poco duraron entre mis dedos. Me acerqué a la ventana con demasiadas dudas en mi cabeza. Las palabras de mi tío y las llamadas de Amanda que se amontonaban en mi teléfono.

Todos querían verme, todos tenían algo que decir como si fueran a cambiar mi vida con un par de frases bien hiladas. Sin embargo, lo único que conseguirían era recordarme todo lo que había perdido. Ellos eran una conexión demasiado fresca con Jonás, con ellos habíamos compartido muchos momentos en común que dolían demasiado.

Me vestí con un vaquero ceñido, una camiseta negra, una chupa de cuero y salí a la calle. No había dormido nada, sentía cada latido en mis sienes y caminaba en automático. Mi idea principal era acercarme hasta el supermercado, pero di un ligero rodeo y atravesé el parque.

Allí se respiraba calma, a aquella hora las madres comenzaban a llevar a sus retoños y las risas inundaban el aire. Me preguntaba cómo sería querer a alguien salido de tus entrañas, consciente de que habría de ser incluso peor la pérdida a la que yo estaba sufriendo.

Ver a aquellos niños me hacía recordar a la pequeña, aquella por la que siento pena y odio al mismo tiempo. Una dualidad que dudo que nunca vaya a ser capaz de solventar.

Me senté sobre la hierba y me quedé mirando a lo lejos. Sus juegos, aquella sencillez para trabar amistad y la inocencia que pronto perderían.

— ¿Vas a matarme? - ¡Era imposible! Lo miré al tiempo que apretaba con fuerza la hierba entre mis dedos preguntándome si estaría inmersa en una de esas pesadillas tan vívidas de las que disfrutaba últimamente.

— ¿Cómo?

— Llevo horas esperando debajo de tu ventana. Temía perder la oportunidad cuando tuvieras que salir de casa. Necesito explicarte...

— Eres un psicópata - lo corté levantándome de un salto.

— Prefiero que me llamen apasionado y tozudo si me permites – añadió con soltura. Aquel hombretón estaba empeñado en seguir mis pasos y yo lo dejé. No tenía ni fuerzas ni ganas de luchar en aquel momento.

Me siguió al supermercado, me acompañó por cada pasillo incluso cuando compré compresas extra absorbentes. Lo miraba de vez en cuando, giró la cara cuando compré lubricante.

Jerry tenía ojeras, me fijé cuando se inclinó a revisar un par de helados. Era extraño estar con él en un lugar tan normal como aquel. No hablábamos, yo lo evitaba todo lo que podía, pero tenía demasiadas preguntas.

— Al menos servirás de mula de carga – dije tras pagar poniéndole las pesadas bolsas en las manos. - ¿Te parece bien?

— Sabes que haría todo lo que desearas – susurró demasiado cerca de mí. Respiré varias veces para no darle un coscorrón. Aquel hombre me recordaba a Jonás de cierta manera, pero había algo más. No sabía decir el qué todavía, sin embargo, tenía pensado averiguarlo.

— ¿Decirme la verdad?

— Solo tienes que preguntar, preciosa – contestó Jerry con una sonrisa mientras cambiaba las bolsas de mano.

— ¿Quién eres?

— Jerry, soy camarero y más tozudo que una mula.

— Sabes que no he preguntado eso – bufé mientras lo miraba preguntándome si haría lo mismo en cada una de mis preguntas.

— Lo sé, pero es muy largo de contar. Me gustaría poder...

— Dijiste que me contarías lo que deseara saber. Creo que teniendo en cuenta las circunstancias estoy siendo demasiado confiada contigo. – Lo retuve por el brazo, sin hacer fuerza, y ambos nos paramos en medio de la calle. Me miró, suspiró como si estuviera a punto de hacer un gran esfuerzo y susurró en mi oído.

— Soy su primo. Hacía años que no nos veíamos, pero tras mi vuelta no volvimos a perder el contacto.

— ¿Volvimos?

— No puedo decirte más por ahora. – Lo miré sin creérmelo, yo creía saberlo todo de Jonás. Aunque nunca me había preocupado demasiado su familia. Ahora comprendía los parecidos que había percibido.

— El hombro. – Señalé el lugar bajo el que sabía que se escondía aquel tatuaje.

— Una larga historia.

— Yo estaba cuando se lo hizo. Me lo habría contado – dije. Él jamás tendría secretos conmigo, sabía hasta con la tipeja que había perdido su virginidad. Me toqué la frente notándola caliente y demasiado mareada.

— ¿Cuánto llevas sin comer? – Su pregunta me hizo pensar. No recordaba haberlo hecho y eso era mala señal. Mis tripas rugieron dándole la razón y tiró de mí en dirección a mi apartamento. – Hoy haré de cocinero.

— No pienso dejar que un psicópata como tú ponga un pie en mi apartamento. – Mis palabras perdieron efecto cuando yo misma, al bajar del bordillo medí mal las distancias y acabé de rodillas en el asfalto mientras el semáforo seguía pitando avisándonos para que nos apurásemos en cruzarlo.

— ¿No vas a ayudarme?

— No tenía pensado. Creo que me dijiste que no te gustaba que te tocara. Solo cumplo tus deseos. - ¿Ahora sí? ¿Ahora recordaba y acataba mis órdenes? Me incorporé soltando sapos y culebras por la boca y caminando con la zancada más amplia que mi pequeño cuerpo me permitía.

— Me has engañado – contraataqué mientras la distancia con mi apartamento se acortaba. En dos calles más habríamos llegado. ¿Dejaría entrar a aquel mentiroso en mi santuario? No le tenía miedo, no creía que fuera realmente peligroso y estaba dispuesta a pelear, sin embargo, de hacerlo me arriesgaba. ¿A qué era a lo que le tenía miedo?

— Era necesario. – No dijo más, aunque abrió la boca como si quisiera continuar. Estaba cansada de aquella sonrisa tras la que se escondía, no podía pretender que confiara en él cuando no hacía más que fingir ante mí.

— Estoy buena, puedo entender que pensaras con tu amiguito – dije señalando su entrepierna y haciendo un gesto con los dedos de pene chiquitito. Sonreí inocente –. Pero hasta un tonto como tú debería saber que lo descubriría.

— Tenía pensado decírtelo.

— Y sin embargo no haces más que esquivar mis preguntas. – Llegamos y abrí. Me siguió, sentí su cuerpo en todo momento a mi espalda. ¿Cuánto tiempo hacía que no me acostaba con nadie? ¿Por qué pensaba en eso en aquel momento?

Desde la muerte de Jonás no había sentido deseo por nadie, era como si el instinto de devorar la piel de otra persona, de sentir orgasmos, se hubiera desvanecido. Lo miré preguntándome por qué me sentía diferente con él, confusa conmigo misma. ¿Sería el parecido con Jonás? ¿Era él un sustituto?

Dejó las bolsas sobre el suelo y me acerqué. Aquellos ojos negros eran la inmensidad misma, un abismo en el que podías nadar sin aburrirte.

— ¿De verdad pensabas quedarte esperando en mi portal hasta que saliera?

— No era el plan ideal, aunque sí el único que se me ocurrió en este momento. Temía que hicieras las maletas y te largaras. No podía arriesgarme – reconoció bajando el rostro. Su cara de pena no me convenció en absoluto. ¿Por qué habría de importarle cuando no me conocía de nada?

Olía bien, desprendía mucho calor y no se movía, supongo que por miedo a mi reacción. Le acaricié el rostro, pasé las uñas por su barba de dos días y sonreí al ver como cerraba los ojos. Contuvo el aliento, un gesto que me resultó halagador.

Sabía que no debería sentirme bien, era como traicionar a Jonás, pero llevaba tanto tiempo sintiéndome mal que me autoconvencí de que no era tan malo.

— Abrázame – ordené mientras yo misma entrelazaba mis manos tras su nuca. Un gesto de confianza, íntimo.

Lo hizo. Se quedó mirándome a los ojos, esperando otra orden y dispuesto a hacer cuanto le dijese. Estaba en mis manos por mucho que yo me sintiera en las suyas. Si él me había mentido yo estaba en el derecho de usarlo, me dije.

— Deberías comer algo antes – dijo. Sonreí sarcástica y le miré la boca. Mordí con ligereza su labio superior y tiré con mis dientes.

— Estás dando muchas cosas por supuestas. Lo único que te salva es que no tengo a nadie más.

— Podrías conseguir a quien quisieras. — Su voz era mucho más grave. Por mucho que tratara de mantenerse impassible estaba excitado, y ni siquiera lo había besado de verdad.

— Quiero que sepas algo, - Me detuvo sobre sus labios, hablé directamente sobre ellos disfrutando del ligero roce —. no será a ti a quien ame. Lo hago por necesidad, por el incesante deseo de sentir algo. — Me toqué el pecho, apretando la camiseta con fuerza, bajo la que se encontraba mi corazón destrozado —. No sé quién eres.

— Yo sí sé quién eres tú. — Aquellas palabras las reconocía. Sentí que perdía fuerzas y convicción, pero sus labios atraparon mi boca y le permití el acceso.

Era sencillo rendirse a aquel beso. El control, ese que siempre trataba de mantener aferrado, se escurrió con facilidad y me encontré maleable, aceptando su lengua intrépida en mi boca y sus manos apretando mis caderas para aproximarme más.

El deseo era innegable. Nunca se me ha dado bien mentir ni lo he pretendido. Para mí siempre ha sido una de mis mayores virtudes.

No diré que era todo mi mundo. Aquel hombre era sumamente atractivo. Tenía unos músculos firmes y bien moldeados. Estaba demostrando saber usar la lengua y las manos apretaban mi culo con una fuerza que me provocaba un ligero tirón en la entrepierna. Estaba empapada.

Jadeé confusa, incapaz de comprender por qué aquella intensidad en cada caricia. Sentía que mi piel se inflamaba solo porque la rozara, cuando comenzó a quitarme la ropa yo casi se la arranqué de la piel.

No tuvimos tiempo para vernos desnudos, prácticamente me eché sobre él, rodeándolo por la cadera con las piernas y ensartándome con fuerza. No pedí dulzura, no quería poemas ni una declaración de intenciones. Busqué intensidad en cada estocada, mordí su hombro con fuerza y arañé su espalda.

Me aferré a aquel cuerpo inmenso, aquel cuerpo perfecto, y dejé que me guiara con las manos. Él me atravesaba con firmeza, movimientos certeros que enviaban escalofríos a través de mi cuerpo haciéndome temblar mucho antes de culminar.

Hubo un instante, casi un suspiro, en el que nuestros ojos se conectaron y, por más que yo apartase la mirada por vergüenza y negación, creí ver una

conexión inexplicable entre ambos.

Me sentí diminuta, pequeña y delicada. Adorada, luchadora y viva. Ahora él me tenía entre sus manos, yo no era más que una mujer desnuda y desinhibida en busca del placer más carnal. Él me lo dio, incluso estaba dispuesta a darle las gracias mientras de reojo veía su culo prieto y dorado golpeando mis caderas.

— Jonás... - susurré su nombre. No pude evitarlo, por un momento sentí la sensación de estar con él. Yo tenía los ojos cerrados y el rostro de Jonás acudió como un suspiro, con aquella sonrisa que tantas veces me había dedicado y su mirada dorada recorriéndome con intensidad. Abrí los ojos al momento, comprendí mi error en el mismo instante en que terminé de decir el nombre de otro hombre.

Jerry se tensó al momento, yo creí que se debía a que había culminado, pero tardó dos segundos en volver a moverse.

Me buscaba con los ojos y esta vez fui yo la avergonzada.

— Es lo justo. – Sus palabras me dejaron triste, extraña entre sus brazos. Escondí el rostro en el hueco de su cuello mientras volvía a moverse en mi interior y yo lo abrazaba con fuerza aceptándolo.

Estábamos lejos, éramos dos desconocidos y no confiaba en él, pero rocé las nubes. Mi cuerpo comenzó a temblar y él me sostuvo mientras se dejaba ir a su vez.

No diré que supe cuándo se puso protección, pero agradecí darme cuenta de que así había sido.

Cuando nos separamos no sabía cómo mirarlo a la cara, él tampoco parecía tener intención de marcharse y lo dejé solo en la cocina. Jamás creí que me acabaría encontrando en una situación parecida, pero era la primera vez en dos meses que pasaba tantas horas despierta sin una copa en la mano y supuse que eso era ya de por sí un gran progreso.



## Capítulo 6

**M**e senté sobre mi viejo sillón verde y lo observé moverse con soltura por el pequeño espacio que formaba mi cocina.

Se movía con tranquilidad y tarareaba una canción entre dientes, parecía risueño y enorme entre las sartenes. Rebuscaba en los armarios con rapidez eligiendo cosas, que por mi poca experiencia culinaria no deberían casar bien entre ellas.

— Podrías ayudarme. – Su voz resonaba con fuerza en mi piso.

— Pensé que sabías cocinar. – Lo miré con escepticismo. No me imaginaba a aquel hombretón con un delantal preparando pastelitos y revisando el horno.

— No he dicho que no sepa solo que cuatro manos trabajan mejor que dos – exclamó él mientras echaba agua en una olla. Tamaña tontería.

— ¿Piensas hacer como que no ha pasado nada? – pregunté acercándome con lentitud. Noté como se tensaba, rocé su espalda y me senté sobre la isla.

Mis piernas colgaban mientras lo observaba fingir que no notaba mi presencia. Varias veces las rozó y yo sonreí descarada. Me gustaba estar con él y al mismo tiempo una parte de mí lo odiaba por lo que sabía que callaba.

Supongo que ya estaba acostumbrada a la dualidad de sentimientos que danzaban en mi interior. O tal vez me gustara jugar duro, pero lo miré dispuesta a quemarme. No dejaría que entrara en mi corazón, sabía que ese lugar estaba reservado. También era consciente de que él me ocultaba demasiado para poder confiar en sus intenciones, debía conseguir mantenerlo todo en un plano más físico.

— ¿Quieres pasta? Se me da muy bien la pasta con salsa de nata. Me gusta esa textura suave que le queda. Se desliza con delicadeza entre los labios... - Se giró y me miró la boca. Sonrió con picardía y yo suspiré aburrida.

— Una treta muy usada. Tendrás que soltar algo de información – añadí cruzándome de piernas y mirándolo con superioridad.

— Lo amabas, ¿verdad? – La pregunta hizo que mi corazón galopase. Asentí con calma.

— Desde el primer momento en el que lo vi. Nunca había sentido algo parecido y supe que jamás podríamos alejarnos. – Mis palabras trajeron a mi mente la primera vez. Ese instante en el que comprendí que jamás podría conocer a alguien como él. Acompañarlo, conocerlo, era lo más importante de mi mundo y creo que por un momento llegué a perderme a mí misma y lo que realmente deseaba. Quizás se debiera a que lo que más llegué a desear fue a él y temí tanto perderlo que recliné todos los sentimientos que albergaba por él tras mi sonrisa y mis bromas. Siempre cerca, pero nunca realmente juntos.

— Todavía le amas. – Sus palabras me confundieron, quizás se debiera a la tristeza que transmitían a pesar de que apenas hacía tres días que nos conocíamos.

— Creo que siempre lo haré. En realidad, estoy segura. – Cerré los ojos y recordé la primera vez que me encontró espiándolo y me alzó entre risas para girar conmigo en sus brazos. Me sentí la mujer más feliz del mundo -. ¿Te molesta?

— No debería. Esa nunca fue mi intención cuando te busqué. Es complicado – añadió terco como una mula.

— Y no vas a contármelo.

— No de momento. – Apretó con fuerza el cuchillo mientras troceaba una cebolla.

— ¿Por qué me buscabas? ¿Por qué parece que soy tan importante para ti? – Vi como sus labios se cerraban, su sonrisa tembló.

— Quería contarte algo que creía que mitigaría tu dolor. – Su voz sonó forzada -. Creí que se lo debía a Jonás, aunque...

— Pero ya no – concluí confusa sin comprender el cambio en su actitud, esos mensajes crípticos.

— ¡¡Joder!! ¡¡No puedo hacerlo!! – Sus gritos me hicieron temblar, no me esperaba una reacción como aquella de un hombre tan tranquilo. Acaricié el cuchillo que había a mi lado, pero no me moví.

Yo mejor que nadie sabía que jamás podríamos asegurar conocer a alguien, ni siquiera esa misma persona sabe realmente hasta dónde llegaría en algunas situaciones de su vida.

El día que mataron a Jonás quise salir corriendo detrás de aquellos monstruos, quería sangre, vengarme de alguien. Poco me importaba quién fuera, pero habría salido corriendo como una loca sino me hubieran atrapado como a una prisionera y devuelto a España. Quería, necesitaba, respuestas y venganza.

Yo misma me habría convertido en una asesina y eso me asustaba, sin embargo, confié en mi instinto, jamás me habría fallado.

— Si te lo contara te alejarías, ya no habría nada que te mantuviera a mi lado. Justo porque lo amas sé que me permitirás conocerte. - ¿Estaba loco? Sonaba como un demente.

— No me gustan estos juegos. Estos días prefiero la botella.

— Pero sé que lo harás, como bien has dicho lo amas. – Se acercó y se colocó ante mí. Se veía imponente, seguía sin camiseta y mis ojos volvieron a su tatuaje. Él sonrió arrogante, aunque con un tic extraño en su ceja izquierda.

— ¿Y qué? ¿Te convertirás en mi juguete? ¿Qué pretendes? – Se giró molesto y lo atrapé con fuerza entre mis piernas.

Era tan caliente y tan duro. Sonreí consciente de que no estaba bien, no debería sentirme así. Debería seguir atormentada por mis pecados, pero apoyé la mejilla en su ancha espalda.

Besé su piel y él tembló. Recorrí el camino hacia su cuello con la punta de la lengua, saboreando ese toque salado que había quedado tras nuestro encuentro. Comprendí que tenía mucho más poder sobre él del que quería darme. Algo que le molestaba y excitaba a partes iguales.

— Tendrás que darme algo para saber que merece la pena. No pienso perder las dos últimas semanas que me quedan de permiso por nada – susurré junto a su oreja. Lo oí gruñir, molesto por el juego sucio. Mordisqueé su lóbulo.

Esa zona del cuello siempre ha sido mi debilidad y siempre suelo atacar ahí. Hago lo que me gustaría que me hicieran, sonreí ante mis propias ideas. A Jonás también le gustaba morderme en el cuello y reírse por mis reacciones. Él decía jugar, pero nuestros juegos siempre rozaban esa zona prohibida para

los amigos, esa fina línea que entraba en un terreno mucho más íntimo.

Jonás había marcado mi historia y sin embargo comprendí que en aquel momento no lo quería conmigo en la cocina. No quería sentir aquella sensación de traición bajo cada emoción agradable, deseaba algo fresco y suspiré cansada.

— Llevo semanas observándote, aunque en el estado en el que te encontrabas es normal que no te dieras ni cuenta. Eras como un fantasma. – No lo dijo con recriminación, aunque la pena tampoco es una emoción que me gustara recibir por parte de otra persona –. Al principio solo buscaba el momento exacto. Hablamos varias veces, aunque dudo que lo recuerdes. – Se calló como si temiera continuar. Me sentí desnuda y en inferioridad al estar privada de esos recuerdos, al no saber hasta qué punto sabía algo de mí.

— ¿Y no te ha gustado quién soy? – En cierta manera temía la respuesta. Puede ser que hubiera una parte de mí que no quería que él me viera de esa manera. Cinco noches atrás había vomitado en los zapatos de alguien, esperaba de corazón que no fueran los suyos.

— Me ha gustado, lo que no me gustó es ver en quién te has convertido. – Mordí con fuerza.

— Nunca me has conocido.

— Pero lo deseaba. Llegó un momento que deseaba que recordaras mi nombre y mi cara al volver al bar. Necesitaba que reaccionaras.

— Ya veo. Pobrecito, lo que deseas jamás pasará – dije mordaz y molesta por sentirme manipulada. ¿Qué podía saber él de Jonás que fuera importante para mí? Yo era la última que lo había visto con vida.

— No soy un ingenuo, pero me deseas y no puedes negarlo. – Se giró y atrapó mi boca. No fue tan gentil como la primera vez, su beso fue abrasador, intenso y me dejó boqueando cuando se retiró. Por un momento me costó enfocar la mirada.

— Lo eres. No has sabido ver la realidad, te has aferrado a un sueño estúpido y buscas en mí a alguien que no existe. – Trató de responderme, pero le tapé la boca. No quería oírlo, él debía escucharme a mí –. Ni siquiera yo he sabido nunca quién era.

Me mordió el cuello, noté sus dientes con fuerza y me debatí entre el placer y el dolor. Cerré los ojos sin decidirme a apartarlo. Apretó mis caderas, sus

movimientos eran duros, podía notar la presión. Se apretó contra mí notando su dureza y me agarró con fuerza el pelo tirando de él para que yo le concediera pleno acceso.

— El dolor y el placer siempre han estado íntimamente conectados. El dolor más atroz despierta en nosotros la posibilidad de sentir como nunca antes. – Dirigió su mano hasta mi pecho, apenas cubierto por una camiseta, y pellizcó mi pezón con fuerza. Tiró sin compasión y pegué un pequeño grito.

Cuando ya empujaba su pecho me besó. Calmó aquella sensación con una caricia lánguida sobre mi dolorido pezón y me sorprendí al notar como el calor de mi piel ascendía con rapidez. Lo miré con los ojos vedados por la confusión y el placer.

— Quizás no pueda decirte por qué te he buscado. Sé que si lo hiciera te perdería para siempre. – Su voz me llegó húmeda, cálida. Su aliento olía a sexo, ese olor característico que lo impregna todo –. Pero puedo decirte que el abismo puede tragarte si se lo permites. – Tiró de nuevo de mi cabello y me tumbó sobre la isla de la cocina. Por algún extraño motivo se lo permití. Lo miraba sin comprender qué era lo que pretendía, qué era lo que trataba de mostrarme, porque sentía que había algo importante.

En aquel momento vi cómo se abría ante mí. La sensación fue extraña ya que no llegaba a reconocer al hombre que me arrancaba con fuerza los pantalones de deporte. Tampoco al que en lugar de colocarse entre mis piernas me miró con deseo y pasó sus dedos por las curvas de mi cuerpo.

— Yo también he sido soldado. – Eso me sorprendió y comprendí que él me había permitido reducirle, él siempre me había dejado ganar por algún motivo.

En aquella cocina se veía imponente. Pude ver algo oscuro en su rostro, emociones que turbaron su serenidad y crisparon sus gestos. Me contuve a preguntar, a mí tampoco me gustaba que trataran de descubrir lo que pasaba por mi mente. A veces el silencio, el descanso, es necesario.

— Luché feliz, lleno de adrenalina me lancé a la guerra. – Sus palabras me hicieron temblar. Apretó con fuerza el otro pezón y reemplazó sus dedos por su boca, que mordisqueó y chupó a placer hasta que este se endureció entre sus labios –. Era un ingenuo, pero lo pagaría. – Pude ver como se acarició una pequeña cicatriz en el brazo y me sorprendí de no haberme dado cuenta antes de los diminutos cortes que decoraban su pecho. Eran casi

imperceptibles, pero numerosos. Probablemente antes hubo muchos más -.  
¿Sabes lo que hacen cuando atrapan a alguien? – Cerró los ojos y me besó. Yo parecía una ofrenda desnuda sobre aquella isleta y él estaba en su mundo. Me besaba, acariciaba y miraba sin ser consciente de que yo apenas respiraba. Lo observaba temerosa de decir algo que hiciera que detuviera su relato.  
¿Merecía conocer su historia? Todos tenemos una -. Solo necesitaron media docena de cortes para hacerme comprender que no era nadie, a partir de ahí me volví loco. Cuando llegaron hasta mí no lograba mantener el control de mis emociones. – Comenzó a depositar cortos besos en mi vientre, descendiendo con cada palabra. Podía ver sus intenciones, sabía a dónde se dirigía y temblé de anticipación. Abrí las piernas inconscientemente y él sonrió orgulloso. Incluso creí ver como su pecho se henchía -. La mente es nuestro peor enemigo. En muchas ocasiones la mía me engañó. Olvidaba lo que era real, olvidaba que había un mundo lejos de aquel lugar. – Mordió la parte interior de mi muslo, sonrió sobre mi piel mientras soplaba la zona más inflamada de mi anatomía -. Yo tampoco me conocía, pero Jonás me ayudó a recordar y a aceptarme. Yo haré lo mismo por ti.

Mordió mis labios más tiernos mientras yo gemía como loca. Comenzó a adentrarse con la lengua en mi interior, saboreando al tiempo que recorría los contornos de mi piel.

Yo no podía controlar mis jadeos y me abrí dándole completo acceso. Él me torturó durante lo que parecieron horas. Me aferré a la isla con fuerza para evitar lanzarme sobre él. Quería continuar en aquel intenso remolino de emociones.

— No puedo más... - susurré con los ojos en blanco.

Justo cuando sentí que no quedaba nada, que podría lograrlo se detuvo. Con sus manos apresó mis piernas, apretando con fuerza en mis tobillos.

— Lo peor es no poder decidir. Estar a la merced de los deseos de otros. – Me removí inquieta ante sus palabras. En sus ojos negros vi dolor y pena. Me pregunté qué tipo de cosas había tenido que soportar. Sabía que por lo que decía callaba mucho más -. Tú puedes elegir y dejás que los recuerdos te controlen. Supongo que es mucho más sencillo que aceptar que no puedes hacer nada por cambiar las cosas. Él seguirá muerto por mucho que te jodas la vida. – Lo miré furiosa cuando mordisqueó mi clítoris. En un segundo olvidé había dicho y removí la cabeza inquieta.

— Necesito, lo necesito. No pares... - jadeé fruto del deseo. El dolor por terminar y mi piel demasiado sensible.

— Lo ansías. Tu cuerpo ha tomado el control, llegará un momento que no serás capaz de pensar. Necesitarás tanto mis caricias, mis besos, mis mordiscos que olvidarás la vergüenza, la desconfianza, el miedo. Llegará un punto en el que solo puedas pensar en mí y yo me convertiré en todo tu mundo.

— No puedes hacerme olvidar a base... Dios... - Me mordí la mano incapaz de continuar hablando. Estaba tan segura de que el control de mi cuerpo me pertenecía, pero su lengua estaba haciendo auténticos estragos en mi piel.

Cuando me penetró con los dedos prácticamente resbalaron a mi interior. Quise mirarlo, conectarme con él de alguna manera, intenté moverme, pero no lo conseguí. Seguía manteniendo mis piernas firmemente abiertas concediéndole todo lo que buscase.

— En estos momentos soy lo que más deseas, ¿verdad? No es a Jonás es a mí a quién ansías. – Tiró de mis piernas hasta que mis pies tocaron el suelo. Estaba temblando y él me sostuvo. Su boca tenía un regusto salado cuando me besó y yo me volví loca. Me enredé entorno a él, tirando con todas mis fuerzas para tenerlo cuanto más cerca mejor.

Prácticamente lo obligué. Lo necesitaba dentro, necesitaba apagar aquello que había encendido. Mi piel quemaba, me faltaba el aire y a cada movimiento sentía que el placer era insoportable. Me aferré a su cuerpo con unas inmensas ganas de llorar y me dejé ir. En pocos minutos, mientras seguía moviéndose en mi interior, me sentí completamente saciada y triste.

Acaricié su rostro y lo dejé terminar. Permanecí a su lado sin saber qué pensar y demasiado cansada. Mis ojos se cerraban y al final supongo que perdí aquella batalla.

# Capítulo 7

*C*uando acabas con la vida de alguien su rostro te acompaña toda la eternidad. Podré olvidar mi nombre, mi pasado, pero jamás aquellas personas que murieron ante mis ojos.

*Los ojos de la pequeña a la que Jonás había disparado son lo peor. Eran unos ojos negros, bonitos. Su rostro redondo era angelical y el peor sonido fue el que hizo su cabecita al rebotar contra el suelo.*

*No era la primera ni sería la última vez que reviviría aquella escena. La imagen de aquella muñeca rota, una muñeca que seguramente había sufrido mucho y no tendría oportunidad de guardar buenos recuerdos. Allí tirada, con la ropa revuelta a su alrededor y la sangre.*

*Hay muchos recuerdos, moverse entre ellos nunca estuvo bajo mi control, pero supongo que la dosis de endorfinas ayudó. Viajé al primer día en el que Jonás se acercó a mí realmente.*

*Yo era una ilusa y él un gran atleta. Supongo que la mítica historia que sale en una película mala un sábado por la tarde, pero él me veía. Algo que se convirtió en una extraña amistad, siempre juntos. Él me decía que era su hermanita. Mi sonrisa ocultaba el dolor que aquella palabra me causaba, pero prefería saberlo cerca.*

*Aquella tarde era verano y hacía un calor infernal. Yo, siempre modosita, había decidido arriesgar por fin con uno de esos vestidos cortos que si te descuidas muestran hasta el carnet de identidad. En cuanto Jonás me vio aparecer con él no dejó de mirarme. Me sentí única mientras él me repetía lo hermosa que me veía y la suerte que tendría el chico al que decidiera decirle que sí. ¿Acaso no se daba cuenta de que era el único al que realmente deseaba?*

— *Si sigues así conseguirás tentarme también a mí. Eres toda una belleza – dijo mientras me revolvió el pelo. Como siempre lo empujé y salí del coche esperando que me siguiera.*



*Aquella noche no tenía ganas de ir a la fiesta ni de encontrarme con los demás, lo quería solo para mí. Me tumbé sobre la hierba y esperé que me siguiera.*

— *Ya soy una mujer – susurré avergonzada sintiéndome resguardada en la noche.*

*Jonás se dejó caer a mi lado manteniendo silencio por primera vez y mirándome con intensidad.*

— *Creo que todos nos hemos dado cuenta enana.*

— *Tú no. – Mis palabras sonaron tristes, acusadoras. Quise disfrazarlas, pero no fui capaz. Lo cierto es que odiaba que no comprendiera que estaba ahí por él. Que sería la única constante en su vida.*

— *Yo también. He tenido que dar varios puñetazos para impedir que se acerquen a ti. – Sonreí porque no me creía sus palabras. ¿Por qué habría de importarle a él que otro muchacho se fijara en mí cuando a él no le interesaba?*

— *Quiero sentirme como una mujer. – Lo miré y vi que él, con sus dieciocho años recién cumplidos tampoco tenía ni idea de qué podía contestar a eso. Sonreí triste, consciente de que montaríamos en el coche y olvidaríamos la conversación.*

— *¿Qué necesitas? – Noté que le costaba preguntármelo. Sus ojos brillaban y lo noté nervioso. Yo temblaba, quería decir muchas cosas, pero me avergonzaba demasiado.*

*Me senté sobre su regazo dándole la espalda y envolvió mi cintura.*

— *Siempre seremos amigos enana – dijo con la voz grave. Me quedé sin aliento y asentí –. Eres preciosa. – Olió mi pelo y deseé que le gustara. Mi confianza en mí misma en aquellos años era más bien escasa.*

— *Quiero sentirme bien. – Apreté mi culo contra su entrepierna. Podía notar su dureza y yo ya estaba tan empapada. Solo necesité eso para que mi mundo se detuviera y fuera el momento más increíble que había vivido nunca.*

— *¿Y qué puedo hacer por ti? – Su mano derecha se movió por mi cintura y se internó bajo mi vestido con facilidad. Yo entreabrí las piernas y sentí sus dedos jugar por encima de mi braguita.*

*Él también se mostró inseguro. Notaba como temblaba en ciertos momentos y lo escuché tragar saliva en varias ocasiones.*

*Ninguno de los dos notó como había empezado a refrescar. Yo no me atrevía a girarme entre sus brazos, a pedir más, y él tampoco lo hizo.*

*Durante lo que parecieron segundos jugueteó sobre mi braguita, sin llegar a internarse más allá en ningún momento y sin lograr mi final feliz.*

*No hubo besos, aunque reconoceré que estiré la cara esperando que lograra entender la señal. Sentí que él también lo deseaba, incluso me acercó a su cuerpo y me abrazó temblando.*

*Estúpida de mí, creí que aquella noche mágica cambiaría algo entre nosotros, pero no lo hizo. Fue como si el día trajera la cordura a su mente y yo volviera a ser su hermanita.*

— *¿Lo he hecho bien? – Su pregunta me hizo sonrojar. Acabábamos de montar en el coche y él se había acercado y abrochado mi cinturón en uno de sus muchos gestos que no sabía cómo interpretar. En cierta manera era egoísta porque mientras seguía ligando con otras marcaba el territorio conmigo impidiendo que yo ligase, pero jamás lo culpé por ello. Recogía cada gesto como agua de mayo y me aferraba a ellos.*

— *Sí. – Apreté la tela de mi vestido entre los dedos. Él me levantó el mentón con la mano y se quedó mirando mis ojos.*

— *Eres increíble. Me gustaría darte mucho más.*

— *Pero no lo harás – dije con voz queda.*

*No contestó nada. Vi la duda danzar tras sus ojos.*

*Condujo en silencio, yo tarareaba las canciones de la radio mientras miraba por la ventanilla discurrir el mundo a mi alrededor.*

*Aquella noche, supongo que por deferencia conmigo, no terminó con ninguna chica. Prácticamente hizo de mi guardaespaldas y me sacó a bailar. Siempre he temido que lo único que sintiera fuera pena por mí, pero en esas escasas ocasiones en las que estuvimos solos y nos dejamos llevar sentí la conexión entre ambos. Ese lazo que nos envolvía y convertía cada momento en algo único.*

## Capítulo 8

— ¿Vas a pasarte todo el día durmiendo? – Abrí el ojo derecho para revisar a Jerry. Volví a cerrarlo y me giré tapándome con la sábana.

— Esa es mi intención y toda la noche de paso – susurré huraña -. ¿Cómo es que aún no te has largado?

— Veo que no te despiertas de muy buen humor. – Tenía razón, pero eso no era asunto suyo.

— Por hoy me he cansado de juegos. Si quiero otro revolcón te lo pediré mientras te pido que me rellenes el vaso – dije de malos modos deseando que me dejara a solas. Necesitaba pensar, tratar de ordenar mis ideas. Todavía sentía el corazón desbocado y la pena a causa de mi última pesadilla porque incluso los buenos recuerdos eran dolorosos.

Oí como dejaba un plato sobre mi mesilla de noche. Olía que alimentaba y mis tripas gritaron de hambre. Me hice la dura, pero destapé mi cabecita.

— ¿Sigues pensando lo mismo?

— Puedes dejar la comida e irte por dónde has venido – gruñí a media voz.

— Pero yo he sido el cocinero y tengo hambre – refunfuñó Jerry.

— ¿No tienes pensado dejarme ni a sol ni a sombra? – Mi pregunta lo hizo acercarse y lanzarse sobre la cama con descaro a mi lado.

— No es mi intención. Supongo que tendré que hacerlo, pero no quiero dejar que tu cabeza empiece a tomar malas decisiones.

— ¿Cómo acostarme contigo? – pregunté sarcástica. Él se colocó de medio lado mirándome y levantó la ceja derecha. Aquel gesto... me mordí el labio.

— De vez en cuando es bueno equivocarse – repuso ufano. Me acarició la cara, una muestra de ternura y delicadeza que me hizo empujarlo.

Él quiso luchar y yo anclé mis pies en sus costillas empujando con todas

mis fuerzas. Quizás fuera porque estaba de lado, tal vez porque estaba cerca del borde, pero se cayó de la cama con sus enormes pies hacia arriba.

Lo miré triunfal mientras lo veía sacudirse la ropa como si se hubiera caído sobre la tierra del camino.

— Deberías comer antes de que te eche el plato sobre la cabeza – añadió mientras me señalaba.

— ¿De verdad? Creo que no eres rival para mí. Demasiado grande y lento – lo reté. ¿Por qué sentía que estaba jugando? Porque mi voz estaba cargada de ese toque pícaro que creía. Él conseguía llevarme a su terreno con demasiada facilidad.

Su teléfono vibró y lo vi leer el mensaje. El gesto de su cara cambió y me miró pensativo.

— Tengo que irme. – Sus palabras me confundieron. ¿Quién era para hacer que se largase por patas? ¿Quién estaba al otro lado del mensaje y por qué coño me importaba? Me puse de morros y asentí molesta.

— Yo misma te lo pedí hace un rato.

— No lo haría sino fuera necesario.

— Como tú digas. – Me crucé de brazos. Cuando trató de acercarse para besarme antes de irse le giré la cara -. Creo que te confundes amigo – dije al igual que hacían en el antiguo oeste.

— O tal vez tú niegas lo evidente. Tengo prisa para entrar en una batalla dialéctica – dijo mientras sus ojos negros me escaneaban y trataban de vislumbrar con descaro bajo la sábana que me cubría -. Creía que eras hermosa antes, pero incluso recién levantada y con cara de perro rabioso te ves bonita. ¡Ves! Justo como estás haciendo ahora.

— Lárgate antes de que te muerda hasta hacerte sangrar – dije mientras me incorporaba y caminaba con soltura sabiendo que solo llevaba una camiseta.

— No me tientes preciosa. Tengo que irme, pero volveré. – Asentí sin ganas y lo vi correr hacia la entrada. No sabía por qué, pero de nuevo había algo que no me estaba contando. Lejos de importarme, agradecí aquel momento de tranquilidad.

Tras reponer fuerzas con aquella delicia culinaria decidí poner mi vida en

orden o al menos hacer que mis familiares y amigos no se murieran de preocupación. La última fue Amanda, mi mejor amiga desde que tenía memoria. Aquella que sabía lo que pensaba con verme y por ello la más peligrosa de todos. Sabía que ella no se conformaría con una excusa, llevaba tiempo queriendo verme en persona. No me quedaba escapatoria.

— Al fin decides dar la cara. – Su voz aguda perforó mi tímpano. Nadie podía estar acostumbrado a aquel sonido, pensé mientras sonreía con cariño.

— Podías decirme hola.

— Hola, al fin decides a dar la cara. Pensé que tendría que ir a buscarte y sacarte por las orejas de tu escondrijo. – Estaba cabreada, podía notarlo con facilidad. La modosa de Amanda jamás diría algo parecido, pero supongo que se lo había hecho pasar realmente mal.

— Lo siento. – Y lo hacía. Por ella, por mí y por todos.

— Ya puedes. Si vuelves a hacer algo parecido te corto las pelotas. – Ella era así. Explosiva unos minutos y mansita como un gato el resto del tiempo. Una de las pocas personas que conocía incapaz de guardar rencor a alguien durante mucho tiempo.

— Creo que eso no funcionaría conmigo.

— Creo que puedo encontrar sustitutas. Tampoco has tenido muchas tetas nunca.

— Mentirosa, siempre me has envidiado por ellas – susurré divertida picándola. Fue ahí cuando comprendí cuánto la había extrañado.

— Llevó mucho tiempo deseando que me llamaras, necesito verte. Sabes que estoy aquí para lo que necesites. Jonás te quería, todos lo hacemos y seguimos aquí contigo. Recuerda... - Y así era ella. Directa al grano, sin ningún tipo de filtro e incapaz de parar cuando empezaba a hablar. Respiré tres veces antes de abrir la boca, en ese periodo tuvo tiempo para hacer un par de comentarios más que me sentaron como una patada en el estómago, pero traté de recordar que la quería y que era una gran persona.

— Para. Stop. ¡Ya! – grité al teléfono y aún tuve que esperar un par de segundos –. Bien, gracias. Necesito tu ayuda –. Miré mi pierna, demasiado cerca del centro había un moratón con forma de boca. Él había dejado pocas marcas, pero las justas para que al mirar mis piernas pensase en él. Sonreí al darme cuenta de que era más que probable que no hubiera sido sin querer. Era

un cabrón más calculador de lo que pensaba o yo me estaba volviendo paranoica, que era lo más probable.

— Tú dirás.

— ¿Te acuerdas de Jerry el primo de Jonás?

— No mucho. Recuerdo que él fue el primero en alistarse y que estaba tremendo. Me tenía loca por él, quería...

— Sí, vale. Creo que eso me ha quedado claro – la corté consciente de que si la dejaba seguir por esos derroteros no terminaríamos aquella conversación jamás -. ¿Sabes algo más?

— Yo... - Ahí había algo. Amanda pocas veces dudaba y tenía que ser grave. Esperé consciente de que era incapaz de guardar un secreto. Lo cierto era que la pobre lo soltaba antes o después, era como si le quemara en la punta de la lengua. No podía ser más metepatas ni intentándolo.

— ¿Sí?

— No sé si es cierto. No son más que habladurías. – Era la primera vez que tardaba tanto en sonsacarle y cuanto más difícil me lo ponía ella más nerviosa estaba yo.

— Pero...

— Dicen que se volvió loco. No quería ver a nadie y cuando se cruzaba con alguien fingía no conocerlo. Prácticamente se alejó de todos. Lo único que sé es que dos años después Jonás se lo llevó lejos varios meses y al volver ninguno de los dos quiso contar lo que había pasado. – Me mordí el labio consciente de los parecidos con mi historia. Yo que me creía especial y al final no era más que otra que sufría por lo que había visto y hecho. Lo cierto era que la guerra era algo que carcomía el alma humana y cambiaba a todos los que participaban de una u otra manera.

— ¿Sabes algo más?

— Que es mejor que no te acerques a él – concluyó sintiéndose la más lista del patio. La quería con el alma, en ella no había maldad ni segundas intenciones, pero a veces eso no era bueno.

— Creo que es tarde.

— ¿Qué has hecho? – me preguntó de nuevo con voz de pito totalmente escandalizada.

— Necesito que me cuente algo.

— ¿Qué has hecho? Nos conocemos y siempre has...

— ¿Yo? – pregunté con mi mejor voz de niña buena. Incluso estaba poniendo morritos a pesar de saber que Amanda no podía verme. – No he hecho nada, pero la otra noche me habló y no lo reconocí. Supongo que ha cambiado mucho.

— ¿Cambiar? Serás tonta... el problema es que nunca tuviste ojos para nadie que no fuera Jonás, pero Jerry era y siempre será un tío bueno de la primera división. – Se quedó callada unos segundos –. Lo siento, yo... sé que no tengo tacto ninguno.

— No pasa nada. – Pero lo cierto era que sí que pasaba. Mencionar a Jonás me hacía daño, incluso aunque saliera de su boca.

— Él te quería. Todos lo hacemos.

— Eso ya lo has dicho y no lo hace más sencillo, pero creo que ya me siento mejor. – Miré el espejo del fondo de la habitación. Tenía el pelo revuelto y los labios algo hinchados. Ojeras y la piel demasiado clara, pero al menos las cosas no bailaban a mi alrededor –. Tengo miedo de olvidarlo. Lo amaba con cada fibra de mi ser y está muerto por mi culpa.

— Sabes que eso no es cierto. – Miré mi reflejo. Ella no tenía ni puta idea, ella no sabía lo que había ocurrido ni que cuando más me necesitó me quedé bloqueada. Si no hubiera sido por él yo estaría... pero era él el que estaba siendo devorado por gusanos mientras yo seguía teniendo la posibilidad de vivir.

— Desearía que tuvieras razón – susurré con un nudo en la garganta. Colgué porque de pronto me sentía débil y triste.

Le mandé un mensaje para quedar con ella en unas horas, para hacer algo que no hacía en mucho tiempo, tratar de mantener a mis amigos conmigo. Ellos no se merecían el trato que les estaba dando.

Me estiré sintiendo como mis músculos volvían a la vida. Me acerqué al armario y rebusqué en su interior. En una cajita del fondo guardaba mi uniforme entre otras cosas, hubo un momento en el que estuve convencida de que jamás volvería a ponérmelo.

Saqué aquellas cosas hasta llegar a la fotografía. En ella era apenas una

cría vistiendo su uniforme por primera vez. Jonás venía detrás poniendo caras raras y ambos fuimos felices. Recuerdo que con él tomé mi primera copa y me emborraché por primera vez.

Es extraño como ciertos recuerdos se habían refrescado en mi mente, pequeñas cosas en las que hacía mucho tiempo que no pensaba. Detalles insignificantes, como cuando tras nuestro primer permiso fuimos a la playa. Nosotros dos solos, compartiendo habitación “para ahorrar”. Como siempre creí que sería diferente, pero fue un buen permiso.

Abracé la fotografía contra mi pecho y suspiré cansada. ¿Quién podía culparme de querer abandonar? Todos decían que los soldados lo llevábamos en la sangre, yo empezaba a pensar que lo llevábamos en la sangre que adornaba nuestras manos.

*En nuestro primer permiso estábamos radiantes. No dejábamos de elucubrar con que algún día seríamos los que daríamos las órdenes, nosotros llevaríamos hasta el límite a los nuevos reclutas y seríamos respetados por todos.*

*Lo cierto es que me quedé embobada en varias ocasiones mirando como Jonás hablaba de comerse el mundo, pero lo que verdaderamente danzaba en mi cabeza era el hecho de que en unas horas dormiríamos en la misma cama.*

*Sentía el cosquilleo típico de la anticipación, ese que hace que estés alerta y tus sentidos se agudicen. Eres tan consciente de la otra persona que notas hasta el más mínimo cambio en su cuerpo, cada roce era importante, cada mirada tenía un significado oculto.*

*Cuando llegamos a aquella playa era noche cerrada. No sabía ni la hora ni me importaba, era lo que tenía olvidarse del reloj. Lo cierto es que Jonás se había perdido varias veces, no tenía ni idea de cuántas vueltas habíamos dado, pero me estiré tranquila y eufórica al salir del coche.*

*Teníamos alquilado un pequeño bungalow, de esos de madera. Pequeñitos, prácticamente de una sola habitación, pero con una gran cama central de dos por dos. Cuando franqueamos la puerta del bungalow fue en la cama en lo único que podía fijar mi mirada y mis ojos volaban de ella a Jonás, una y otra vez, preguntándome cómo sería.*

— ¿Quieres comer algo? – Me preguntó sobre mi oreja. Pegué un



*bote sorprendida, mi mente se había alejado durante unos segundos de aquel lugar. Me puse colorada, ciertas imágenes erótico festivas habían acudido ante aquella simple pregunta.*

— *Estoy cansada. ¿Nos acostamos? – Ahí me atraganté y él sonrió arrogante. ¿También él notaba que me sudaban las manos y me dolía la tripa? Lo miré con expresión neutra mientras el cabrón trataba de aguantarse la risa.*

— *No creí que fueras a ser tan directa – me susurró de nuevo mientras se quitaba la camiseta por la cabeza.*

— *¡Eres un estúpido! – grité mientras mis ojos absorbían cada lunar, cada cicatriz, cada abdominal... - Nadie quiere verte en bolas.*

— *¿En serio? Tus ojos me devoran. ¿Crees que podrás mantener tus manos alejadas mientras compartimos tantas noches? Lo cierto es que estoy deseando comprobarlo – contestó mientras me guiñaba un ojo.*

*Amigos. ¿De verdad eso era ser amigos? ¿De verdad no había nada más bajo la superficie? Algo intenso que nos llevaba a buscar la compañía del otro, la caricia en la oscuridad. Sin embargo, él tenía miedo, siempre lo había tenido y yo sabía el motivo, aunque jamás me lo hubiera dicho. Quizás por eso yo también temía obligarlo a salir de su zona de confort, a reconocer que éramos mucho más que amigos. Una palabra que odié con cada pedazo de mi ser.*

— *¿Mañana qué querrás hacer primero? – me preguntó desde el baño mientras se ponía lo que él consideraba que era un pijama, pero que en realidad era un pantalón de deporte demasiado flojo que amenazaba con acabar en el suelo. SOLO un pantalón de deporte. Ambos sabíamos, que yo sabía que no había nada debajo. En realidad, él mismo me lo había confesado mucho tiempo atrás, recordándome que era malo que ciertas partes de la anatomía masculina estuvieran apresadas. Sonreí con descaro al ver como salía estirando los brazos sobre la cabeza y mostrando un cuerpo de infarto.*

— *¿Playa?*

— *Pensé que la odiabas. – Me miró con curiosidad, supongo que esperando que yo también me pusiera mucho más cómoda.*

— *Y la odio. Tanta arena, sol quemándome la piel y gente en bolas,*

*pero... - Me quedé en silencio con una sonrisa traviesa en la boca. Me acerqué a él y lo empujé con fuerza sobre la cama colocándome sobre su cadera sin llegar a tocarlo –. después de tanto entrenamiento, tantas horas moldeando este cuerpo de infarto – Fui quitándome la camiseta con sensualidad, dejando mi piel al descubierto despacio, tanto que lo vi tragar con fuerza. Sonreí orgullosa, solo él podía hacerme temblar de aquella manera –. quiero ver como todos los musculitos se pelean por echarme... cremita. – Terminé guiñándole un ojo como en tantas ocasiones me había hecho él.*

— *Yo... - Tosió aclarándose la voz –. yo te echaré la cremita, preciosa. – Sus manos se posaron en mi cintura. Me apartó con delicadeza y sentí el frío –. Ahora ve a ponerte ropa cómoda mientras preparo algo de comer. – Y de nuevo se alejó de mí.*

*Comimos unos bocadillos, traíamos poco más. Él trató de mantenerme ocupada, habló de cualquier cosa menos de algo importante. Dejó los temas inconclusos que pendían entre ambos para otro momento. Yo lo dejé hacer como siempre.*

— *¿Vemos alguna serie? – preguntó cogiendo el portátil.*

— *¿Tanto temas meterte entre las sábanas conmigo? ¿Soy una tentación demasiado grande? – Él bajó la cara y por un instante temí que se largara, pero se quedó. Cuando sus ojos del color de la miel volvieron a conectarse con los míos brillaban.*

*Me acomodé entre las sábanas sin esperar su respuesta. Le di el culo y me hice un ovillo. Él se acercó poco después y me envolvió con ternura desde la espalda, yo me acomodé mejor acercándome más.*

— *Eres mala.*

— *No entiendo por qué.*

— *Sabes que no deberíamos hacer esto – dijo mientras su nariz se enterraba en mi pelo y absorbía mi esencia desesperado.*

— *¿Por qué? – pregunté más molesta de lo que quería.*

— *No podemos y lo sabes. – Supongo que era cierto, siempre me lo había dejado claro en esa distancia que mantenía entre ambos. No se daba cuenta de que para mí empezaba a ser una tortura dolorosa. Sonreí cansada contra la almohada temiendo echarme a llorar, demasiado cabreada*

*conmigo misma y las esperanzas que de nuevo habían surgido en mi cabeza. Esperanza era lo único a lo que podía aferrarme. Un final feliz que siempre se escurría entre mis dedos.*

— *Tengo sueño.*

— *No lo tienes y lo sabes –dijo mientras me pellizcaba un pezón. Era la primera vez que se había mostrado tan osado y me quedé sin aire –. Me haces romper mis propias normas. Eres muy mala – Exclamó mientras besaba mi cuello y notaba su lengua contra mi piel. Tuve que contenerme para no girarme y besarlo, para no dejar salir aquel remolino de sensaciones que explotaban en mi interior, pero sabía que saldría corriendo. Lo conocía lo suficientemente bien para concederle el poder, llegaríamos hasta donde él lo permitiera. Incluso sabiendo que yo necesitaba mucho más.*

— *No es algo malo.*

— *Yo no podré darte jamás lo que buscas. No soy como crees realmente – dijo mientras me besaba la nuca -. ¿Podemos fingir que esta noche no existe? – preguntó mientras su mano se internaba bajo mi braguita. Sentir sus dedos en una zona tan íntima, tentándome a abrir las piernas me hizo jadear.*

— *¿Por qué habríamos de hacer tal cosa?*

— *Porque si estuviéramos en el mundo real, porque si siguiéramos siendo nosotros jamás podría hacer lo que tanto deseo. Necesito entrar en ti, pero no quiero que nada cambie. Te pido que esta noche sea la excepción.*

— *¿Por qué no la norma? – pregunté molesta. Noté como sus labios se curvaban sobre mi pelo, una sonrisa triste. Lo conocía demasiado para notar la diferencia, no necesitaba verlo para saber lo que pasaba por su mente.*

— *Esto es un sueño. No lo rompas cariño, por favor concédeme eso al menos. – Se me rompía el corazón. Yo sabía el motivo que lo mantenía alejado y sabía que él no era como creía. Sin embargo, discutir lo alejaría y me conformaría con cualquier migaja que quisiera darme.*

— *No lo haré – dije sin aliento, notando como una lágrima se deslizaba por mi mejilla. Mi corazón estaba cansado y triste, preguntándose si algún día sería capaz de llamar las cosas por su nombre y arriesgarse.*

*Aquella noche no nos miramos. En ningún momento me dejó darme la vuelta ni rozar sus labios, aquella siempre sería mi asignatura pendiente. Él siempre decía que si me besara todo lo que éramos quedaría reducido a cenizas, como si fuera mucho más íntimo que lo que íbamos a compartir entre aquellas sábanas.*

*Me tocó con delicadeza, como si temiera romperme. Siempre tuve la sensación de que me veía como algo frágil y débil. En aquel momento me dejé guiar. Él me besó el arco de la espalda, acarició mi cuerpo recreándose en cada pliegue, sentí una ternura infinita hacia mi persona en cada uno de sus gestos.*

*No pude contenerme y yo también lo toqué. Recorrí su cuerpo con los dedos, consciente de que podría ser la primera y última vez que tuviera acceso a él. Recordé la primera vez que lo vi cuando nuestros ojos se conectaron, aquella manera tan suya de hacerme sentir única. Su sonrisa era temblorosa, toda su confianza desapareció en mi primer jadeo.*

*Llegó a taparme la boca incapaz de escuchar mis gemidos, temeroso de dejarme a medias. Él deseaba sobre todo mi placer y así me lo repitió al oído.*

*Cuando sentí su piel desnuda contra la mía temblé, era perfecto. No se trataba de que tuviera defectos sino de que amaba cada uno de ellos. Eran aquellas cicatrices, aquella manera de girar los ojos cuando creía que alguien no tenía razón, aquellas expresiones de locura las que lo hacían ser él, realmente un ser único.*

*Me giró y me dejó boca abajo. Me pidió perdón contra el pelo, ambos sabíamos que lo que nos negaba era lo que más deseábamos. En el transcurso de aquella noche mis ojos volaron a sus finos labios suplicantes, pero él no cambió de opinión.*

*Abrí las piernas todavía pegada contra la cama. Sentí el peso de su cuerpo contra mí, aplastándome contra el colchón. Su mano se internó entre nosotros para guiarse y me penetró despacio.*

*Ambos fuimos soltando el aire a medida que entraba en mi interior. Cuando se acopló no pudo moverse y yo me aferré a la cama incapaz de pensar.*

— Necesito... - Estaba sufriendo en su necesidad por ser como creía

*que yo deseaba. Temblaba.*

— *Hazlo. No te controles – supliqué con los ojos cerrados y la necesidad de él incendiándome. Poco quedaba de la amiga, de la que decía ser su hermana pequeña. Poco podía ocultarse cuando el vaho rodea dos cuerpos que se mecen necesitados, cuando los gemidos se incrementan hasta convertirse en gritos angustiosos.*

*Jonás se aferró a mí. Sentí como apoyaba su frente en mi hombro al tiempo que se volvía más agresivo en sus acometidas. Yo quise abrazarlo, retenerlo conmigo, besar su boca y penetrar su alma, pero no pude.*

*El orgasmo fue increíble. Me llevó a rozar el cielo, pero pronto se alejó de mí. Pronto descubrí a lo que se refería cuando decía que aquello no había ocurrido. Puso distancia entre nuestros cuerpos y jamás hablamos de ello. Llegó un momento en el que incluso yo dudé de que aquella noche hubiera ocurrido porque, aunque parezca mentira, en los siguientes quince días no volvió a tocarme de aquella manera. De cierta forma se distanció de mí, como siempre hacía.*

Yo tenía pensado decirle muchas cosas. Quería tener aquella conversación que tanto habíamos evitado y todavía tenía esperanzas. Creí que su mundo se estaba derrumbando las últimas semanas, supongo que al ver que al fin comenzaba a mirar a otros hombres ante la posibilidad de perderme definitivamente... Comprobé que comenzaba a cambiar y a mostrarse osado.

Nos pertenecíamos. Era una conversación que habíamos mantenido en otras ocasiones con nuestro cuerpo, con gestos que nos delataban, pero que jamás habíamos expresado en voz alta. A veces el simple hecho de llamar a algo por su nombre hacía que todo se volviera real, porque a pesar de ver con mis propios ojos la imagen de ambos en la playa de arena dorada, tostándonos durante horas, sentí que aquello no había sido más que una alucinación. Un sueño caliente que con el paso de los días se volvió fantasía.

# Capítulo 9

**H**acía mucho tiempo que no me maquillaba ni me ponía un vestido. Mucho tiempo en que no me miraba al espejo mientras trataba de crear un bonito recogido en mi pelo.

Me miré satisfecha al espejo. Perfilé mis ojos con mimo y me puse tacones. Parecía que me había disfrazado, nunca me había gustado prepararme tanto, pero lo cierto es que aquel día sentí que lo necesitaba. Quería sentirme hermosa, hacer que los hombres se girasen deseando a la mujer que creían ver.

Sentí esa euforia animándome a bailar. Puse música y me dejé llevar. Traté de olvidar mi vida, quién era en realidad y me trasladé a cómo debería haber sido. Dejé que esa efímera alegría a la que me aferraba con terquedad me llenase por dentro antes de salir. Quería que Amanda viese a la mujer que recordaba, que no sintiera pena por mí.

Caminé veloz, sintiendo como la falda se movía entorno a mis piernas, al vaivén del viento. Dejé que aquel paseo despertase mis sentidos y me sentí poderosa. Pocos sabían lo que era realmente, todos vivían inmersos en sus propios mundos sin ser conscientes de que no muy lejos la gente moría por los motivos más estúpidos.

Llegué al bar con media hora de anticipación. Elegí el de Jerry, tampoco medité mucho en ello. Sabía que a aquella hora no andaría por allí, al menos eso me repetía.

El lugar era más bonito de día, incluso acogedor. Las mesas ocupaban todo el lugar, la gente de reunía e incluso servían bollería a los más intrépidos.

— ¿Amanda? — La miré sin creérmelo. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba esperándome, pero su mirada se iluminó al verme aparecer. No tenía muy claro lo que esperaba ver, pues sus ojos azules se iluminaron al momento.

— ¡Cuánto tiempo! — gritó, prácticamente saltó a mis brazos y me abrazó con fuerza. Su cara demostraba ansiedad y yo descubrí que me

enterneceía aquella reacción. Me sentí tonta al haberla mantenido alejada, al haber huido con tal de no hablar, de no tener que expresar en voz alta lo que sentía. Porque todos querían hablar, todos decían que era necesario mientras que lo único que realmente quería era olvidar – Pensé, creí que no aparecerías – lo dijo nerviosa, como si fuera una extraña y temiera que desapareciera entre sus dedos –. No sabes lo mucho que te he necesitado. – La miré sin comprender a qué se refería. Devolví su abrazo, contenta de ver una cara conocida, descubriendo que no me sentía tan mal como había pensado.

— Pues aquí me tienes – dije abriendo los brazos y soltándola. Debíamos ser todo un espectáculo –. Estás mucho más guapa que antes. Incluso diría que has crecido.

— Eso es porque eres un taponcete – dijo guasona mientras se sentaba ante mí –. Dos cafés con leche – gritó como si solo estuviésemos nosotras en aquel lugar. Ella era así, rebosaba vida y no conocía el significado de la palabra timidez.

— ¿Y si quiero algo más fuerte? – pregunté irónica. Ella se encogió de hombros con indiferencia – Entiendo... - Descubrí que no tenía ni idea de qué decir. ¿De qué podía hablar si ya no la conocía?

— ¿Estás mejor?

— Siempre se te ha dado bien meter el dedo en la herida – susurré mirándola con cariño. Volvió a encogerse de hombros.

— Siempre he creído que esquivar los temas importantes hacen que se enquisten. – Me miró como si temiera haber dicho algo inadecuado.

— ¿Cómo te va? ¿Sigues trabajando en la panadería de tu padre?

— No me trates como si no me conocieras de nada. – Suspiró con fuerza –. Creo que te olvidas de que jamás podrás engañarme. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

— Creo que demasiado – dije mientras ella estiraba su mano derecha y agarraba la mía.

— Siempre juntas, ¿acaso no lo recuerdas?

— Es complicado.

— Siempre lo es – dijo suavemente. Buscaba mis ojos y yo se lo concedí –. No tienes por qué estar sola. Siempre juntas, lo prometimos.

— Lo sé.

— Entonces deja de autodestruirte. ¿Crees que no sé lo que has estado haciendo? – preguntó molesta.

Me tumbé sobre la silla incapaz de darle un motivo o una explicación. La chica que nos atendió nos acercó unas magdalenas y yo agradecí el descanso.

— No quiero hablar de lo que ha pasado. Hay momentos en los que todavía, cuando me despierto, creo que todo sigue bien. Necesito pensar en cualquier cosa menos en él. No me fuerces. – Ella asintió y bajó el rostro. Como siempre que pensaba que había hecho mal sus mejillas se tiñeron de un ligero rubor.

— Lo siento mucho.

— ¿Nos vamos de fiesta? – pregunté tentándola. Ella era la más fiestera en diez kilómetros a la redonda – Hasta el amanecer. No puedes decirme que has cambiado tanto. – Aunque vi la duda.

— Quise decírtelo antes. – Su sonrisa se ensanchó –. Tengo una niña. – Me quedé blanca. Ni siquiera sabía que tenía a alguien en su vida. La miré buscando alguna señal en su cuerpo, quizás las tetas más grandes, pero seguía siendo ella. ¿Cuándo había pasado? Mi confusión iba en aumento mientras revisaba su cuerpo.

— ¿Estabas...?

— Traté de decírtelo cuando viniste de permiso hace seis meses. Quería que fueras la primera en saberlo y su madrina, pero después de lo ocurrido... - Comprendía sus motivos, yo también habría callado.

— Jonás murió. Eso no te quita el derecho por ser feliz. Enhorabuena – dije levantándome mareada. Quería salir de allí a toda prisa, pero Amanda me siguió y me abrazó con fuerza –. Quiero estar feliz por ti, te lo mereces. - ¿Una niña? Yo también había conocido a una, gemí incapaz de pensar.

— Lo sé. Lo sé. – Sentí como me acariciaba el pelo, como siempre yo estaba dando el cante a la entrada de aquel bar –. Ella es increíble. Espero que algún día quieras...

— Claro que quiero estúpida – dije contra su cuello -. ¿Salimos de aquí? – Ella dejó un billete de 5€ sobre la barra y corrió tras mí.

En algún punto de nuestras vidas nos vamos alejando de las personas que



mejor nos conocen. Me di cuenta de que yo no quería perderla a ella.

Ella mandó un par de mensajes y fue toda mía. Fue como volver al pasado, cuando salíamos a babear tras los chicos guapos y bailábamos hasta que teníamos que volver a casa. Ella lo sabía absolutamente todo de mí y yo de ella.

— ¿Y vas a salir así? – dije con voz aguda como en el pasado -  
¿Vaqueros? – Imité su tono mientras ponía cara de espanto.

— Ahora opto por ropa mucho más cómoda. No es sencillo hacer malabares con una niña babosa, los biberones y pañales – contestó mientras daba saltitos a mi alrededor –. La amo con toda el alma, pero me recuerda a ti cuando... cuando... - tartamudeó y se quedó callada.

— Cuando perseguía a Jonás – completé por ella. La golpeé con cariño en el brazo y sonreí –. Es complicado hablar del pasado sin traerlo a colación. Jamás creí que hubiera un día en el que no estuviera con nosotros.

Cuando cuatro horas después entramos en el primer garito me sentía extraña. Sabía que tan cerca del que había sido mi hogar durante dieciocho años todos se fijarían en mí y así fue. Amanda no era tonta y trató de esconderme bajo su ala, de hacer aquel proceso mucho más sencillo.

Tras dos chupitos me dejé llevar. Me olvidé de todos centrando mis ojos en Amanda, bailando con ella. Nos cogimos de la mano como cuando éramos adolescentes ingenuas y bailamos, saltamos y cantamos a pleno pulmón.

La música tan alta opacaba mi propia voz, esa que gritaba que no estaba bien, que nadie podría cambiar lo que palpitaba en mi interior. Dejamos que la bebida y la música volviera a facilitar nuestras conversaciones.

Ella acabó contándome que su hija tenía mi nombre, que el padre había desaparecido, pero que no lo odiaba. Por extraño que parezca decía que le estaría siempre agradecida por lo que había dejado tras él, en sus ojos había auténtica adoración al hablar de aquella pequeña. Paradójicamente era ella la misma que decía que jamás tendría hijos.

— Creo que te comen con los ojos. ¿Quieres que le parta la cara? – me preguntó fijando la vista en un hombretón que caminaba directo hacia nosotras. Yo me sorprendí al distinguir a Jerry, preguntándome cómo conseguía encontrarme siempre.

— No sé si serás capaz – contesté gritando a su oído picándola.

— Ambas sabemos que puedo con tipos mucho más grandes que ese – añadió guiñándome un ojo. Solo ella podía darle doble sentido a cada palabra que decía.

— Hola preciosa – me susurró al oído. Amanda meneó la cabeza en una pregunta silenciosa y yo asentí imperceptiblemente mientras sonreía inocente.

— ¿Me has puesto un localizador?

— Sabría dónde estás en cada momento – dijo galante sobre mi oreja. El cabrón sabía cómo calentarme, pensé mientras trataba de respirar con tranquilidad.

Amanda se dio la vuelta y se colocó tras él. Yo aproveché para acercarme a su pecho, acariciando con las uñas aquellos pectorales que ya había tenido la oportunidad de ver. Me sentí traviesa, volvía a ser la muchacha que disfrutaba haciendo rabiar a los hombres antes de decidirse a mirarlos. Con Amanda protagonicé muchas “trastadas” inocentes, pero que guardaría siempre en mi memoria con cariño.

Por algún motivo quería que Jerry tocara el suelo. Estaba un poco cansada de que siempre estuviera ahí, de que estuviera tan convencido de que lo necesitaba. Él no era mi salvador, si en algún momento cambiaba sería porque yo así lo había decidido.

Jerry sonrió orgulloso, complacido. Supongo que no esperaba verme avanzar hacia sus brazos con una sonrisa. Pero algo se interpuso al tratar de afianzarse en el suelo, una pierna delgada y firme estaba donde quería colocar su pie y yo seguía empujando aquel inmenso cuerpo.

Trastabilló, trató de aferrarse a algo en su caída y fue mi brazo lo que encontró. Lo cierto es que estalló en carcajadas, al mirar a Amanda que se había apartado con una sonrisa y a mí pronto ató cabos. El temblor de su pecho, sus brazos entorno a mi cuerpo que habían tratado de protegerme en la caída y la cara de Amanda de desolación, esa que ponía siempre que las cosas no salían como ella deseaba, fue suficiente para que yo también sonriera y me riera como loca.

De pronto no podía parar. Lo miraba a él, miraba a mi amiga, y volvía a empezar. Tardamos varios minutos en incorporarnos, la gente seguía bailando como si nada a nuestro alrededor y yo me sentí tranquila.

— ¿Os conocéis? – preguntó Amanda. Era mucha casualidad que unas

horas antes llamase para preguntarle justamente por él.

— No – dije.

— Sí – dijo él al mismo tiempo. Nos miramos, me miró, la miré. Sonreí inocente.

— Puede – añadí sin ganas –. Es una historia muy larga. – Por su cara no sabría decir si aquello le gustaba. Supongo que no era lo que ella esperaba para que yo superase mi pérdida. No era correcto que pusiera los ojos en su primo, aunque para ser realistas yo no sabía quién era la primera vez que lo besé y tampoco era que me importara mucho lo que murmurasen a mis espaldas. Los pueblos pequeños están llenos de secretos a voces y personas demasiado aburridas con sus propias vidas que encuentran placer en destrozarse las de los demás.

— Tendremos tiempo – gritó Amanda sobre la música señalándome -. ¿Te unes a nosotras?

— No – dije por él.

— Sí. - De nuevo volvimos a hablar al mismo tiempo. La sonrisa de Amanda no tenía precio.

Por más que traté de alejarlo él era tozudo como una mula y descubrí que me ponía nerviosa tenerlo tan cerca. Su cuerpo me rozaba mientras bailábamos, yo tenía la ligera sospecha de que lo hacía a propósito, pero cuando Amanda puso la excusa de su hija para dejarnos a solas pude comprobar que estaba en lo cierto.

Ni siquiera esperó a que Amanda saliera por la puerta para rodear mi cintura y atraerme hacia él. Lo cierto es que nunca he sido muy dada a las muestras de afecto en público. Traté de empujarlo, pero él se resistió.

— Suéltame. Nos miran.

— Nos envidian, me envidian preciosa. – Su voz era tan varonil...

— Creo que se hace tarde.

— No te tenía por una cobarde.

— Todos los días se aprenden cosas nuevas – dije sin entrar en su juego.

— Quiero enseñarte un par de cosas. – De su bolsillo sacó unas

esposas. Dicen que has de esperar lo impensable, la vida tiende a sorprenderte. Pues puedo prometer que no me esperaba aquello. Con Jerry todo era una montaña rusa, pues podía salir con cualquier cosa.

— Estás loco.

— Cierto, pero creo que nos vendrán bien. – Rozó el metal de aquellas esposas con el dedo.

— Eso sería si volviera a dejar que me tocases de esa manera. No tiendo a repetir.

— Quizás temes cómo te hice sentir la otra vez. – Sonaba tan seguro de sí mismo, tan convencido que me hizo sonreír. Muchos decían ser grandes amantes, había oído auténticas bravuconadas, sin embargo, no podía quitarle parte la razón.

— No querrás estropear el recuerdo – dije girándome y concentrándome en la canción.

¿Sabéis qué pasa? Soy capaz de luchar cuerpo a cuerpo, tengo una gran puntería y mi orientación es perfecta. ¿Pero? Soy negada para bailar. En otra época parecía que me hubiera dado un ataque de epilepsia, supongo que he mejorado con la edad. Ahora solo parece que esté matando hormigas.

Jerry sonrió mientras yo trataba de mecerme con la música. Sus manos volvieron a mis caderas y comenzaron a guiar mis movimientos. Ralentizó mi cuerpo, me meció con suavidad mientras descubría que mis músculos podían moverse con la música.

Era sumamente sensual. Su pecho se pegó a mi espalda, sentí su GRAN protuberancia pegada a mi culo y bailamos. Era la primera vez que alguien se compenetraba conmigo de aquella manera. Descubrí que me gustaba, me olvidé de quién era, tampoco buscaba que fuera otra persona. Fue sencillo dejarse llevar y pensar en la música. Una letra que apenas decía nada, pero que mi mente completaba.

— Mucho mejor. – Su voz me hizo salir del trance.

— ¿Gracias?

— ¿Siempre eres tan sarcástica?

— Últimamente he entrenado mucho. – Cada vez había más gente, al menos eso pensé mientras una mujer demasiado joven para estar allí me daba

un golpe en las costillas. La miré con cara de mala hostia –. Tengo un moscardón que no consigo quitarme de encima.

— ¿Hacemos un trato? Déjame mostrarte mis cartas, accede a una noche más y prometo resolver todas tus dudas. – Bajó los ojos a sus manos –. Llevo pensando en esto desde que estuvimos juntos hace unas horas. Tienes derecho a saberlo, pero necesito una noche más. No creo estar pidiéndote demasiado, noto que el deseo es mutuo.

— Eso es mucho suponer.

— ¿Me equivoco? – Lo miré unos segundos. Pude percibir su lucha interna y respondí sin darme cuenta.

— ¿Ahora?

— ¿Por qué tanta prisa?

— Creí que querías tenerme entre tus brazos cuanto antes. – Lo miré pestañeando a gran velocidad -. ¿No es cierto? – Él no pudo negarlo, sin embargo, noté que como siempre había algo más.

# Capítulo 10

C omo cada rincón de aquel pueblo cada sitio tenía su historia. En cada uno de ellos podía contar al menos un recuerdo importante. Algunos divertidos, otros de esos vergonzosos que tratas de olvidar, pero que acabas contando entre risas con el tiempo.

Cuando Jerry me llevó a través del viejo puente de piedra descubrí que algunos seguían sangrando.

Allí, apartados del mundo, sonrientes e ilusionados fue a donde acudimos cuando cumplimos los dieciocho Jonás y yo.

Llenos de vida descubrí los planes de Jonás de enrolarse y temí perderlo, fue sobre aquel puente donde decidí que yo también lo haría. No sabía que aquella noche sería tan decisiva.

— ¿Te ocurre algo? Llevas mucho tiempo callada. – Miré las estrellas que había sobre nosotros. Incluso a pesar de las farolas podía vislumbrar algunas y me concentré en ellas al hablar. Tan lejos, tan inalcanzables y tan trágicas al pensar que muchas ya no existían a pesar de que podíamos seguir viendo quiénes habían sido. Energía pura.

— No puede salir nada bueno de su muerte – confesé mirándolo de frente. Me detuve sobre aquel mismo puente, oyendo el discurrir del agua bajo mis pies. Había refrescado y tenía la piel fría, pero no lo notaba.

— Debería, pero no tengo por qué ser yo.

— ¿Qué pretendes? – pregunté molesta conmigo misma por haber olvidado durante un breve lapsus el dolor por la muerte de Jonás. ¿Cómo podían los demás que decían quererle seguir con sus vidas?

— Te lo diré después...

— ¿Sexo? ¿Ese es el precio a pagar? – Lo miré asqueada.

— No es eso.

— Entonces creo que soy estúpida y no comprendo nada. – Me crucé de

brazos mirándolo fijamente.

— Necesito que vuelvas a sentir.

— ¿Por ti? – Mi voz era áspera, quería herirlo. Poco importaba el motivo, quería que se alejara -. ¿De verdad crees que algún día podrás estar a su altura? ¿Tanto lo envidiabas que pretendes quedarte con sus sobras?

— Estás molesta.

— ¿Lo estoy? ¿Molesta? ¡Me estás pidiendo sexo a cambio de decir lo que sea que sepas! ¿De verdad crees que estoy reaccionando mal?

— No busco que me ames como lo hacías con él, ni siquiera que lo hagas. – Noté cierta tristeza en sus palabras, pero no quería claudicar. No quería sentir nada por él. Lo miré con esa mirada vacía que tanto había practicado últimamente -. Busco que vuelvas a sentir. Que te permitas algo que no sea autodestructivo. Quiero demostrarte que todavía hay algo bueno. No todo ha terminado para ti. – Lo miré sin verlo realmente. Lo abofeteé con todas mis fuerzas.

— Él está muerto.

— ¿Crees que no lo sé? Pero tú no.

— Pues me siento como si lo estuviera – confesé triste. Miré aquellas aguas negras, no se veía el fondo. Aquel río se internaba a lo lejos, llevándose con él lo que encontraba a su paso, arrastrando inexorablemente a los pobres incautos que se atrevieron a luchar con él. Así me sentía yo.

— Me deseas y te jode. Te deseo y me jode todavía más – reconoció abatido -. No entraba en mis planes que la chica que... que tú – se corrigió rápidamente – me gustases. No creo que esté bien, pero pasó. Podríamos hacer las cosas de mil maneras, sin embargo, no voy a dejar que te hundas en la mierda. Estaré ahí quieras o no.

Él siguió caminando. Lo vi alejarse, esperaba que lo siguiera. Con aquella tranquilidad que empezaba a conocer, aquellas zancadas enormes. Lo odié, por unos segundos lo odié por creer conocerme, por creer saber lo que era bueno para mí como si fuera una niña pequeña.

Corrí tras él y me lancé a su espalda. Me moví con rapidez y lo golpeé. Ataqué con todos mis conocimientos y mi fuerza.

Por primera vez no me dejó vencer. Era bueno en lo que hacía. Bloqueó

con maestría cada uno de mis golpes, moviéndose con rapidez cada vez que trataba de apresarlo y me descubrí sonriendo.

No era solo que estuviera peleando, sino que su manera de hacerlo estaba aderezada con gestos divertidos, sonrisas y burlas hacia mi persona. Me sentí como el ratón que persigue al león, estaba jugando conmigo, pero no me sentí ofendida. Era realmente bueno.

— De nuevo me engañaste.

— No me vengas ahora ofendida cuando el que acabó inconsciente y con dolor de cabeza fui yo – dijo acariciándose el cuello.

— Lo merecías.

— ¿Tú crees?

— Lo acabarías mereciendo.

— No sabía que fueras médium. Entonces, ¿qué va a pasar ahora? – preguntó consciente de que con una palabra podía alejarlo de mí.

— No lo sé. Nunca lo he sabido. – Me quedé quieta, dejé que mis brazos cayeran a ambos lados de mi cuerpo sin fuerza –. Siempre he dejado que los demás me arrastrasen y ahora estoy perdida. Demasiado cansada para pensar. – Me toqué la frente y lo miré con los ojos anegados en lágrimas –. Jamás dejará de dolerme.

— Déjame tirar de ti. No tienes motivos para hacerlo, posiblemente es una locura, pero estoy aquí contigo por un motivo. Déjame luchar cuando tú no tengas fuerzas. – Aquellas palabras me hicieron pensar. Jonás había muerto por luchar por mí, porque yo no había tenido las agallas necesarias y había fallado cuando más me había necesitado. Ahora otro hombre quería luchar por mí y me di cuenta de que era yo quién debía hacerlo.

— Suena precioso. Una propuesta impresionante, pero no puedo. No la quiero. – Él trató de rozarme –. Tú mejor que nadie sabes lo que impacta ver a alguien muerto. Tú mejor que nadie podrás entenderme. – Me quedé callada unos segundos, recapacitando, buscando esas palabras que pudieran representar con más eficacia algo tan inmenso como la muerte, la devastación, la nada –. Dicen que ver el rostro de alguien al morir, sobre todo sus ojos, es horrible. – Jadeé notando como el nudo se enrollaba en mi garganta y me costaba respirar. Cada palabra sonaba rasposa, enredándose en mi lengua como clavos ardiendo que me dejaban agotada –. Jonás, - Su nombre, me



costaba decirlo en voz alta. Un nombre del que siempre me había mofado, pero que ahora deseaba no volver a escuchar jamás. Quería enterrarlo junto con todos sus recuerdos, algo egoísta por mi parte. Lo cierto era que mis deseos con respecto a él cambiaban a cada hora –. él luchó por mí. Intentó salvarme por encima de su propia vida, cubrió mi cuerpo con el suyo como si yo fuera más valiosa y solo pude quedarme mirando mientras moría. No pude hacer nada para evitarlo. – Me ardía tanto la garganta que tuve que detenerme a respirar. Notaba el corazón latiendo con fuerza, tratando de desgarrar mi pecho para salir en libertad. Todo lo que siempre había sentido por Jonás murió con él para convertirse en un sentimiento atroz que me torturaba día y noche –. No necesito que nadie más luche por mí.

— Lo superarás. Sé que quizás no puedes creerme. – Lo miré como se mira a los niños inocentes que creen en papá Noel o en el ratoncito Pérez.

— ¿Lo has superado tú? – pregunté mientras rozaba una pequeña cicatriz en su antebrazo. Aquel gesto lo hizo cerrar los ojos con fuerza y resoplar. No lo había hecho. Hay recuerdos que se enquistan, que crean fantasmas nuevos una y otra vez hasta hacerte enloquecer.

— Lo haré – dijo convencido. Asentí sin ganas –. Déjame mostrarte mi mundo, un mundo que roza el dolor para convertirlo en algo hermoso.

— No me van esas cosas. – A mi mente acudieron todas las escenas de sado y las esposas que me había mostrado. Yo era más tradicional, pensé al recordar mis anteriores encuentros con el género masculino.

— No estoy hablando de sado. – Lo cierto es que picó mi curiosidad. Caminé hasta un pequeño banco de piedra que había al fondo y me senté. Él me siguió y me miró –. Solo digo que a veces es necesario estirar los límites para reconducir ciertas emociones.

— Suena a lo que diría un loquero.

— Puede, pero es verdad. – Acarició mi rostro. Sentí sus dedos incluso cuando alejó la mano. Mi piel respondía a él por mucho que no quisiera que fuera así.

— ¿Sexo?

— Supongo que para ti.

— ¿Y tú cómo lo llamarías?

— No lo sé. Te deseo desde el primer instante en el que te vi.

— Entonces solo es una excusa para meterte entre mis piernas. Volvemos siempre a lo mismo.

— No necesito ninguna excusa preciosa. Lo deseas tanto como yo, pero si además puedo ayudarte lo haré – dijo sobrado. Pobre hombre, por un momento quise reírme de él, picarlo como habría hecho con Jonás.

— Deberías tener al menos cinco centímetros más. – Y lo hice. Cedí a mis deseos.

— ¿Cinco? ¿Quieres que te atravesase de lado a lado? – Ahí me reí. La imagen acudió a mi mente y me reí con fuerza, rompiendo la calma que nos rodeaba.

— Al menos que llegue a sentirla dentro. Para ser tan grande pensé que todo estaría compensado.

— No me retes a demostrártelo aquí y ahora preciosa.

— ¡Por Dios no! ¿Qué pensarían los niños? – pregunté con voz chillona – En medio de la calle, cualquiera podría vernos... Creo que un hombretón como tú teme mostrar sus vergüenzas.

— ¿Así es como le llamas ahora a mi anaconda? – Me reí de nuevo. Él se había levantado y movía las caderas de manera bastante explícita.

— Entonces sexo en medio de la calle. No creo que ahí pueda aprender mucho.

— ¿No? Puedes aprender que la vida te sorprende, es única e irrepetible y todavía tienes la suerte de poder disfrutarla. Te enseña que cada segundo puede ser mágico y hacerte vibrar con fuerza. – Me rozó la cara, se inclinó y me besó. Fue incrementando la presión hasta que su lengua escurridiza entró en mi boca.

Amanda siempre había dicho que un beso sin lengua no es un beso, es como un entrenamiento mal realizado. Sonreí sobre sus labios, podía oír la voz de Amanda mientras Jerry mordía mi lengua travieso. Supongo que no le gustaba sentir que no tenía todos mis sentidos puestos en él.

— Creo que esperaré hasta llegar a mi piso – susurré pícaro empujándolo.

— ¿Aceptas entonces?

— Sí, pero mañana. Por hoy ya he vivido demasiadas emociones. — Estaba agotada, tanto física como mentalmente y no quería tener que pensar. Quería tiempo y algo de espacio. Deseé coger mi coche y alejarme. Quizás ir a la montaña, caminar hasta perderme alejándome del tumulto que provoca la gente.

— Te acompaño, al menos para saber que llegas bien.

— Siempre un caballero.

Y así hicimos. Caminamos despacio, a los dos minutos había entrelazado su mano con la mía. Lo miré esperando que la retirara, la desaprobación estaba pintada en mi rostro, pero no se dio por aludido.

Él no se escondía, al contrario, parecía que quería que todos fueran testigos de que entre ambos estaba creciendo algo poderoso. A pesar de ser primos era completamente opuesto a Jonás.

Al llegar a mi portal me besó en la boca y después en el cuello. Intentó abrazarme y profundizar, sin embargo, me escurrí sabiendo lo que pretendía. No iba a dejar que usase, de nuevo, mi cuerpo en mi contra y él asintió retirándose.

No lo vi caminar alejándose hasta que salí por la ventana del salón a despedirlo. Me pareció tierno, un gesto entrañable. De nuevo la desconfianza nació en mi pecho, solo Jonás podía ser tan perfecto.

# Capítulo 11

**F**ue tocar la almohada y caí rendida. Alguien debió haberme recordado que los zapatos de tacón eran una tortura, había ganado dos ampollas más que dolían horrores.

Los sueños volvieron a acosarme. Empezaron como en otras ocasiones, imágenes sin sentido, sin nitidez ni orden, pero mi mente las ordenó haciendo que me internara poco a poco.

Sentí como me había sentido en el pasado, los mismos sentimientos y dudas. Olvidé que ya no era la misma niña ingenua que fui en aquel entonces, olvidé que ya no tenía veinte años y que él ya no estaba conmigo.

*A Jonás le encantaba viajar, aunque fuera a la vuelta de la esquina. Decía que cada ciudad, que cada lugar tenía algo especial, único. Le gustaba crear historias fantásticas, relatar lo que él creía que había pasado en aquellos lugares en el pasado.*

*Todo comenzó siendo una caminata. Nos internamos en aquellas rutas que atravesaban los bosques, zonas hermosas y llenas de vida. Él decía saber cuál era el camino y yo confié como una tonta.*

*En todo momento me narró con voz misteriosa vidas pasadas de quienes, antes que nosotros, habían pisado aquel sendero. Me contó sobre amores prohibidos, peleas a muerte y simples viajeros que dormían allá donde les pillaba la noche. Lo mejor fueron sus caras cuando me describió como los más atrevidos habían aprovechado aquellos mismos sitios para copular. Según él era lo más divertido que se podía hacer en aquella época, para acabar haciendo un inciso. Simplemente era lo más divertido que dos personas podían hacer.*

*Seguimos caminando durante dos horas hasta que llegamos a unas ruinas. No era un castillo, ni una casa, se parecía más a una iglesia pequeña y sin luz. No había ni una sola ventana, al entrar olía a tierra húmeda y moho, pero lo peor era el sonido del agua al fondo, haciéndome temer que acabáramos en el fondo de un pozo.*

*Jonás siempre fue atrevido, lanzado hacia delante. Para él la vida era una aventura y había que disfrutarla hasta las últimas consecuencias, quizás por eso nunca comprendí al cien por cien por qué con la única que no se atrevía era conmigo.*

*Lo que para él era un juego a mí se me tornó peligroso. Agarré su brazo con fuerza, impidiéndole bajar y en ese instante me di cuenta de que estábamos el uno contra el otro, extremadamente cerca. Podía sentir su corazón contra mi pecho, su aliento especiado y húmedo contra mi boca.*

*Lo miré con deseo, ansia y avaricia. Lo quería solo para mí. Estaba harta de verlo del brazo de otras mujeres, de tener que sonreír cuando las besaba y suspirar relajada cuando al fin les daba la patada. Él siempre dijo que yo era la constante en su vida, esa persona que seguía ahí pasara lo que pasase, pero estar al pie del cañón era más doloroso de lo que parecía desde fuera. Estaba cansada de relegar mis propios deseos, quizás por eso había empezado a salir semanas atrás con otro hombre. Y sin embargo allí estaba, a solas con él en un fin de semana de aventura.*

*A pesar de decirme a mí misma que había cambiado, que lo había dejado atrás, comprendí que solo me engañaba. Solo necesité tenerlo cerca, sentir su piel caliente para olvidar al que decía ser mi novio y me trataba como una princesa. Solo podía verle a él, sentirle a él. Mi mundo siempre había sido y siempre sería él.*

*Aquel descubrimiento fue un golpe mortal. Deseaba despertar un día y haberlo olvidado, poder compartir aquellos momentos sin el deseo de que algo, lo que fuera, ocurriera entre ambos. Estaba cansada de arrastrarme, demasiado agotada.*

— *No entres. Es peligroso.*

— *No pasará nada. – Su voz resonó por las paredes y temblé. Algo en mi interior me suplicaba que nos alejáramos, como si sintiera que algo maligno estaba encerrando en aquellas cuatro paredes. No se trataba de que creyera en aquellas cosas, pero la sensación fue ganando terreno a la cordura hasta desear salir corriendo, pero no podía dejarlo atrás y por eso supliqué con los ojos y lo retuve con fuerza –. No seas infantil.*

— *Hazlo por mí. – Mi voz tembló y él me acarició la cara. Un grave error, siempre empezábamos así.*

— *Haría cualquier cosa por ti. – Me reí son ironía. Lo sentí por él, estaba segura de que Jonás creía lo que estaba diciendo, yo no –. Pero no deberías tener miedo. Aquí no hay nada.*

— *Y sin embargo para ti es más importante tener razón que hacerme sentir bien – dije molesta.*

*Jonás miró mi boca y sonrió de medio lado. Mis ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad, supongo que por eso me jugaron una mala pasada. Creí que se estaba acercando y yo acudí a su encuentro.*

*Acabé besando su mejilla. Él me había hecho una cobra digna de un profesional. Me sentí tan ridícula, tan herida y cansada que corrí lejos. No quería mirarlo, verlo. ¿Tan malo era besarme? ¿Qué había de malo en mí para que siempre saliera corriendo? ¿Acaso no era capaz de aprender? Pero mi corazón no atendía a razones, se negaba a aceptar lo evidente.*

*Me atrapó, yo sabía que lo haría. Me guio hasta una gran roca y me ayudó a sentarme.*

— *Lo siento – me dijo. Podía ver su vergüenza –. Yo también...*

— *¿Qué?! ¿También qué? Estoy cansada – dije mordiéndome el labio para evitar las lágrimas. Odiaba cuando lloraba, odiaba la debilidad que demostraba en esos momentos.*

— *Lo siento. Sabes que no puedo darte lo que necesitas.*

— *¿Y qué puedes darme? – Sus ojos me recorrieron. Aquellos ojos del color del sol, del oro, aquellos hermosos ojos capaces de ver el mundo de color de rosa. Me miró con deseo y se lanzó sobre mí.*

*Su cuerpo estaba sobre el mío, podía sentir la roca clavándose en mi espalda, sin embargo, no me importaba. Prefería despellejarme viva a pedir que se alejara.*

— *Sabes que no deberíamos. – Había escuchado eso tantas veces que tenía ganas de reírme en su cara. No podía tapar el sol con un dedo, aunque lo cierto es que llegaría un día que su miedo acabaría matando lo que podría haber sido muy hermoso.*

*Me acarició los labios. Temblé. Me besó el cuello y fue descendiendo. La ropa se interponía entre ambos, era invierno y hacía demasiado frío para quitárnosla. Sonreí al verlo analizar la forma de llegar hasta el pezón.*

— *Eres como un puzle. La primera vez que te vi no pude dejar de mirarte. Eras tan perfecta, tan hermosa. – Sus palabras me llevaron a abrazarme a él, lo pegué a mí con fuerza, impidiéndole moverse durante unos instantes –. Eres increíble y lo más hermoso es que no te das ni cuenta. Siempre seré yo el que gire torno a ti. –De nuevo no lo creí.*

*Se bajó el pantalón e hizo lo mismo conmigo. Abrí las piernas y lo acogí en silencio, sentí como me llenaba de un empujón.*

— *No puedo evitarlo. Intento luchar contra lo que despiertas en mí cada segundo, pero tampoco puedo alejarme.*

— *No lo hagas nunca. No podría soportar perderte. No puedo seguir viviendo sin ti. – Algo se removió en mi alma. Una verdad que atravesaba la inconsciencia, algo que estaba ahí pero no llegué a apresar.*

*Jonás comenzó a moverse. Tenía su aliento sobre mi cara, sus brazos apresándome y entraba con fuerza en mi interior. Me reclamaba como suya una y otra vez. Gemí, cerré los ojos y disfruté de cada sensación. Quería obligarlo, meter mi lengua en su boca y obligarlo a reconocer lo evidente.*

— *Algún día habrás de hacerlo. – No necesité decir más para que se detuviera y pegase su frente a la mía.*

— *Jamás podría...*

— *Entonces, antes o después me perderás. – Fue la verdad absoluta entre ambos. Lo amaba, de verdad, cada átomo de mi cuerpo le había pertenecido desde el primer instante. Una verdad absoluta que me acompañó en cada paso de mi vida.*

*Ahora sin él estaba desnuda, vacía. Caminaba sin rumbo y sin ganas de seguir.*

## Capítulo 12

**A**lgo cambió. Aquel día no me desperté con un grito y envuelta en sudor. Me sentía triste y lloré. Lloré como no me permití hacer en su funeral, lloré por cobarde y por nosotros. No solo se había ido él, también se había llevado mi identidad. No éramos nadie el uno sin el otro.

Quizás fue el punto de inflexión, lo cierto es que debía hacerlo. Visitar su tumba, hablar con sinceridad, aunque fuera por última vez. Supe que era necesario, por mucho que nada fuera a devolverle la vida.

Me vestí de negro, un vestido de media pierna elegante. Quería que me viera preciosa, llegué a imaginarlo de pie a mi lado. Quería pensar que seguía conmigo, dejarlo marchar era un acto demasiado altruista para mí en aquel entonces.

— Siempre te ha gustado este color – dije recogiendo los pendientes de agua marina –. Decías que me hacían ver más bonita. – Me preparé para él como en muchas otras ocasiones.

El cementerio quedaba demasiado cerca de mi apartamento. Al llegar deseé haber llevado flores, algo, pero ya era tarde. Me senté sobre su lápida incapaz de mirarla y me dispuse a hablar. Me alegré de que en aquel momento el campo santo estuviera desierto, quizás ante otros ojos no podría contarle lo que deseaba.

— En cierto modo siempre supe que no tendríamos un final feliz, pero deseaba verte envejecer. Estaba tan convencida de que siempre contaría contigo que dejé que el tiempo se nos escapara de las manos. – Miré al cielo, observé el sol y sonreí. Tantos recuerdos... - Ahora me arrepiento de muchas cosas. Sé que debería decir que lo siento, debería pedirte perdón, pero te odio. Te odio más de lo que te he amado, te odio porque me has dejado sola. Te odio porque por mi culpa jamás podrás tener hijos o casarte. Te odio porque te amo y por más que trato de sacarme ese sentimiento del pecho... porque... - Acaricié la hierba que creía a mi alrededor –. se incrusta cada vez más. Te odio y no quiero odiarte... - Me abracé a mí misma. Quería sonreír, él



decía que me veía hermosa, pero quedó entre una mueca y un monstruo lleno de lágrimas y mocos. Esperaba que le sirviera, aquel día no podía hacerlo mucho mejor.

De vuelta a casa me acerqué a la pastelería y compré un pastelito de crema. Esos que yo tanto odiaba y a él le encantaban. Caminé directa al parque y me senté frente a las palomas. Fui cortando pedacitos, lanzando aquel pastelito despacio, con calma.

Las palabras de Jonás volaron hacia mí. Casi podía oír su voz.

“Tal vez no sea justo, quizás incluso cruel, pero nos ha colocado en el camino del otro sin que en ningún momento puedas pertenecerme.” Sonreí cansada por lo ciertas que eran y lo lejos que estaba él, en aquel momento, de descubrir el motivo.

— Te amaré siempre. – Y mis palabras, como todo en la vida, se las llevó el viento.

# Capítulo 13

Era tarde, mucho más de las doce. Me levanté atontada, caminé cansada y recogí el portátil dispuesta a ver una serie. Recordé todas aquellas que queríamos ver Jonás y yo. Nos encantaba poner maratones cada vez que podíamos, dejarnos los ojos durante horas interminables hasta que caíamos rendidos. Él prefería las de superhéroes, yo las paranormales. Por algún motivo elegí la de Fénix.

Iba a darle al botón cuando vi el aviso. Un mensaje con un remitente que reconocería en cualquier parte. Sentí el sudor frío, un ataque de pánico en ciernes que me hizo lanzar el portátil con fuerza sobre la cama.

— No puede ser... - No quería volver. La idea de volver a aquel lugar, de saludar de nuevo a nuestros compañeros sin él. ¿A quién pondrían en mis rondas? No podía, no podía.

Me tiré sobre el suelo, me dejé caer agarrándome la cabeza. Quería gritar, no quería volver. Prefería cualquier cosa antes de tener que enfrentarme a aquel uniforme que me lo había arrebatado todo.

Tardé media hora en atreverme a abrir aquel e-mail. Me temblaban las manos, era incapaz de leer. Mis ojos volaron varias veces sobre aquellas líneas incapaces de descifrar su significado, de repente parecía que no sabía leer, o tal vez estaba en otro idioma.

Aquellos hombres que decían ser mis compañeros me habían impedido la posibilidad de despedirme, me habían arrebatado su cuerpo, encerrándome tras cuatro paredes y segmentando la información. Nunca llegué a saber lo que había pasado realmente.

<<... una revisión psicológica... la posibilidad de reincorporarse...  
reunión con su superior...>>

Sentí que me mareaba. Poco quedaba de aquella mujer que creía pertenecer a aquella inmensa familia, que estaba orgullosa del trabajo que hacía. Poco quedaba de mí realmente.

Me arrastré por la cama y me hice un ovillo. Cerré los ojos y lloré hasta que sentí que no podía hacerlo más, quizás porque ya no quedaban lágrimas en mi interior.

*Podía recordar el sol sobre mi piel, calentándome, como una mano invisible que trataba de apoyarme en la soledad que sentía. Podía oír las voces rodeándome, pero solo veía a Jonás tumbado sobre la tierra pastosa.*

*Me aferraba a él con uñas y dientes, gritaba por lo imposible, que alguien lo ayudara. En ese momento un hombre de la zona se acercó. No pude entender lo que decía, tampoco lo había hecho nunca. Antes veía a aquellas personas como iguales, quería que fueran felices y los saludaba con una sonrisa cada vez que nos cruzábamos tratando de hacerles saber que estaba ahí también por ellos.*

*Cuando aquel hombre trató de acercarse, de llegar hasta mí con algo entre las manos grité furiosa. Mi grito sangraba, arañó mis cuerdas vocales con virulencia mientras saltaba hacia delante. En mis manos apareció la pistola de Jonás, nadie había tenido las luces de apartarla de mí. La levanté furiosa, los odiaba a todos.*

*Quizás no debería, no era justo. Comprendí hace mucho que nada lo era. Lo miré sin verlo, viendo a los mismos tipos que habían abierto fuego contra nosotros sin compasión. Lo miré llevada por los demonios que azotaban mi alma.*

— *No te acerques más – dije. No recordaba que no me entendía, tampoco que su cara me era conocida. Lo cierto es que el dedo que tenía sobre el gatillo empezó a ejercer presión, poco a poco, igual que me habían enseñado -. ¡¡Para!! – Y lo hizo. Me quedé congelada. Fue como si lo mirara la primera vez y acabé lanzándole la pistola a la cabeza, incapaz de acabar con aquel hombre, pero demasiado furiosa con todos.*

*Aquel hombre era padre, tenía tres hijos. Regentaba una pequeña tienda y le gustaba cantar junto a su mujer frente a la puerta de casa. Era extraño, cuando pasábamos cerca de él Jonás siempre decía que era el que más, de entre aquella gente, se parecía a nosotros.*

*Mis sentidos se adormecieron, sentí un pequeño pinchazo en mi brazo, en aquel instante estaba encañonando a Sebastián con mi arma, aunque no recordaba haberla cogido, para que no se atreviera a acercarse. Si nadie podía ayudarnos no los necesitábamos allí.*

*Mis sueños suelen terminarse en ese punto, cuando la realidad y la fantasía se mezclan de manera psicodélica, pero había más.*

*Durante días me había aferrado a aquellas palabras sin sentido que había creído escuchar después. Durante días aferré aquellas imágenes como una loca, estaba demasiado desesperada negando que él hubiera muerto de verdad, buscando lo que fuera para tener razón. Lo cierto era que se habían grabado en mi mente, y aunque la razón me decía que era imposible, mi corazón, algo en el centro de mi pecho, latía con fuerza cada vez que lo recordaba.*

*Después del pinchazo me sentí liviana, me llevaban como una muñequita y susurraban a mi alrededor. Cierto que poco me importaba lo que pudieran decir, nada me sorprendía ya.*

*Alguien me revisaba, unas manos cálidas que tocaban con suavidad, mientras oía órdenes a lo lejos, pero no estaba sola... Si miraba hacia la derecha lo veía a él, sabía que era imposible. Seguía llorando, aunque no pudiera, aunque las lágrimas no siguieran mis órdenes ni las reglas de la naturaleza deslizándose por mis mejillas.*

*Jonás estaba atado a muchísimos tubos y máquinas, sus pitidos llegaban hasta mí con demasiada fuerza. Me concentré en mantener mis ojos abiertos, trataba de hablar, pero nada con coherencia saldría de mi boca.*

*Al final perdí la batalla. Las noticias al abrir los ojos fueron las mismas, quizás por ese motivo aquellos instantes no tenían ningún sentido. La única vez que se lo comenté al psicólogo que me asignaron me miró con pena y escepticismo, supe que ni él ni nadie creería nunca ninguna de mis palabras y encerré aquellos momentos en mi interior. Me prometí que jamás compartiría aquellas dudas, aquella intriga que me impedía dormir con tranquilidad con nadie. Me sentía como los tíos raros que juran y perjuran haber sido abducidos.*

*Una doctora, de esas con bata blanca y mirada adusta, me recondujo aquel día a una sala de aislamiento. No podía hablar, ver a nadie, hasta que el psiquiatra diese el visto bueno. Lo cierto es que algo en mí estaba convencida de que lo hacían porque tenían algo que ocultar, porque yo sabía algo que a ellos les daba miedo.*

*Tal vez era así, lo cierto es que tras seis meses la idea de que está muerto ha calado en mi interior devastándome. No sé qué es peor, creer que sigue*

*con vida y no me ha buscado o que está muerto, la tercera posibilidad... Jamás me perdonaría si fuera la tercera.*

*Era muy sencillo trabajar en el ejército cuando confiaba en ellos, sin dudar de que sus decisiones estaban fundamentadas y eran las mejores, olvidas ese instinto primitivo de dudar. La duda ahora era la que me mantenía con vida porque, ¿cuánto tiempo podría mantener escondidos mis miedos?*

*Desde aquel día no había vuelto al campo de tiro, no había vuelto a empuñar un arma. Daba igual que estuviese descargada o con el seguro puesto, lo cierto es que la cacha me quemaba los dedos.*

*La pregunta de aquel psicólogo, ese que pronto fue sustituido por un psiquiatra que podía recetar lo que le viniera en gana, revolvía mis neuronas. Mucho tiempo estuve buscando los motivos exactos, aquellos que inconscientemente percibía. Ni siquiera sabía si ya los tenía todos.*

— *¿Cómo puedes estar segura de que fue real y no una creación de tu subconsciente para procesar un hecho traumático?*

*Había muchos motivos, pero el principal eran las palabras de la mujer con la bata blanca. Esa misma que me había atendido.*

— *Está bien, solo tiene un par de rasguños. – Empezaba bien, lo típico que diría cualquier doctor. Yo totalmente sana mientras otro había perdido su vida.*

— *Ha recuperado la consciencia unos segundos. ¿Qué haremos si recuerda algo? – Contuve el aliento, al menos eso creo. No sabía lo que me habían metido por vena, pero me costaba controlar la función más básica de mi organismo.*

— *No lo hará y si lo hace tendremos que tomar medidas de contención. – Tenía ganas de reír, ¿quién de aquellos peleles podría contenerme realmente? Podría con todos ellos sin mucho trabajo.*

— *Sabe que los de arriba no estarían de acuerdo. – Aquella voz nerviosa me recordaba a los pobres hombres con conciencia que, en las películas, trabajaban bajo el férreo mando de monstruos sin escrúpulos.*

— *Nunca se sabría. No he llegado hasta aquí para que una niñata estúpida y enamorada me joda los planes – dijo furiosa –. Al fin el fantasma está listo, este proyecto ha de triunfar o muchas vidas se perderán en el*

*camino. ¿No tienes familia? – Su voz se había dulcificado. Siguieron hablando, sin embargo, lo que me habían dado pudo conmigo.*

*Cuando desperté todo aquello parecía un sueño.*

# Capítulo 14

No pude contestar ni reaccionar. Cerré el portátil e hice como que aquel mensaje jamás había llegado. Cuando sentí el timbre de la puerta no lo esperaba, lo había olvidado por completo.

¿Hasta qué punto lo había olvidado? Pues hasta el punto en el que llevaba una camiseta con manchurroneos, mis pantalones estaban rotos, tenía la cara roja e hinchada de llorar... De mi pelo ni hablamos.

El espejo del pasillo me devolvió la imagen perfecta de un gollum.

— ¿Diga? – Mi portero tenía videocámara por lo cual no necesitaba preguntar quién era. Desde luego quería hacer tiempo, pero estaba segura de que por mucho que dilatase ese momento no conseguiría parecer una persona normal.

— Tengo ganas de verte, preciosa – me gustó la sonrisa de gamberro que le dedicó a mi portero automático, mientras levantaba la mano en la que llevaba las esposas. Sentí que me subía el calor solo de pensar que algún vecino pudiera cruzarse con él.

¿Alguna vez os habéis planteado cuál es la muestra más cruda de valentía? En un momento vital puede ser ayudar a otro ser arriesgando tu propia vida en el proceso, aunque lo que yo hice en aquel momento también lo etiquetaría como valentía.

Me descalcé, quería sentir el suelo frío bajo las plantas de mis pies. Necesitaba mantenerme firme y que mi pulso no temblara al verle aparecer tras la puerta. No moví ni un solo mechón de mi pelo, tampoco tenía ni una gota de alcohol en el torrente sanguíneo que me ayudase a procesar aquel instante.

Él apareció imponente, sonriente, con una gran sonrisa. Yo me vi pequeña, sucia, descuidada. Nunca fui muy presumida, en aquel instante deseé serlo. Lo vi tan atractivo, tan seguro de sí mismo, que sentí que deseaba estar a su altura.

— ¿Crees que podrías conseguir que no te desee? – preguntó Jerry levantando la ceja derecha. Lo miré y descubrí que lo deseaba, lo deseaba a él. Me miró y temblé, quizás porque tras esa sonrisa y ese brillo pícaro en los ojos también estaba convencida que escondía algo oscuro y placentero solo para mí.

— Contigo jamás podría aburrirme.

— Preciosa, si después de esta noche me dices que te has aburrido creo que no podría volver a levantarme de la cama. – Sonreí porque él tenía esa facultad, conseguía sacarme la sonrisa cuando creía que era imposible.

Me acerqué. Por extraño que parezca y a pesar de parecer recién salida de una fiesta de carnavales, él me miró y se mordió la boca. Un gesto que me recordó a un león conteniéndose, espionando a su presa para buscar el momento perfecto.

— ¿Ha ocurrido algo? – preguntó tras cerrar la puerta a su espalda. Ambos estábamos encerrados en mi piso. No hacía falta ser muy observador y cuando posó su mano en mi mejilla y acarició mi mentón con dulzura sollocé. Lo miré desde abajo deseándolo.

— ¿Empezamos? – dije cambiando de tema.

— ¿Tantas ganas tienes de mí? ¿Tienes pensado dejarme seco? – Casi me atraganté. Tragar saliva nunca había sido tan complicado.

— Solo estoy aburrida, ¿no ves las pintas que llevo? – dije con indiferencia.

— Bueno, esperaba verte en lencería sexy. ¿Si te digo que llevo un conjuntito en esta bolsa me la tirarías a la cara?

— Lo tienes todo pensado. – Recogí la bolsa de entre sus dedos, arrancándosela con un pequeño tirón.

Y lo tenía, según me confesó más tarde, había repetido en su mente cada posibilidad durante horas. Reconoceréis que es mucho más sencillo creerse lo malo, las palabras hermosas suenan traicioneras, aunque cuando me miraba de aquella manera era sumamente sencillo.

— ¿Quién podría juzgarme? – dijo Jerry mientras susurraba a mi oído y me mordisqueaba el cuello – No he podido dejar de pensar en ti desde que te vi. Incluso cuando peor estabas, ante mis ojos no podrías ser más hermosa.



Tienes algo, no puedo decirte el qué, pero me atraes como la luz a la polilla incluso sabiendo que acabarás quemándome. ¿Merece la pena? – Me preguntó abrazándome, prácticamente me aplastó contra su duro pecho.

— Eres tú el que...

— Lo sé. No puedo evitarlo. – Gimió contra mí. Aunque más que un gemido fue un ronco gruñido, se notaba que le dolía.

Me besó con rabia. Introdujo su lengua en mi boca sin buscar mi respuesta. Su lengua recorrió cada rincón de mi boca desesperado una necesidad que me contagió. La posesividad que demostró me hizo parpadear cuando nos separamos, nunca antes había permitido que alguien me controlase de aquella manera. Habrían recibido un mordisco de propina, pero me gustó sentir que él tenía todo el poder.

— Esta noche me perteneces.

— Yo no diría tanto vaquero.

— Ese es el trato. Harás todo lo que yo desee. – Me agarró por el mentón obligándome a mirarlo a los ojos –. No haré nada que no te guste, pero necesito que me cedas el control.

— Eso no va conmigo vaquero.

— Puede ser, pero tendrás que hacerlo si quieres que te cuente lo que sé. – Vi como al decir esto último sus ojos evitaban los míos. Sonreí curiosa.

— Yo no soy ninguna muñequita que puedas usar para complacerte ni me gustan los juegos raros.

— No busco mi placer, preciosa. – Jadeé al sentir sus dedos recorriendo mi cintura y bajando hacia mi trasero –. Y tampoco me van las cosas raras, bueno puede que un poco. Siéntete libre de detenerme cuando lo desees, aunque dudo que lo hagas. Llámalo instinto.

— Eres un engreído. – Su sonrisa de orgullo me hacía pensar que tenía mucha más experiencia, en aquel sentido, de lo que decía.

Era extraño pensar que el motivo por el que había aceptado pasar la noche con él era justamente otro hombre. Si hubiera sido Jonás el que me hubiera propuesto aquello habría accedido al momento, me habría lanzado a sus brazos con los ojos cerrados porque lo conocía mejor que a mí misma.

Jerry era otro asunto, un desconocido que me atraía, pero ¿lo suficiente? El

grado de entrega que pedía era algo que no sabía si era capaz de concederle. Lo miré sin aliento, aun sufriendo las secuelas de aquel beso destructivo.

— Quizás es mejor que te vayas, no estoy en mi mejor momento y creo que nada compensa el riesgo – dije sin convencimiento.

— Esto lo hago por ti. – Lo miré escéptica. Podía sentir su excitación con claridad a través de la ropa contra mi cintura.

— ¿En serio?

— No he dicho que no vaya a disfrutar.

— Claro.

— Mírame preciosa. – Lo hice –. Si algo no te gusta solo tienes que pedirme que pare. Lo haré al momento, no habrá duda por mi parte. Quizás no lo entiendas, pero desde el primer momento siempre has tenido todo el poder. – Sonreí. Sus manos se pararon en mis mejillas, agarraron mi rostro con adoración y me besó con dulzura, acarició mis labios con los suyos, me sentí temblar -. ¿De verdad quieres que me vaya?

— No... - Mi voz tembló, yo lo hice.

— ¿Por Jonás y lo que tengo que contarte o por mí?

— Yo... - Quería ser sincera, pero no podía. No lo sabía, ¿cuál era la verdad? – No...

— Da igual, no hace falta que contestes. – Sentí la pena en su voz –. No soy estúpido, - Me besó la comisura de la boca. Cerré los ojos y me besó los párpados -. ¿Me permitirás poseerte? Necesito mucho más que tu cuerpo, necesito tu alma, todo lo que eres. – Recogió mi pelo en el puño de su mano, lo miré sin comprender lo que ocurría, sin embargo, podía sentir la intensidad de sus gestos.

— ¿Cuántas veces lo has hecho? – pregunté sin voz.

— ¿Celosa? – Me mordí los labios. Lo miré tentada a apartarlo, detenerlo.

— Jamás. Ya sabes que solo hay una persona a la que de verdad amo con toda mi alma, lo que sea que hemos compartido nosotros jamás llegará a hacerle sombra. – No supe si lo había dicho porque de verdad lo pensaba o por hacerle daño. Mis palabras causaron el efecto esperado cuando sentí sus dedos apretando con más fuerza los mechones de mi pelo, no llegó a hacerme

daño, pero ejerció la presión suficiente para que expulsase todo el aire que llenaba mis pulmones.

— Tienes el poder de detenerme, solo eso. Todo lo demás me pertenece, preciosa. Tú me perteneces, no harás nada sin pedírmelo antes. Incluso si deseas que te toque habrás de suplicármelo.

— Yo no suplico – dije altiva.

— ¿Seguro? – Se acercó a mi oído. Mordió el lóbulo de mi oreja, un tirón suave que me encendió por dentro –. Eso es lo que crees ahora.

Me sentía igual que cuando cogí mi primera arma, igual que el día que supe que me iría a territorio enemigo, igual que el día que perdí a Jonás. Aquella adrenalina, el deseo por lanzarme y la contención.

— Crees que podrás doblegarme, pero solo tienes una noche. Lo haré, pero no porque te desee o quiera algo de ti. Lo haré porque amo a Jonás y necesito saber lo que tengas que decir. Solo espero que merezca la pena. – Me separé unos centímetros de él –. Si detengo todo este circo quiero que prometas que me lo dirás igualmente. Yo trataré de disfrutar y dejarte hacer. – A mi mente acudió la imagen de una prostituta, el hecho de ceder mi cuerpo para el disfrute de otra persona. Yo no era así, pero los límites y lo que él insinuaba se acercaban peligrosamente –. Lo lamento por ti, aunque al menos te llevarás tu final feliz.

— Espero conseguir mucho más que eso.

— Por eso mismo me das pena – dije mordaz –. Aunque no me esperaba que te gustasen ese tipo de juegos, supongo que no eres tan aburrido como parecía.

No me dejó terminar la frase, supongo que se aburría. Lo cierto es que lo que ocurrió a continuación fue diferente a todas las experiencias sexuales que había tenido nunca.

Lo vi mutar ante mis ojos, su rostro, sus gestos, su postura. Me sentí como deben sentirse las presas, solo que era yo la que había elegido no defenderse. Se estaba aprovechando de mi tristeza, de un mal momento de mi vida y eso lo convertía en uno de los mayores cabrones que conocía y sin embargo no podía evitar sentir pena por él.

— ¿Sabes lo que ocurre preciosa? – Negué sin atreverme a responder –. Ahora eres mía y no tengo que pensar en lo que tú esperas que haga, podré

atarte, morderte y follarte hasta que seas incapaz de mantenerte en pie, incluso después podré seguir usando tu cuerpo. Te haré llorar de placer, seguiré golpeando tu interior cuando tus músculos sean incapaces de responder a mí y solo el placer que te obligaré a sentir será suficiente para que las lágrimas bañen tu rostro.

— Un discurso hermoso. ¿Pretendes hacer que te tema? ¿Empezamos? — La bolsa con la lencería seguía en mi mano derecha, pero él no me dejó llegar a usarla.

# Capítulo 15

Saltó sobre mí, no lo vi venir. Me arrancó aquella bolsa de los dedos, solo por su manera de moverse me daban ganas de patearle los huevos hasta cansarme.

— ¿Tienes miedo? Creía que eras una guerrera. – Y lo era, me dije. Es mucho más complicado quedarse quieta, aceptarlo todo sin mostrar la maraña de emociones que provocaba.

— Lo soy.

— Creo que no lo has entendido. No debes hablar o pensar por ti misma hasta que terminemos. Ahora eres mía.

Se tiró sobre mi cuerpo. Rasgó mi camiseta, la fuerza que demostró me hizo temblar. Su sonrisa lobuna me hizo ver que esa era la respuesta que estaba buscando. No tenía pensado volver a darle lo que tanto deseaba.

No llevaba sujetador y eso le gustó. Sus manos se ciñeron sobre mi pantalón y tiró de él hacia abajo, me dejó solo con la braguita negra.

— Eres tan hermosa. – Se arrodilló ante mí –. Creo que estás acostumbrada a acatar órdenes. - Su voz se volvió dura, firme –. Abre las piernas. – Lo hice. No estaba limpia, no es que no me hubiera duchado esa mañana, pero no hasta el punto de que me sintiera cómoda cuando apoyó su nariz contra ella y aspiró con fuerza. Me recordó a los perros olisqueando el culo de las perritas a las que tienen pensado montar. Me sentí avergonzada y divertida. Aquello no era precisamente lo que me excitaba.

— No sé si seré capaz de mantenerme callada.

— Creo que podré soportar tu voz chillona, pero no molestes demasiado. – Se rio contra mi piel más sensible y le dio un lametazo a través de su fina tela. Después con los dientes empezó a mordisquear tratando de atrapar solo mi braguita, pero dejando pequeños mordiscos también en mi inflamada piel. Por un segundo cuando mordió con más fuerza temblé y me moví unos centímetros, él me agarró al instante las piernas y me mantuvo firme

–. Lo más importante es que no te muevas, preciosa. Debes comportarte como una muñequita haría.

Consiguió atrapar la tela y la deslizó hacia abajo, no pudo avanzar mucho con mis piernas tan abiertas, pero no le importó.

— ¿Cierro las piernas? – pregunté, sintiéndome nerviosa al ver como se había quedado mirando los pelillos de mi entrepierna.

— ¿Por qué? ¿A ti no te gusta lo que estoy mirando? Además, me gusta mucho más destrozar tu ropa. Creo que soy un poco neandertal. – Sonrió con descaro mientras metía sus dedos en la gomita de las braguitas.

— No lo hagas, son las buenas – dije sin pensar. Mis mejillas ardían con intensidad al percatarme de todo lo que había dicho sin darme cuenta.

— ¿Las buenas? – Su risa me tensó. Si no fuera porque sabía lo que me jugaba le habría dado un rodillazo –. Me esperaba más de las braguitas buenas, un poco de encaje al menos. Se encogió de hombros resignado.

— Son mejores que las que estás acostumbrado a ver. Estás catando caviar, no me subestimes.

— No lo hago preciosa. - ¿Me acababa de dar un azote? Se había movido rápido, demasiado. El golpe no había sido fuerte, pero sí seco. Sentí el hormigueo en mis nalgas, gruñí.

— Deberías contenerte. Estoy dispuesta a cortarte la mano.

— Creí que me pertenecías.

— No para que me hagas daño – dije molesta.

— ¿Daño? ¿Más del que te hacías tú misma? – Se levantó y se quedó frente a mí, solo que él seguía completamente vestido. Me agarró la mano, entrelazó nuestros dedos y me guio hasta el sofá, donde se sentó y tiró de mí hasta que acabé sobre su regazo. – No quiero que cierres las piernas. – Colocó cada una de mis piernas encima de las suyas y las abrió. Sonrió al pasar un dedo por mis labios más internos, dejando que se internara un poquito más hacia dentro -. ¿Qué te ha dolido más el orgullo o el culo? ¿Ahora no contestas? – preguntó ante mi silencio. Giré la cara como muestra de enfado – Creo que ha sido el orgullo, preciosa.

Digamos que sí esperaba, por su sonrisa o sus buenas palabras prometiéndome placer, que fuera tierno no lo hizo. Se bajó la cremallera y me

cogió la mano, abrí la boca, pero no pude decir nada.

— ¿Necesitas ayuda para sacarla de su jaula?

— No – dije inspirando con fuerza y metiendo la mano. No conseguía acceder a su pequeña, tan solo la rozaba y me ayudó desabrochando el pantalón.

Conseguí desenfundar su pequeñín, yo tuve que incorporarme para que no me rozara. Sus manos me atraparon y me alejó.

— Apóyate en el sofá, preciosa. – Lo hice –. Abre las piernas, culito en pompa. Recuerda mantener bien agarrado el respaldo y no te muevas.

No estaba preparada. Cuando entró en mí sentí una punzada de dolor, gemí, a él no le preocupó y siguió golpeando mi interior hasta que sentí la humedad resbalar entre mis piernas.

— Estás tan jodidamente estrecha. Perdona que sea tan rápido, pero necesito descargar antes de empezar a jugar duro. – Se inclinó y me mordió el hombro con fuerza, sentí sus dientes mientras seguía golpeando mi interior. Comencé a gemir, no podía evitarlo. Cada vez que intentaba girar la cara, mirarlo, me retenía con fuerza.

No lo retardó, no esperó por mi orgasmo, en pocos minutos salió de mí y se derramó sobre mi espalda. Tenía ganas de limpiarme, pero no me lo permitió. Ni siquiera podía moverme.

— Quédate ahí quietecita. – Con calma se alejó, lo vi entrar en el baño. Tentada estuve a moverme, a retarlo, pero hice lo que me había pedido.

Salió cinco minutos después, se había quitado toda la ropa menos el bóxer. En su mano llevaba una toalla húmeda que pasó por mi espalda limpiando sus restos.

— Es una pena, me gustaba verte marcada con mis pequeñines corriendo por tu piel. Tantos mini-yo encima de ti... Es hora de pasar a ligas mayores.

# Capítulo 16

**E**ntonces pasamos a ligas mayores. Supe que solo me había estado probando, era su forma de darme la oportunidad de escapar.

— Túmbate sobre la cama. – Sus ojos recorrieron mi cuerpo cuando me vio gatear sobre las sábanas –. Ya te he dicho que te quiero siempre con las piernas abiertas. Deseo poder acceder a ti con rapidez. – Se colocó sobre mí y esposó mis muñecas –. Da gracias de que te dejo las piernas libres para poder moverte a voluntad. Eres mía... - Me besó aquí y allá, sus dedos rozaron mis pezones, mis labios más tiernos y se internaban en su interior cuando menos lo esperaba. En ningún momento sabía lo que haría a continuación.

— Me aburro – dije al ver como se sentaba sobre la cama a mi lado y esperaba en silencio.

— No te creo. Llevas destruyéndote tanto tiempo que tal vez necesites unos minutos para pensar. – Saltó sobre la cama completamente desnudo. Su sonrisa lobuna me asustó por un segundo, pero lo vi dudar y eso me tranquilizó –, Abre la boca preciosa.

Cuando entró en mi boca y comenzó a moverme la cabeza me sentí diminuta, usada, si cerraba los ojos incluso podía evadirme de todo aquello. Pero tardó demasiado y al final lo miré. Él me movía, me usaba como a una vagina portátil, pero estaba en mis manos. Era mi lengua, envolviéndolo, mi garganta acogiéndolo, lo que hacía que cerrara los ojos y bufara tratando de contenerse.

Lo hice con más ganas, deseé tocarle. Empecé a reaccionar al notar sus manos dominándome, al sentirlo en mi boca duro como una roca. Lo sentí temblar, imponente sobre mí, con sus piernas a ambos lados de la cabeza y su sonrisa ladeada de satisfacción.

— Eres increíble, pero no debes disfrutar aún. – Jadeó sobre mí arrebatándome mi juguete. Lo miré con ojos brillantes y una sonrisa de triunfo pintada en los labios. Con el juguete apuntando a mi nariz siguió hablando como si nada, lo cierto es que mis ojos se desviaban hacia sus joyas reales –.



Me debilitas.

— ¿Qué debo hacer?

— Sentir. Empezaremos por despertar tu cuerpo. – Se movió despacio, se puso a mi lado y apretó mis pezones. No fue delicado, a punto estuvo de arrancármelos. Gemí y me revolví, pero no se detuvo.

— Me duele.

— Como muchas cosas en esta vida – repuso él sintiéndose muy listo, pero cuando iba a mandarle a la mierda su boca tomó el relevo y los calmó con la lengua, tentándolos con pequeños toques. Descubrí que tras aquella pequeña muestra de dolor estaba muy sensible, tentada a pedirle mucho más –. Estoy como una moto, preciosa. Solo pensar en azotar ese redondo trasero creo que podría correrme. ¿Te importaría mucho? – me preguntó con sorna.

— ¿Me estás pidiendo permiso?

— No lo necesito, pero me gustaría que me lo dieras. Quiero que comprendas que lo que voy a hacer puede ser increíble. Concédeme el placer de oír de tus preciosos labios que lo deseas tanto como yo.

— ¿Qué me azotes?

— Cuando lo dices tú suena mucho mejor – dijo él colocándose entre mis piernas, que continuaban abiertas. Me giró con rapidez, algo que hizo que mis muñecas se resintieran. Besó y mordió mi culo, sopló en mi entrepierna con una gran risotada que resonó en la habitación. Incluso creí ver el vaho rodeándonos, me recordaba a cuando lo haces en un coche y produces tanto calor que empañas las ventanas, sin embargo, ni de lejos había conseguido en mi ese grado de excitación.

Me golpeó el culo. No fue suave, grité sin esperármelo y habría jurado que dejó su mano marcada en mi piel.

— ¡Cabrón enfermo! – grité presa de la ira. Cuando no había terminado la palabra se inclinó y su lengua se internó en mí. No fue algo suave, era duro, también doloroso al principio, pero en seguida sentí como me derretía. Cerré los ojos, era increíble la manera en la que me estaba saboreando.

Cuando sentí el frío que dejó su lengua al retirarse debí suponer lo que llegaría. Fue un segundo azote, quizás incluso más fuerte que el anterior. Tiré de las esposas lista para pelear, para demostrarle que nunca conseguiría

convertirme en una niña tonta que soportaría lo que él deseara, pero me callé suponiendo que la lengua tomaría el relevo. Podréis insultarme, pero no sabéis la manera en la que la movía, como una serpiente, acudiendo siempre a las zonas que más lo necesitaban.

No llegaron más azotes, por algún motivo dos le parecieron suficientes. Me volvió a dar la vuelta y sonrió satisfecho.

— Me ha encantado, aunque no he querido abusar. Ya te he dicho que abras las piernas – me dijo y, sin poder despegar mis ojos de los suyos obedecí, tampoco lo pensé, mi cuerpo actuó abriéndose cuánto podía. Diré que me sentía empapada y necesitaba que me penetrase, aunque por la manera en la que se movía parecía haber olvidado la gran anaconda que me saludaba a cada uno de sus movimientos.

Se dirigió a la cocina y volvió con mi cucharón de madera. Diré que se me pasaron ideas horribles por la cabeza, había visto demasiadas películas de psicópatas, sin embargo, nunca pensé en lo que hizo.

— Vamos a hacer salsa juntos, ¿te parece?

— Estás loco.

— ¿Quieres dejarlo? – Escondí la cabeza contra la almohada. Me repetí que se debía a la curiosidad no a la parte morbosa de mi mente que miraba con expectación a aquel hombre.

Con aquel cucharón con el que tantas veces había cocinado empezó a golpear mi entrepierna, no demasiado fuerte, era doloroso, pero no lo era. No me decidía cuál de las dos primaba cuando golpeaba de nuevo.

Aquel palo de madera empezó a detenerse en mi clítoris entre cada golpe y, con una suavidad delirante, me acariciaba para volver a golpearme. Lo repitió tantas veces que creí enloquecer, tiraba contra las esposas enloquecida, clamaba por su polla, porque me la metiera hasta el fondo. Luchaba contra él, moviendo mis caderas buscándolo y gimiendo como loca.

Me faltaba el aliento, él tampoco estaba mucho mejor.

— Escúchame preciosa. Sé que ahora te da igual, pero necesito que seas fuerte. – Sonreí con descaro.

— Si me la metes seré la mujer más fuerte del mundo.

— Preciosa, escúchame bien. Necesito que recuerdes mis palabras,

aunque te vayas a sentir traicionada y sola estoy contigo. No soportaré que me apartes – dijo inmovilizándome contra el colchón. Los reductos de cordura que me quedaban me pedían que lo escuchara, quizás si en aquel momento hubiese preguntado me habría vuelto de hielo, pero no lo hice. Lo necesitaba a él en mi interior, lo demás desapareció.

— Joder, no puedo más. Por favor, lo necesito. – Gimoteé arrastrándome por las sábanas completamente expuesta. Rogando por su herramienta. Me sentía sucia, caliente, desinhibida y muy sexy. Aunque él seguía manteniendo la distancia estaba tan caliente como yo, digamos que era algo que no podía esconder ni queriendo. Creo que nunca había provocado algo parecido en nadie.

— Eres el demonio, preciosa. No soy capaz de terminar tu castigo ni hacer todo lo que había pensado. Necesito dártelo todo ya y sé que me arrepentiré. – Jadeó agarrando mis caderas y entrando de una estocada.

Si en mi vida he sido penetrada nada se comparaba con aquello. Fue duro, certero, contundente. Mis músculos lo acogían, prácticamente resbalaba al interior. Yo gritaba como loca, ansiosa por tocarle, enredando mis piernas en su cintura mientras él como un león, como mi dueño, me movía a voluntad para dármelo todo sin reservas.

Aquel momento no dependía de cuanto duráramos, no se trataban de horas, sino del placer más absoluto inflamándonos. Una sensación tan desbordante que cuando la alcancé sentí perder el conocimiento. Sabía que seguía en mi cuerpo, podía sentirlo moviéndose en mi interior con aquel regusto doloroso, pero no podía abrir los ojos. No quedaban fuerzas en mi interior para mover un solo músculo.

Terminó, como todo en esta vida nada es eterno. Sentí que me abrazaba y me metía bajo las sábanas tras limpiarme con ternura. Yo tenía una sonrisa dibujada en el rostro y lo dejé hacer, consciente de que tampoco podría oponerme ni queriendo.

Jerry apoyó su cabeza en mi hombro antes de que me quedara dormida. Me abrazaba como si supiera que podría ser la última vez. Son en esos momentos cuando te viene la revelación y supe que lo que tenía que decirme lo apartaría de mi lado.

¿Merecía la pena saberlo? Si Jonás estaba muerto, ¿quería perder lo que teníamos, fuera lo que fuese? ¿Acaso quería repetir aquella psicodélica

experiencia de la mano de un hombre que no confiaba lo suficiente en mí para decirme la verdad por adelantado?

Aquellas eran demasiadas preguntas para una mente cansada, aunque la pregunta más importante siguió vagando por mi mente en la inconsciencia. ¿Por qué me importaba lo que ocurriera con él?

Yo creía conocer a Jonás, sabía todo lo que le ocurría y sin embargo siempre quedaba un pequeño muro donde se escondía, tras el cual nunca me permitió mirar. El muro que escondía un pasado por el que no se permitía ser feliz.

¿Qué ocurre cuando intentas no pensar en algo? Yo quería revivir aquella grata experiencia o cualquier otra que me dejase una sonrisa no el día en el que comprendí por qué no me permitía amarlo, por qué no se creía suficiente para mí y me mantenía siempre alejada, pero sin soltar la cuerda del todo. Siempre me daba esa pequeña esperanza con la que yo había subsistido tanto tiempo.

Me gustaría decir que no lo comprendía y que no lo odiaba por el tiempo perdido. En ambas cosas mentiría y por eso jamás digo nada, por eso y mucho más no puedo hablar de su muerte.

# Capítulo 17

*C*uando te crías en un pueblo pequeño todo acaba sabiéndose. Son esos rumores, pequeños chismes que la gente cuenta a media voz, pero que siempre se descubren por pura indiscreción o maldad.

*Yo era la niña buena, esa que según todos se juntaba con malas compañías, aunque a la cara nadie se atrevía a darme motivos para aquellas acusaciones. Todos querían opinar, diciéndome que antes o después me haría daño. ¿Cómo podía Jonás dañar a nadie? Ellos no lo conocían como yo, era la persona más buena y fiel que había conocido nunca.*

*Sin embargo, cuando amas a alguien tiendes a verlo todo distorsionado, cuanto más trataban de alejarnos más corría a su lado tratando de que no se sintiera mal rodeado de tanto odio. Incluso en su hogar, el lugar más sagrado, él era insultado y agredido.*

*Jonás era un soñador, como yo lo fui en su día. Cosas de adolescentes con demasiados sueños y poca experiencia, nos faltaban demasiados golpes, pero él quería cambiar las cosas y entre ellas estaba el amor de su madre. Él sabía el motivo que se ocultaba tras aquel rechazo y odio constante y aun así luchaba, yo no creí que pudiera ser tan grave y le fallé, a él y a la confianza que había depositado en mí.*

*Aquel día era verano, temprano. Todo tipo de animales, pero sobre todo las moscas, campaban a sus anchas por nuestro pueblecito. Es sorprendente descubrir cómo ha cambiado los últimos años y lo que se ha modernizado, pero en aquel entonces era raro el que no tenía, al menos, dos perros y un gallinero. Como ya dije era un pequeño pueblo en toda regla.*

*Jonás había salido con sus amigos al río a pasar el día, aunque si le preguntaras a su madre no tenía ni idea ni le importaba. Mientras Jonás no estuviera en casa ella estaba feliz, tampoco le importaba que no volviera. En mi mente tenía que saber los motivos, quería defender a capa y espada al hombre al que amaba, creyendo, tonta de mí, que habría algo que yo podría decir para hacerla cambiar de opinión.*

*Llegué media hora después de que Jonás se fuera. Me alegré de no cruzarme con él, evitando de esa manera preguntas incómodas. Si todo salía bien tal vez algún día le contara lo que había hecho, pero no era el caso ni pasaría pronto. Al final nunca pude hacerlo.*

*Llegué a la puerta de madera de su casa y peté con fuerza. Mi madre había insistido en que nunca debía entrar en una casa ajena sin ser invitada y yo seguía las normas.*

*Había visto muchas veces a su madre, nunca de cerca. Incluso él corría lejos cuando la veía y al revisar su rostro descubrí que era mucho más joven de lo que parecía, tenía unos ojos bonitos y era hermosa. Era su gesto, ese gesto triste y enfadado el que la avejentaba, aunque su postura era la guinda del pastel. Caminaba con un bastón cuando no tenía ni treinta y cinco años.*

— *Buenos días señora María, perdone que la moleste, pero me gustaría poder hablar con usted – dije con suavidad. Bajé la cabeza esperando y ella se apartó de la puerta. Una invitación muda que acepté encantada. No creí que fuera a ser tan fácil.*

*La seguí hasta la cocina en donde, a pesar del calor, había colocado una olla. Se sentó en la mesa, como si estar de pie fuera un verdadero esfuerzo y esperó a que yo hiciera lo propio.*

— *Usted dirá joven. – El tono dulce de su voz me desconcertó. No parecía la misma mujer, aquella era una mujer cansada y triste, pero no la bruja furiosa que gritaba como loca contra Jonás.*

— *Me gustaría hablarle de su hijo. – Ante mis palabras se tensó. Me sorprendió darme cuenta que fruncía el entrecejo de la misma forma que Jonás y eso me hizo relajarme. Ella le había dado la vida, no podía ser tan mala.*

— *Creo que debería irse. – Pero no lo hice. Lejos de lo que debería agarré su mano y la encerré entre las mías. Apreté con cierta fuerza y bajé los ojos, una postura sumisa y al mismo tiempo que demostraba que no me movería de allí.*

— *Solo quiero saber por qué lo odia. Lo necesito – dije. Tal vez vio algo en mi gesto, lo cierto es que decían que el amor que profesaba por aquel joven Jonás se veía a la legua. Cuando me miraba al espejo no veía*

*las cosas de las que ellos hablaban, pero terminé por creérmelo.*

— *Ya veo. Deberías irte cuando aún estás a tiempo. – La miré por primera vez a los ojos. Eso no era posible y ella asintió cansada.*

— *Lo amo – reconocí ante la mujer que le había dado la vida, sorprendida por la mirada de pena que me dedicó.*

— *Solo te traerá dolor y desgracia. – Sonrió cansada y me obligó a soltarla -. ¿De verdad deseas saberlo? Supongo que no es un secreto. Nunca lo fue. – Asentí ansiosa, nerviosa, esperando de todo menos lo que me contó, y es que hay historias demasiado tristes -. ¿Alguna vez has...? – Me sorprendió que fuera tan directa, incluso enrojecí.*

— *No.*

— *¿Conoces el viejo claro que hay al fondo del pueblo? – Asentí. Todos lo conocían -. Aquel era el lugar que, antes de que crearan el nuevo camino, todos debíamos atravesar para llegar del pueblo vecino. Mis padres siempre me dijeron que temiera la oscuridad, que los peores demonios se esconden entre las sombras, acechándonos, preparándose para destruirnos. Debí hacerle caso, pero no lo hice. – El tono de su voz, algo en aquel relato me hizo sentir miedo. Era como si fueran a contarme un cuento de miedo, pero sabía que era algo que había ocurrido de verdad y eso era todavía peor. Quizás tras sus palabras jamás vería aquel lugar con los mismos ojos. Aún no había escuchado nada y ya sabía que aquel no era el lugar acogedor que siempre había pensado y es que en mi interior sabía que aquella historia no iba a terminar bien.*

— *¿Qué ocurrió?*

— *Lo que ocurre cuando no haces lo que debes. – Se acarició el brazo, nerviosa, un gesto que no pude pasar por alto –. Han pasado tantos años y aun siento como algo en mi interior se revuelve al recordarlo. Eran otros tiempos, todo era muy diferente. Casi parece otro planeta y otras gentes – dijo excusándose.*

— *Si no quiere... - dije de pronto al sentir que estaba violando su intimidad. Quizás no tenía tanto derecho como creía a conocer la verdad. Siempre había creído que la verdad libera el alma, que es algo bueno, pero era testigo en primera fila del dolor que lo que fuera que estaba recordando causaba en aquella mujer menuda.*

— *¿Por qué no habría de hacerlo? Ya ha pasado mucho tiempo desde entonces – dijo sin creerse ni ella misma sus propias palabras –. Era de noche, había oscurecido hacia poco, pero la luna estaba oculta y no lograba ver mucho. Sin embargo, no sentía miedo, había jugado en aquel lugar desde que era una niña, conocía a todos los hombres, mujeres y niños del pueblo y me sentía a salvo. – Sonreí nerviosa al darme cuenta de que era precisamente así como yo misma me sentía –. Alguien me agarró de pronto y tiró de mí. Al principio contuve mi primer instinto de gritar, repitiéndome que era una broma, pero aquel hombre no quería jugar precisamente. – Se detuvo y la noté dudar.*

— *Yo...*

— *Me rompió el brazo – me cortó con sequedad. Hablaba a golpes, procesando, reviviendo de nuevo, paso por paso, lo que había acontecido aquella noche sin luna –. Me rompió mi vestido favorito y al ver que trataba de gritar me golpeó en la cabeza con tanta fuerza que perdí el conocimiento. – Se tocó la frente donde pude apreciar una pequeña cicatriz. No quería escuchar más, incluso en mi inocencia creía poder unir las piezas del puzle, sin embargo, no tenía ni la fuerza ni la valentía para detener su relato –. Cuando abrí los ojos estaba sobre mí, me dolía y quería gritar, pero me tapaba la boca. Olía mal, tan mal que quise vomitar, pero no pude. Lo único que pude hacer fue quedarme quieta hasta que terminó – dijo resignada, supongo que había tenido tiempo más que suficiente para gritar y enfadarse, en sus palabras había resignación. Yo siempre había creído que el padre de Jonás estaba muerto, jamás sospeché...*

— *Lo siento mucho.*

— *Al terminar no estaba satisfecho y me golpeó, trató de matarme. Me rompió la cadera, las piernas y el brazo derecho por varios sitios. – Me miró a los ojos. Me preparó para lo que venía, oírlo por sus labios lo convertiría en real y no quería que lo fuera –. Me dejó preñada para que cada día pudiera seguir recordando lo que me había hecho si no moría sobre aquella tierra endemoniada. – Se echó a reír histérica.*

— *Él no tiene la culpa.*

— *¿No? Él es el único culpable de que jamás pudiera olvidar. Me obligaron a tenerlo, como si fuera a mí a quien debieran castigar por estúpida e ingenua. Lo peor es que a aquel monstruo no le pasó nada, ni*



*siquiera mis padres se atrevían a enfrentarse a él. Yo no sabía que no había sido la primera y no sería la última. – Me estremecí, aquello no era posible, no éramos bárbaros. No veía a mi familia capaz de aceptar algo tan atroz.*

— *Yo conozco a todo el mundo en este pueblo y...*

— *Eres demasiado joven y la gente demasiado cobarde, pero no has de preocuparte. No lo conoces.*

— *Pero ha dicho que...*

— *Se lo que he dicho. – Su cara se ensombreció. Su rostro se convirtió en una máscara horrenda que me asustó. Temí que aquella mujer hubiera perdido la cordura fruto del tormento, era muy posible si lo que decía había sido cierto y yo la creía –. Fue una época dura. A medida que mi vientre creía y sentía a su hijo en mis entrañas mi odio por él crecía. Lo peor era cuando nos cruzábamos en el pueblo y era yo quien debía bajar la cara. ¡¡Cómo si fuera mí falta y no la de él!! Era de mí de quién hablaban y a mí a quién miraban. Me convertí en la comidilla del pueblo, todos tenían algo que decir, pero pocos me mostraron su apoyo. – Sentí una mezcla de pena y miedo por ella. Sus ojos estaban a punto de salirse de las cuencas de los ojos.*

— *Jonás es un buen muchacho. La quiere mucho, no se parece en absoluto a su padre. – Ella se rio con fuerza, con demasiada fuerza para parecer una risa real. Estaba histérica. Yo había abierto la caja de pandora sin darme cuenta.*

— *Ningún hombre es bueno, los hay menos malos, pero es igual que su padre. Tiene los mismos ojos, la misma cara. Jamás podría querer a ese engendro – dijo con asco y odio. Me entristeció pensar en el joven Jonás creciendo en aquel lugar, sin conocer el cariño o el amor desinteresado. Un niño necesitaba sentirse protegido y Jonás había estado solo.*

— *Él no es así. – Dije con rotundidad golpeando la mesa. – No debería juzgarlo de esa manera, él jamás haría algo parecido. Su padre...*

— *Su padre era el demonio personificado, me arrancó la alegría y las ganas de vivir. Aunque seguí respirando me arrancó la vida aquella noche. – Se levantó y comenzó a levantarse la falda. Yo no quería mirar, me tapé los ojos, pero ella se acercó y me tocó las manos. Lo que vi me hizo temblar. Su pierna derecha estaba cubierta por una horrenda cicatriz y deformada, los*

*huesos no eran rectos como deberían, en su lugar parecían haber soldado mal.*

— *¿Quién es su padre? – pregunté necesitando ponerle un rostro. Saber quién era el monstruo a odiar.*

— *No importa, hace mucho que desapareció del pueblo.*

— *¿No le preocupa que vuelva? – indagué inocente de mí.*

— *No, dudo que lo haga. – Su sonrisa... ella no sería capaz de algo parecido. Nadie hacía esas cosas, era imposible, pero... - Desapareció poco antes de que tu chico naciera. Lo cierto es que nadie se preocupó mucho y como siempre nadie preguntó. No interesaba.*

— *¿Usted lo mató? – No me creía que hubiera sido capaz de preguntar algo parecido.*

*Nunca llegó a decirme ni que sí ni que no. Me miró y sonrió mucho más contenta, era como si fuera lo único de lo que estaba orgullosa. Entiendo perfectamente que no lo reconociera, nadie en su sano juicio se arriesgaría a hacer tal cosa. ¿Iría a la cárcel si algún día lo descubrían? ¿Importaba después de tanto tiempo? ¿Qué había hecho con el cuerpo?*

*Durante mucho tiempo después de aquella conversación recorrí el pueblo de arriba abajo, una fijación morbosa tratando de buscar un esqueleto que nunca encontré. Revisé cada pozo, cada zona de difícil acceso e incluso me atreví a excavar en ciertos lugares.*

*Al final me convencí de que no todo lo que había dicho aquella mujer debía ser verdad, tampoco me volví a acercar por miedo.*

*Amaba a Jonás, pero ¿cómo iba a permanecer a mi lado cuando le habían convencido desde que tenía uso de razón de que era un monstruo? Él temía hacerme daño con sus actos, estaba convencido de que antes o después lo haría y por mucho que traté de quitarle esa idea de la cabeza no lo conseguí. Nada de lo que dije pesó más que las palabras de su madre porque, aunque no quisiera, aunque también la odiase y culpase por lo que lo había martirizado en su infancia, la quería a su manera.*

*Jonás estaba roto desde mucho antes que llegara a mis manos, como una estúpida creí que podría arreglarlo, como si fuera un reloj o un ordenador.*

# Capítulo 18

**M**e desperté nerviosa, traté de levantarme y descubrí que no estaba sola. La mañana había llegado, había cumplido mi parte del trato, sin embargo, el grandullón dormía, más bien roncaba a mi lado.

Cuando volví a intentar incorporarme tampoco pude, incluso en su inconsciencia se aferraba con fuerza a mi cuerpo y una parte de mí no quería molestarlo. Ahora bien, tenía un gran dilema. O molestaba al bello durmiente o me meaba, literalmente, encima. Sonreí al sentir la sabana sobre mis pechos, mis pezones sensibles respondieron al momento.

No necesitaba mirar para saber que había dejado las marcas oportunas sobre mi piel, restos de una noche que me había dado un orgasmo arrollador y me había desinhibido. No estaba bien, pero no sentía la tristeza de siempre ni la necesidad de ahogarla. Era consciente de que Jonás estaba muerto, pero había muchas más cosas en el interior de mi cabeza. No había dejado de amarlo, siempre he estado convencida que cuando se quiere a alguien de verdad nunca puedes dejar de hacerlo, puede que ese amor mute o se adormezca, sin embargo, si lo buscas seguirá ahí esperando el momento adecuado para salir.

Jerry había cumplido, aunque no fuera consciente. Besé su frente y sonreí sabiendo que podría observarle a placer mientras no abriera los ojos.

— ¿Te diviertes preciosa? — Su voz me sobresaltó y pegué un salto. Él me atrapó y me acercó para besar mis labios. Lo malo de todo esto es que yo misma podía oler mi apestoso aliento. Quien diga que se despierta oliendo a rosas frescas miente, yo por lo menos hasta que me lavo los dientes y me ducho no soy persona.

Jerry no mostró que eso le importara, incluso trató de introducir la lengua, pero me quería demasiado a mí misma para permitirselo. Eso y que tampoco quería que perdiera las ganas de volver a intentarlo al saborear la pasta en la que se había transformado, a lo largo de la noche, mi saliva.

— Estabas mucho más guapo dormido.

— ¿Te parezco guapo?

— Decentillo. Podrías mejorar un par de detalles - añadí mientras mordisqueaba la uña de mi índice. Recorrí su pecho con picardía —, demasiado pelo. Quizás podrías arrancártelo.

— ¿No te sirve afeitar? – preguntó con una enorme sonrisa.

— No, quiero que sientas placer. Puede incluso que en el proceso encuentres placer. – Su risa fue instantánea. Me colocó sobre su pecho y sentí las vibraciones, ese sonido era contagioso y acabamos carcajeándonos ambos. Llegó un momento que no sabía por qué seguíamos riéndonos.

— ¿Te ocurre algo? – Era obvio.

— Me meo – dije apartándolo de un manotazo y corriendo el baño.

— ¡Yo creía que serías mucho más educada a la luz del sol! – gritó desde la cama. Sonreí mientras el espejo me devolvía colorada y con cara de placer sentada sobre el retrete.

— ¡¿Y qué tiene de malo decir que me meo?! – pregunté a voz de grito de vuelta. Los vecinos tenían que estar pasárselo en grande con nosotros. Suerte que no me importaba lo que dijeran. – Además, así tendrás tiempo para preparar tus palabras. Es hora de que cumplas tu parte del trato.

— ¿Seguro que no quieres disfrutar del día antes? – Miré mi reflejo, esa alegría de la que disfrutaba. Era tan sencillo aceptar y postergarlo, quizás para siempre. La verdad, algo que siempre había apreciado, tendía a joderme la vida de manera cruel e innecesaria. A nadie le había ayudado el descubrimiento que había hecho sobre el padre de Jonás y dudaba que sirviera de nada tampoco lo que Jerry creyera saber, pero me lo debía.

— No, quiero saberlo – dije, sacando la cabeza por la puerta del baño, tras eso volví a cerrarla para lavarme las manos antes de salir y tratar de relajarme. Estaba demasiado nerviosa.

Salí creyéndolo sobre el colchón, todavía desnudo, pero me esperaba al otro lado de la puerta.

Me abrazó con fuerza, levantándome varios centímetros sobre el suelo y me mantuvo pegada a su pecho, besándome con posesividad y algo de, ¿miedo?

— No me dejas respirar. – Gemí a punto de asfixiarme. Lo miré con mis ojitos de súplica y una sonrisa bobalicona en los labios.

— ¿Es necesario?

— Dicen que te mueres si no lo haces. – En cierta manera cada vez que pronunciaba esa palabra sentía cierta frialdad en el alma. - ¿No te da vergüenza no haberte puesto al menos un taparrabos? Si lo haces para despistarme no funcionará.

— Cualquiera lo diría cuando no dejas de mirarlo. ¿Quieres un autógrafa? – preguntó travieso mientras lo sentía tensarse con rapidez y me pegaba contra la pared.

— ¿Nunca te cansas?

— ¿Y tú? – Su voz ronza tenía efecto afrodisíaco. Rocé su pecho con los labios, deposité varios besos hasta que me detuve sobre su pezón derecho donde me detuve a chuperrtearlo hasta que se volvió duro –. Si fueras buena...

— ¿Si fuera buena qué? – pregunté riéndome ante su cara de perrito abandonado mientras se apretaba contra mí meneando las caderas.

— Me dejarías cobijarme en tu interior una vez más. Eres adictiva, preciosa. – Me besó y yo respondí.

Simplemente me dejé llevar por la sensación cálida que provocaba en mi interior, esa paz que tanto necesitaba. Siempre de broma, incluso en los temas más delicados.

Sus manos vagaron por mi piel y yo cerré los ojos. En sus caricias había calma, deseo, algo demasiado parecido al amor. No se trataba de su piel en contacto con la mía, sino del hecho de que cuando me rozaba algo en mi interior se desestabilizaba.

Fuimos despacio, él buscaba mis ojos nervioso y al final se los di. ¿Alguna vez os habéis dado cuenta de que cuando miras a tu pareja a los ojos mientras entra en tu interior las sensaciones se incrementan exponencialmente? Sentí que en aquella penetración pedía mucho más que mi cuerpo, vi sus miedos aparecer mientras su seguridad se resquebrajaba.

— ¿Eres rencorosa? A veces decir la verdad desde el principio no es tan fácil como parece – dijo mientras se deslizaba con lentitud, una lentitud demoledora, al centro de mi ser. Acarició mis entrañas como nadie lo había hecho nunca.

— ¿De verdad vas a aprovechar este momento para hablar precisamente de eso?

— Lo lamento - gimió contra la piel de mi cuello —, tengo demasiado miedo de perderte. – No contesté, me aferré a él y gemí con fuerza. Lo di todo mientras él me llevaba más allá, sentí con él, respiré por sus labios y experimenté los mismos temblores arrebatándome la fuerza.

# Capítulo 19

Nunca he sido una persona muy cabal, pero si tenía algo claro es que necesitábamos estar vestidos y en un sitio público para tener aquella conversación.

Cuando salimos del portal me mostré distante, cada vez que trataba de atrapar mis dedos lo apartaba. No era necesario decir nada, al final lo entendió y me miró de reojo, tampoco él expresó en voz alta lo que pasaba por su cabeza.

Caminamos en silencio hacia la cafetería más cercana, aunque más bien era una pastelería que cerraba a las siete. Quizás por eso era la primera vez que entraba en aquel lugar.

Cogimos la mesa más aislada, nos escondimos del resto de ojos indiscretos y pedimos el desayuno. Lo cierto es que jamás llegue a tocarlo, pero olía que alimentaba y me dije que volvería de nuevo.

— Tú dirás. – Nunca he tenido mucha paciencia, un culo inquieto me representa más. En un punto de mi vida decidí que quería la verdad, aunque temblaba por dentro me mostré inflexible mientras lo miraba serio. Volvía a ser un soldado, así me sentía cuando se cuadró en su silla rosada ante mí. Se veía inmenso en aquel lugar, nervioso. Miraba a su alrededor como si temiera algo, pero sus ojos volvían siempre a mí -. ¿Y bien?

— No es tan sencillo.

— Lo es. Suéltalo del tirón, después ya tendrás tiempo para dar las explicaciones que consideres oportunas. – Parecía una maestra explicando la lección a un niño pequeño –. Seguro que no es tan grave. – Cuando abrió la boca mi corazón galopó con fuerza, siempre que creía que Jonás estaba quedando atrás sucedía algo parecido. Mis ojos se nublaron brevemente, el tiempo justo para que él se percatase.

— Está vivo. – Sus palabras quedaron en el aire. Mi mente lo repetía una y otra vez, pero no era capaz de darles sentido. ¿Vivo? No era posible, yo

había visto la sangre, le había visto cerrar los ojos y hablado con los doctores que lo habían atendido. ¡Era imposible! Él jamás permitiría que pasara por un infierno parecido, me habría buscado. Lo miré odiándolo, odié a Jerry por ser capaz de jugar con mis sentimientos, con mi dolor de aquella manera. Esperaba que de repente se retractara, no lo hizo. Me miró con pena, sabía que estaba a punto de quebrarme como nunca antes. Lo cierto es que tenía mil preguntas, demasiado miedo y me costaba respirar.

En aquel punto miré a mi alrededor, a aquellas personas que desayunaban en sus pacíficos mundos, mundos en los que nunca ocurría nada grave. Deseé ser como ellos y al mismo tiempo supe que podía serlo. Había llorado suficiente, tal vez demasiado, si al final era mentira destrozaría a Jerry, lo haría por obligarme a reabrir la herida.

— ¿Vivo? – La voz que salió por mis labios no era la mía. Sonaba débil, temerosa. Apreté mis manos hasta que sentí las uñas clavándose en mis palmas. Aquel dolor me dejó respirar y serenarme, lo justo para formular las preguntas que yo creía eran las correctas –. Esto no es una película. Él murió en mis manos.

— Lo hizo. – Lo abofeteé con fuerza y rabia. Bufaba como un toro a punto de atacar. – Tranquilízate por favor –. Lo odié.

— ¿Cómo puedes estar tan enfermo? ¡¿Has disfrutado?! Te lo habrás pasado en grande riéndote de mí. ¿Tanto envidiabas a Jonás?

— No es eso – dijo Jerry. No soportaba su pasividad.

— ¿Entonces? ¡Habla joder! – Después de la bofetada y mis gritos todos nos miraban y traté de controlarme. Si bien al bajar la voz pasé a ser el malo de cualquier película. En aquel momento agradecía que hubiera testigos o no sabía lo que le habría hecho.

— Consiguieron revivirlo. – Mis manos temblaron, mi corazón se detuvo.

— Me dijeron...

— Pero sabes que digo la verdad – concluyó. Las imágenes que creía fruto de mi imaginación tomaron forma, al fin obtuvieron un lugar coherente en mis recuerdos.

— Jonás me habría buscado... - Aunque cada vez estaba menos segura de ello. Lo amaba, él también me quería al menos. Tantos años juntos, no



podía ser.

— Es complicado.

— ¡Deja de decir eso! – grité, a mitad de la frase bajé el tono hasta terminar en un susurro. Traté de respirar, de razonar y me aferré a la idea de que debía escucharlo. Si decía la verdad la culpa no era suya sino... sino lo mataría con mis propias manos.

— Hay muchas cosas que no sabes de él. – Se miraba las manos, jugaba con la tacita de café.

— ¿Cómo qué? – Todo en mi vida había sido una gran mentira y por primera vez la verdad me destruiría, destruiría mi pasado y mis recuerdos. Todo lo que amaba, lo que me había hecho como era se desharía con rapidez ante mis ojos. La verdad, la jodida verdad.

— Era un agente doble. – Salté sobre la mesa y le tapé la boca. Incluso sabiendo lo que significaba temía que oídos indiscretos nos escuchasen, a pesar de todo protegí a Jonás.

— Es imposible. No era tan estúpido. – Yo no estaba tan ciega -.  
¿Desde cuándo?

— No tengo todos los detalles, solo los suficientes para poder afirmar que sigue con vida. Era un agente doble, se cree... - Me miró, pude ver la duda. Sentí que me estaba estudiando, quizás no me creía lo suficientemente fuerte para procesar todo lo que tenía que decirme.

Mi mano voló por encima de la mesa. Clavé mis uñas en su piel, apreté tanto como pude, pero seguía sin haber nada en su rostro más que pena. Estaba tan increíblemente cansada de ser la muñequita rota, la mujer destrozada que trataba de ahogar sus penas.

— ¿Vas a parar ahora? Creo que eras tú el que disfrutaba de mi dolor, ¿no es cierto? ¿Lo haces por eso?

— Jamás te deseé este tipo de dolor, estás distorsionando mis palabras.

— ¿En serio? ¿Solo dolor sexual o cómo va esto? ¿No estás disfrutando ni un poquito? – No lo solté, quería hacerle daño y era lo único que podía hacer sin llamar la atención. Concentré toda mi ira en mis uñas.

— El dolor que traté de mostrarte es una vía de escape, algo a lo que aferrarte y la antesala de un placer mucho más intenso. Debí decírtelo el

primer día, después fue imposible. No tienes ni idea del poder que has tenido sobre mí en todo momento.

— Pudiste mentirme, contarme cualquier otra cosa. ¿Acaso temes que él vuelva? – Algo del calibre de ver al hombre de mi vida caminando por las calles de aquel diminuto pueblo marcaría sin lugar a dudas el día de mi muerte en el calendario.

— No volverá. – Lo dijo seguro de que así sería. Yo no lo estaba tanto. La vida me estaba enseñando que podía ocurrir lo impensable. Lo solté y me enderecé altiva.

— ¿Por qué viniste a contármelo si no me conocías de nada? ¿Te lo pidió él?

— No. – Una puñalada me habría dolido menos. Sonreí dolida, herida, cansada. Si el amor te puede mantener con vida, hacerte volar y soñar, también puede destruirte. La imagen que tenía de Jonás se rompía a pasos agigantados para quedar como una gran sombra en mi pasado sin rostro, un simple agujero que comprendía la mayor parte de mi vida. ¿Tanto poder le había conferido?

Puede que fuera mi orgullo herido, pero me asqueaba pensar que había perdido tanto tiempo llorando por él cuando Jonás no pensó en mí en ningún momento. Debía saberlo, él sabía que lo amaba con locura, siempre al borde de tenerlo, siempre rozando lo que tanto anhelaba. Debí comprender desde el primer momento que aquel chico no era para mí.

— Creí que era algo más para él.

— Jonás te quiere a su manera, cree que está haciendo lo mejor, pero jamás desobedecería una orden. – Trató de excusarlo. Lo miré con escepticismo y asco, nada podía justificar dañar a quien dices querer de esa manera. Había rozado el abismo, entrando de golpe en la oscuridad y abrazando la bebida hasta perder la consciencia y él lo había permitido. Nada de lo que pudiera decir su primo cambiaría la realidad, mi realidad.

— ¿Cómo lo descubriste tú? – ¿Por qué él sí y yo no?

— Me debían un favor, supe que escondían algo desde el día del entierro. – Asentí cansada.

— Me siento como en una de esas pelis de espías. Soy la tonta, esa persona que miras y te preguntas como es posible que sea la única que no comprende la verdad. Debería darte las gracias – susurré golpeando la mesa y

levantándome dispuesta a irme.

Quizás en otro momento tuviera más preguntas, aunque no sabía por qué habría de perder más tiempo pensando en aquel impresentable, en mi interior se libraba una gran batalla. Es complicado odiar a quien has amado y respetado durante tanto tiempo.

La mirada que me dedicó Jerry me recordó el día que Jonás estuvo a punto de confesarse, el único día que lo acerqué al precipicio.

*Jonás me daba la espalda, siempre que trataba de ponerme frente a él, se giraba. Ahora me parecía algo ridículo, en aquel momento buscaba sus ojos ansiosa, nerviosa y excitada.*

— *Debes abrirte conmigo. Sabes que te aceptaré siempre, jamás debes preocuparte porque yo vaya a juzgarte – dije mientras acariciaba su hombro. Creía cada una de aquellas palabras, creí que eran las perfectas para hacerlo entrar en razón. Era ingenua y sus cicatrices se ramificaban demasiado.*

— *Algún día te haré daño. Me odiarás como no has odiado a nadie y te arrepentirás de haberme conocido.*

— *Yo jamás haría eso.*

— *No es una pregunta, solo cuestión de tiempo. – Al fin dejó de huir. Me pilló desprevenida y me abrazó –. Te quiero demasiado para dejar que te acerques tanto a mí. Somos amigos, ¿no es suficiente?*

— *Nunca hemos sido solo amigos. Lo sabes – susurré triste, pequeña, vencida. Cansada de aquella eterna conversación que siempre terminaba abruptamente.*

— *Yo siempre estaré a tu lado, te apoyaré para que no caigas y disfrutaré de tus éxitos. Somos un equipo y estaré contigo siempre, pero no puedo darte lo que deseas de mí. – Ante sus palabras perdí las mías. Todos los argumentos que había tejido diestramente durante la noche desaparecieron. Era la niña tonta de siempre.*

— *Gracias.*

Aquel día pensé que me mentía al decir que me haría daño y estaba convencida de que siempre permaneceríamos juntos incluso aunque acabara en los brazos de cualquier otra, como de costumbre estaba equivocada.

— Quédate, necesitas hablar – dijo Jerry. Sonreí picarona, incluso me incliné más de la cuenta aproximando mis labios a los suyos.

— No te necesito. Beberé hasta que todo lo que me has dicho tenga sentido y me largaré de esta mierda de pueblo. Tú y yo, bueno nunca hubo un tú y yo.

Salí de allí con prisas, demasiado herida para soltar una lágrima. Tantos momentos en aquel asqueroso pueblo, tantas mentiras. ¿Por qué no le había hecho caso cuando, una y otra vez, trató de avisarme? ¿Quién mejor que él para conocer sus propios demonios?

Al salir de aquella cafetería di un rodeo, me dirigí al centro del parque. Aquel era el lugar en el que muchos jóvenes se habían magreado. Muchas hormonas en el ambiente y un lugar en el que poder relajarse.

Me tumbé sobre la hierba, cerré los ojos disfrutando de aquella ligera brisa que refrescaba mi piel. Entre todas las emociones empezaba a brotar una con más intensidad, reclamando un puesto preferencial.

Estaba aliviada. Él seguía con vida y yo también. Jamás lo había tenido y llorar por lo que nunca ha sido tuyo no tiene sentido. Si quería alejarse lo consiguió.

Estiré la mano derecha, traté de agarrar las nubes entre los dedos. Le hablé como si fuera un fantasma, me despedí a mi manera.

— Más te vale no volver jamás. Has destruido a la única persona que creía en ti. No habrá excusas, aquel día moriste de verdad, aunque no lo sepas.

El día de su entierro no pude acudir. Me decía a mí misma que era uno de los motivos por los que no podía dejarlo marchar, me lo repetía incansable. Puede que fuera verdad, necesitaba despedirme de él.

— Espero que al menos merezca la pena y encuentres esa paz que nunca pude darte.

## Capítulo 20

Cuatro horas después estaba sobre mi cama respondiendo el correo. Me vestí y me preparé para volver. Descubrí que quizás aquel sí era mi sueño, tal vez era lo único que seguía perteneciéndome. Había mucho más detrás de su persona.

Avancé por aquel pequeño apartamento, tirando demasiados recuerdos, para empacar mucho menos de lo que había traído. Miré al espejo a aquella mujer, se veía diferente, ilusionada. Al fin tenía la oportunidad, un mundo desconocido, lleno de posibilidades, se abría ante mí.

No iba a hacerlo, pero arrastrando mis maletas me dirigí hacia el bar. El lugar en el que había sido observada y juzgada.

Esta vez era yo la que lo miraba a través del cristal, mientras hablaba lo veía gesticular y reír. Se movía con soltura, sin embargo, sabía que había algo oscuro en su interior, su sonrisa no era tan real como quería hacer creer.

Entré decidida. Dejé las maletas en la puerta y sonreí. Él se quedó helado, con el grifo de la cerveza abierta y el vaso llenándose a gran velocidad. Paró de pronto cuando la cerveza se derramó y me sentí feliz.

Caminé sensualmente hacia él, daba igual que fuera en vaqueros y camiseta de tirantes. Yo era una diosa y volaba por el lugar, sus ojos me recorrieron, sentí la ansiedad de él al comprender que no podía tocarme, besarme, poseerme.

— Vengo a despedirme – dije suavemente al acercarme a la barra -.  
¿Sorprendido?

— ¿A dónde vas? – preguntó mirando mis maletas, todo lo que tenía cabía en dos maletas. Dicen que no has de necesitar demasiado, lo que yo necesitaba no era algo material.

— Al infierno y al lugar al que pertenezco. – Me encogí de hombros con despreocupación -. Jamás he necesitado tanto irme.

— No lo hagas.

— ¿Por qué? ¿Me echarás de menos? – Salió de la barra y se acercó. Tenía miedo de tocarme, temía mi reacción. Sonreí girando la cabeza, estaba lista para patearle los huevos, pero no me aparté.

— No tienes por qué alejarte. No lo hagas – repitió de nuevo. Bajó la voz, ese tono que encendía mi piel y traía recuerdos sucios, húmedos. Habría sido perfecto sino hubiera conocido antes a Jonás.

En aquel momento comprendí que si Jerry hubiera sido el primero nos habríamos amado, tal vez no eternamente, quizás el tiempo justo para tener hermosos recuerdos que atesorar. Incluso ahora, cuando me sentía cruelmente traicionada lo deseaba, lo veía y sentía como mi cuerpo se humedecía.

El deseo me movió a acercarme y él me besó. Suspiré y lo acepté. La distancia curaría lo que quedaba, me sentía mucho más fuerte que dos meses antes. Algo había nacido en mi interior, no temía enfrentarme a lo que la vida quisiera mandarme, pero entre los brazos de Jerry seguía siendo una princesa diminuta, delicada.

— Debí decírtelo y lo siento, pero temía que te alejaras. Deseaba tanto conocerte, llegar hasta ti.

— Lo hiciste, deberías estar contento. – Le acaricié el rostro –. Pero la mujer que era murió aquel día, no soy la misma y no puedo pertenecerte. Creo que ha llegado el momento de que piense en mí y busque mi felicidad.

— No te vayas ahora. - ¡Qué complicado era todo! Sus palabras influían en mí, sin embargo, estaba demasiado cansada de dejar que alguien tomara las decisiones. A pesar de que mi corazón tiraba por conocerle, por dejar que aquel grandullón mimase mis heridas. Quería reírme como lo hacía él, pero si se lo permitía otro tomaría el control y curaría mis heridas. Era el momento de aprender de viejos errores.

— Ya me he ido. Solo venía a despedirme. – Toqué mi corazón, mi cicatriz más profunda –. Tal vez vuelva a...

— No te mandarán de nuevo... - Estaba demasiado dormida, decepcionada con el mundo como para que mi nuevo destino me importase. Decían que era una gran soldado, la respuesta no se había hecho esperar. ¿Hasta qué punto era eso verdad? ¿Se trataba solo de una compensación silenciosa, una medallita más que luciría?

— Puede que muera o puede que no. Debo respetar a la muerte y

aceptarla como mi aliada. – Los ojos de aquella niña... Mi voz me traicionó de nuevo, hay cosas que siempre me influirán por mucho que trate de evitarlo –. Podemos morir en cualquier momento. ¿No crees que eso convierte cada instante en algo intenso? Al final aprendí la lección.

— Eres increíble. – Se abrazó a mí. Temía dejarme marchar. ¿Era esto por lo que los soldados volvían a casa? Él lo había dejado, seguía con su vida consciente de que no podía dar más al ejército, yo volvía por necesidad. ¿Qué pensaba encontrar allí?

Cuando me di la vuelta a él le costó soltarme, despegar sus dedos de mi cuerpo. Lo quise por eso, por esa necesidad que demostraba, sintiéndome sumamente importante por alguien. ¿Era suficiente?

# Capítulo 21

Lo que al principio pensé que me costaría no fue así. Tras un mes entre soldados, respirando como un soldado y pensando como ellos, llegué a olvidar quién era individualmente. Esta mente de colmena ayudaba a disolver los pensamientos y la mayoría de las veces estaba demasiado cansada para pensar en ello antes de caer rendida. ¡Dios salve al ejercicio!

A pesar de lo que pueda parecer no me mandaron de vuelta a la guerra, me mantuvieron entrenando. Lo prefería así, aunque me entristecía siempre que alguien se marchaba, temiendo que nunca fuera a volver. Dicen que son pocos los que mueren, se olvidan cuántos están detrás de cada uno.

Aquella tarde era una como cualquier otra, martes creo, aunque no puedo precisar el día. La lluvia golpeaba nuestros cuerpos, la tierra se mezclaba bajo nuestros pies, pero nada de eso importaba. Seguimos entrenando, forzándonos en llegar hasta ese límite inalcanzable, la perfección física y mental. Se olvidaban de la frialdad que se necesita para mirar a un niño a los ojos y apretar el gatillo. Salvas vidas, pero ¿qué sientes al sesgar una vida inocente obligada por las circunstancias?

En aquel lugar aprendí que nada es blanco o negro, tiene ese matiz que te vuelve loca. El bien y el mal que tan fácil resulta de juzgar desde la butaca del salón, un segundo para tomar la decisión vital. Después todos opinarán, preguntarán, y se sentirán dignos de decir que lo habrían hecho mejor. Yo no.

Entré en las oficinas cansada, me habían llamado. Un brigada había pedido verme, darme las condolencias en persona. No era la primera vez, probablemente tampoco sería la última. Es difícil bajar la cabeza y contestar aquellos pésames sabiendo la verdad, es en aquellas situaciones cuando la parte rebelde que sigue moviéndose por mi interior clama por reírse en sus caras. Nunca he dicho que fuera una buena persona... sin embargo la soldado que vive en mí calla y asiente.

Me quedé sin palabras. La puerta se cerró a mi espalda y nos quedamos solos. Lo miré, pestañeeé y me acerqué. Se veía increíblemente bien en el



uniforme, parecía haber sido confeccionado a medida para él.

Volví a mi posición y bajé la cabeza.

— Buenas tardes. – Su tono dulce me hizo sonreír. Rompí mi postura y lo miré a los ojos. Aquellos ojos negros brillaban con intensidad, como si fueran felices solo por tenerme delante.

— ¿Tanto me extrañabas?

— Casi me volviste loco. Tuve que venir a por ti. ¿Estás lista para volver? – preguntó mientras su mano se estiraba y repasaba mi rostro. Giré la cara para apoyar mi mejilla sobre su palma.

— Sigues sin darme pena. Creo que lo que pasa es que nadie más aguanta en tus juegos pervertidos. Deberías hacértelo mirar.

— ¿Antes tenías una lengua tan larga? – preguntó Jerry divertido.

— Mucho más, pero la uso solo con los que se lo ganan – dije con doble intención alzando las cejas. – Tú nunca has hecho méritos suficientes.

— ¿Y qué estúpida, alocada y dolorosa prueba debo pasar?

— Déjame pensar... - Me toqué la frente. Miré a mi espalda comprobando que la puerta estuviera firmemente cerrada –. Sabes que eres mi superior.

— Lo sé.

— Temo romper las reglas – dije inocentemente.

— Conmigo puedes romper lo que quieras. A mí lo único que me importa eres tú – dijo Jerry avanzando un paso. Llevaba muchas noches apareciendo en mis sueños, acariciándome, mimándome, tentándome.

Yo también tenía necesidad de él. Quería conocerlo, castigarlo por lo que había ocultado, pero no alejarlo de mí.

— Me han hecho promesas antes.

— ¿Qué deseas, preciosa?

— A ti, a tu flecha y a esa lengua temerosa de la verdad. – Abrí las piernas, aunque con el pantalón puesto no causaba el mismo efecto -. ¿Te atreverías?

— Preciosa. – Se acercó y me besó. Había revivido nuestros encuentros

cada día, recreándome en muchas cosas. No recordaba que lo hiciera tan bien, cerré los ojos rendida al contacto abrasador de su lengua. Sonriendo como una tonta mientras él se daba un festín. Cuando se detuvo me agarré a su cuello negándome a separarme, él tampoco lo intentó. Si alguien entrara en ese momento, pero no me importaba. Miraba aquellos ojos y sonreía –. Te conozco y te amo. – Abrió la boca y su enorme mano me la tapó. Tentada estuve a morderlo –. Hace mucho que me enfrenté al infierno, superé el miedo a cualquier cosa. Creía que la muerte, el dolor, el miedo, que ya nada podía hacer mella en mí. Me creía inmune.

— Ahora viene el pero – dije tras escurrirme entre sus dedos y un pequeño, o no tan pequeño, mordisco.

— Te conocí. Te convertiste en todo lo que deseaba. Descubrí que aún podía seguir sintiendo gracias a ti. Aunque no lo creas el primer día que te vi no fui precisamente amable, tú también me ayudaste a tu manera.

— ¿Algún día me contarás tu historia? Siento que estoy en desventaja. – Su boca aprovechó ese momento para darme otra muestra de todo lo que me había perdido. Fue verle y supe que quería mucho más, él abrió las compuertas y ahora no quería cerrarlas. ¿Lo amaba? No sabía si nunca volvería a estar dispuesta a decir algo parecido.

— Si te quedas el tiempo suficiente.

# Capítulo 22

(Jerry)

*E*l cerebro busca rellenar los huecos por instinto, nunca nos han gustado las lagunas y yo tenía demasiadas. Poca información y cuatro hombres con los rostros cubiertos gritando a mi alrededor.

*Tenía sed, heridas sangrando en la cara y las piernas, miedo, pero me recompuse. Comprendí que quería salir con vida, aunque me había pasado algo lo suficientemente grave, pues parte de mis recuerdos se habían desvanecido. ¿Cómo había ido a parar a un lugar como aquel? Ellos querían algo de mí, gritaban ante mi rostro nerviosos, se movían por la habitación sintiéndose acorralados y yo no era capaz de comprenderlos.*

*En una habitación pequeña, sin ventanas y llena de mierda me mantuvieron encerrado el primer día. Podía oírlos gritar, debatir, fuera del lugar que se convertiría en mi alcoba. No iba a ser una estancia agradable. Ellos me odiaban, yo no los recordaba. ¿Qué recordaba realmente? Mi nombre y poco más. Algo que no servía de nada en un lugar como aquel.*

*Había una mujer con un niqab negro que acudió cada día a traerme la comida. Entraba rápido y salía con la misma velocidad. Una vez se aproximó a mí, pero nunca me tocó. En cierta manera aquella mujer parecía otra prisionera más.*

*Aquel día me miró, pero no habló y giró la cabeza cuando yo traté de hacerme entender. Comprendí que estaba solo y perdido. Lo peor era la incomprensión, el vacío en mi mente. Había perdido mi identidad, la persona que había sido. El hombre que despertó en aquel lugar no estaba preparado para todo aquello.*

*Las primeras veinticuatro horas fueron complicadas, demasiadas preguntas y miedos. La posibilidad, ¿qué destino me esperaba? Estaba en manos de unos tipos que lo más simpático que hicieron fue encañonarme, perdió efecto la tercera vez.*

*Ahora comprendo que aquellas veinticuatro horas fueron las mejores. Me habría quedado en aquella habitación durante años si hubiese podido evitar lo que pasaría a continuación.*

*Supongo que el idioma universal es el dolor. Hay muchas formas de hacer que un hombre se pliegue, que confiese. Un límite en el que nuestra mente nos abandona, actuamos por instinto, aunque solo sea para respirar durante un segundo más o morir al momento. Por extraño que parezca yo prefería la segunda opción, el destino eligió por mí.*

*Aquéel día me arrastraron hasta una silla cochambrosa justo en el centro. Yo era el objeto más importante de aquel lugar, todos querían dedicarme su atención.*

*Me ataron con tanta fuerza que la cuerda se clavaba en mi piel, hubo momentos que por mi mente pasó la idea de que llegase hasta los huesos, ¿era eso posible? Ellos sonreían satisfechos, se sentían vencedores en algún tipo de juego macabro. Eran como niños con un juguete nuevo, pero excitados, nerviosos, sabiendo que la línea que tenían pensado cruzar era peligrosa. ¿Cuándo se transforma un niño en un monstruo? ¿Qué había pasado para que dos hombres fueran a torturarme? ¿Me merecía ser tratado de una manera tan atroz?*

*No hablé, tampoco iban a entenderme. Traté de serenar mi mente cuando los vi con las navajas, afilándolas ante mis ojos. Mostrándome a qué debía tenerle miedo. Deseé estar en cualquier lugar, que mi mente pudiera escapar de lo que tenían preparado para mí. No pasó.*

*Creí que, si no respiraba, después apreté los puños y traté de no gritar, tras el sexto corte olvidé todo lo anterior y me dejé la voz. Pasé de ser un hombre a un niño y después solo un montón de huesos y músculos tratando de mantenerse unidos. Intenté no contar los cortes, cada dolorosa línea que pintaban en mi piel, pero mi mente me traicionaba en un juego que amenazaba con hacerme perder la cordura.*

*— Por favor... - Me había olvidado de que no eran capaces de entenderme —. Haré lo que me pidáis. — Pero siguieron adelante, incansables, durante horas.*

*Entraron muchos cortes, hubo muchos días. Mi cuerpo era un inmenso lienzo para ellos, un lugar perfecto que decoraron a su antojo hasta que lo odié, odiaba mis largas piernas y mis brazos. Odiaba mi rostro y mis dedos.*

*Odiaba seguir respirando.*

*Al final siempre me desmayaba, caía rendido, incapaz de distinguir donde empezaba o terminaba el dolor. Me pregunté si habría algo peor que aquello, ¿qué querían obtener de mí? A ratos me acercaban un mapa, un mapa de un lugar que no recordaba con unos números en el dorso. Yo seguí negando cada vez que hacían una pregunta, ellos no me creían.*

*El más alto era el que más disfrutaba, dejaba que el filo de la navaja se hundiera en mi piel antes de comenzar a moverla con una sonrisa. Aprovechaba los sobacos, la ingle, no le hacía ascos a nada y yo era su muñeco particular.*

*Aquellos días conocí a monstruos, personas incapaces de sentir empatía, al menos yo los odié y los odiaría siempre. Me llevaron más allá de la locura cuando empezaron a introducir astillas en las uñas de mis dedos, algo en mi mente se fragmentó. Supe que haría lo que fuera necesario por escapar, incluso aprovecharme de la mujer que cada día traía mi comida.*

*Me olvidé de lo que podrían hacerle a ella, solo pensé en mí. Un error por su parte y la agarré por el cuello. Mi cuerpo actuó por instinto, a pesar del dolor que me hacía coger aire con fuerza.*

*La guie hasta la puerta, ella sabía que yo solo quería escapar y me acompañó sumisa, casi parecía aliviada de mi huida. Le había dado la excusa perfecta. Recé porque estuviera bien cuando yo me fuera, recé por una desconocida, la misma que me veía aparecer lleno de heridas sin abrir la boca. ¿Era miedo lo que la retenía? ¿Estaba de acuerdo con lo que me hacían? Jamás tendría respuestas, jamás volví a verla.*

*En mi mundo los astros no se alinearon y en mi huida me encontré con el hombre más alto. Esperaba que dijera algo, que se preocupase por aquella mujer, él solo cogió un arma y comenzó a dispararnos a ambos. Todo sucedió a cámara lenta, pero yo me movía igual de lento. No fui capaz de evitarlo y aquella muerte, la forma en la que las balas penetraron en su cuerpo... La sentí caer y la retuve usándola de escudo, al fin y al cabo, el primer disparo ya había sido mortal. ¿Cómo podía saber yo eso? Nunca supe cómo logré tener tanta sangre fría.*

*Descubrí que, con o sin recuerdos, quería venganza por mí y por ella. Sin conocerla, sin saber si era de las buenas, pero necesitaba hacérselo pagar.*

*Supongo que fue la adrenalina, en mi estado solo eso podría explicar lo que ocurrió. Pasé de apenas ser capaz de mantenerme en pie a enfrentarme a él con soltura. El dolor desapareció, me sentí revitalizado y lleno de vida. Me gustaría pensar que soy una buena persona, aquel día... aquel día fue hace mucho tiempo.*

*Lo atrapé y desarme con eficacia. Mi cerebro habría olvidado quien era, pero mi cuerpo no. Usé el mismo cuchillo con el que me había torturado para abrirle la garganta, disfruté al ver su sangre saliendo con fuerza de su interior. La herida era pequeña y la agradé con los dedos, disfrutando de cómo se rasgaba la piel.*

— *Ella no quiso ayudarme – dije innecesariamente mientras dejaba caer el cuerpo sin vida de aquel tipo. Ya no había nadie que escuchara mi estúpida excusa. Mi conciencia me destrozaba, arrebatarme una vida no es agradable incluso a pesar del odio que le profesaba a aquel hombre.*

*No creía ser capaz de llegar muy lejos, apenas conseguía caminar. ¿Huir para ir a dónde? Algo en mi interior me decía que había un lugar seguro, un lugar al que pertenecía ¿Dónde estaba ese sitio perfecto?*

*No sabía quién era yo, no conseguía caminar y el dolor nublaba mi vista. Di los pasos justos para llegar hasta el coche que había aparcado al lado de la puerta, en ese corto trayecto me crucé con un niño y tentado estuve a degollarlo, no por odio, sino por pavor a que diera la voz de alarma, sin embargo, al mirar sus ojos no fui capaz. Esa era una línea que no estaba dispuesto a cruzar. Abandoné aquel sitio maldito, oscuro, sucio sabiendo que dejaba algo del hombre que había despertado días antes allí. Todo salió bien, al menos a medida que me alejaba a gran velocidad empecé a respirar con normalidad.*

*Conduje a ratos, me detuve otros tantos. Alguien me encontró y me curó, apenas recuerdo nada más. Ni antes ni después. Tardé mucho tiempo en que los recuerdos volvieran como flashes dolorosos, pero volvieron. ¿Volví yo?*

*Aquel día lo dejé todo atrás, olvidé al hombre que todos decían que era. Cada persona con la que hablaba tenía un consejo, unas palabras que dedicarme sobre cómo debía actuar y pensar, ninguno comprendía que yo ya no era el yo que ellos conocían.*

*Siempre que alguien se acercaba temía las preguntas, no tenía respuestas para nada.*

*Cuando desperté en el hospital me vi rodeado por hombres uniformados, preocupados. Creían que yo los reconocía, trataban de hablar conmigo, yo era incapaz de seguir todas aquellas conversaciones, todas aquellas voces tratando de contarme algo.*

— *Me alegro de que al fin abra los ojos – dijo un hombre con bigote y varias estrellas sobre el pecho. No conocía su rango, no sabía quién era él, pero todo en su postura indicaba que le debía respeto, la misma sumisión que mostraron los demás cuando entró con grandes zancadas en la habitación. Aquel hombre de espeso bigote y anchos hombros me miraba con respeto, como si yo fuese un héroe –. Llevamos mucho tiempo buscándolo.*

— *¿Cuánto tiempo exactamente? – pregunté en medio de una nube. No sabía cuánta medicación me estaban pinchando en vena, pero ya no había dolor. No quedaba rastro de aquel latido doloroso en mi piel, podía moverme sin que se me acabase el aire o una punzada me hiciera caer de rodillas.*

— *Una semana. – Lo miré sin terminar de creérmelo. A mí me había parecido mucho más tiempo, ayudaba que no hubiese ventana en mi pequeña habitación, aunque en cada tortura creí que pasaban días y habían sido muchas sesiones de cortes, golpes y juegos varios. ¿Siete días? Parecían tan pocos, una cifra que no hacía justicia, en absoluto, a lo ocurrido.*

— *La mujer murió. Lo lamento. – Aquel hombre de espeso bigote me miró confundido, su ceño se frunció y sus labios se plegaron en una sonrisa extraña. Yo temí que no supiera de qué estaba hablando, necesitaba un perdón que sabía que él no podía concederme.*

— *Murieron todos. No debes preocuparte por eso. Los localizamos gracias a ti, has evitado muchas más muertes. Estaban llevando a cabo los preparativos de una bomba para...*

— *Querían algo de mí – dije cortándolo, algo a lo que no estaba acostumbrado y que logró que la vena de su cuello se hinchase perceptiblemente. Supongo que lo dejó pasar debido a mi estado, tal vez aquel amasijo de heridas que era yo le diera pena, lo cierto es que no me puso en mi lugar –. Buscaban algo.*

— *No debe preocuparse por eso. Ya ha sido reubicado – me susurró inclinándose sobre la cabecera de mi cama, acercándose a mi oído, mientras el resto de hombres nos dejaban solos –. No puedo decirle mucho más.*

*Estamos muy orgullosos de su aguante, sabemos lo que ha sufrido y cuidaremos de usted. – ¿Cuidar de mí? Estuve a punto de reírme. Cuando había necesitado que alguien acudiera tuve que hacerlo yo, no se trataba de que hubiera resistido sino de que no recordaba la información que demandaban. Si lo hubiera sabido habría hablado mucho antes, incluso a riesgo de que decidieran deshacerse de mí. Al final el desconocimiento, aquella amnesia, me salvó la vida.*

— *¿Cómo me cogieron?*

— *Atacaron en convoy en el que viajaba con su patrulla. Lamento decirle que es el único que sigue con vida. – Asentí solemne ante aquella trágica noticia que no provocaba nada en mí. Debería sentirme mal, eran mis compañeros, dejé un par de minutos en silencio entre ambos. Por algún motivo no quería decirle que no recordaba nada. Algo dentro de mí me decía que necesitaba que pensasen que tenía esa información, en caso contrario... Mi instinto me había salvado y me fie de él.*

— *Necesito volver a casa. – Aunque no supiera cual era. Mi hogar, esa palabra traía una cálida sensación y quería escapar de todo aquello.*

*Qué sencillo fue que accedieran. Andaban con cuidado conmigo y me concedieron una medalla, un trozo de metal que guardé en un cajón avergonzado de lo que contaba de verdad, la historia real que manchaba mis manos de sangre. Todos querían estar cerca del gran héroe, yo solo conté parte de la historia.*

*Yo tenía amnesia, pero selectiva. Ciertos recuerdos me habían abandonado, pero no el GRAN recuerdo, continuaba en mi mente. Cuando el psicólogo se entrevistó conmigo reconocí no recordar los nombres, las cosas, mi trabajo, pero sí recordaba el gran secreto. Si él me preguntaba cuál era respondía que no podía decírselo, si me pedía una prueba escribía en un papel los números que había al dorso de aquel mapa. Aquellos números se habían grabado a fuego en mis retinas, podía soñar con ellos, escribirlos cuando mi mente se quedaba en blanco. Era algo que jamás olvidaría.*

*Fue prueba suficiente, me creyeron a pies juntillas. ¿Por qué habría de mentir el hombre que soportó la tortura y no dijo nada? ¿Por qué reconocer solo haber perdido parte de sus recuerdos y no todos ante los hombres que lo habían curado y tratado como a una persona?*



*Me volví un camaleón, pero de lo que estaba seguro era de que no quería nada malo en mi vida. Quería reír, disfrutar, emborracharme y entrar en cuevas húmedas y placenteras. Así lo hice.*

*Durante dos años tomé todo lo que podía ofrecirme la vida, dejé que mi cuerpo se recuperara y escondí las pesadillas en el fondo. Sombras que no podían llegar hasta mí. Aquel fue mi luto.*

*Aún recuerdo el día en el que Jonás se acercó preocupado, me necesitaba. Alguien estaba pasando información y necesitaban un topo, un agente doble. Acudía a mí porque éramos primos, a pesar de que nunca, en aquellos dos años, había tratado de llamarme o preguntar cómo estaba. De repente éramos íntimos.*

— *Hola chaval. ¿Te ha crecido la barba ya? – inquirí risueño. Había aprendido a usar frases comodín, todos acababan dándome los detalles que necesitaba.*

— *Hace mucho de eso Jerry. – Le palmeé la espalda con fuerza y dejé que aquellas carcajadas secas escaparan de mi boca –. Necesito tu consejo.*

— *Mal asunto chaval. Poco hay de lo que controle más que de alcohol y mujeres. ¡No me digas que tienes problemas con una señorita! – exclamé guasón mientras veía que se encogía, ahí fue cuando supe que había alguien. Él no sabía mentir, al menos no en ciertos temas.*

— *No quiero hablar de eso.*

— *Pues te recomiendo que te la tires hasta que se te pase el gusanillo. Todas parecen adictivas, pero se te pasa. Las olvidas – añadí. Mi yo pasado había estado comprometido, pero la mujer que me esperaba, esa que lloró feliz en mis brazos tras haber temido mi muerte, era una extraña para mí. La dejé besarme los primeros días, cuidarme, pero luego supe que le estaba haciendo daño. Sus caricias, sus atenciones, no provocaban nada en mí. Yo sabía que tenía que haber algo más y me confesé, ella me gritó, me odió y todavía lo hace. Yo la había olvidado y no había nada que ninguno de los dos pudiéramos hacer al respecto. Al menos respetó mi decisión y no trató de seducirme de nuevo. Habría sido muy triste para ambos.*

— *Es complicado, ya la conoces, aunque fuera a su versión más joven. – Me miró buscando algo en mis ojos. Esa mentira tan descarada que contaba muchas veces al devolver el saludo por no tener que explicar que*

*no sabían quiénes eran –. Pero no es de eso de lo que quiero hablar –  
añadió Jonás misterioso.*

— *Por tu cara no sé si quiero saberlo.*

— *No hay nadie mejor que tú que entienda mi compromiso, que vaya a guardarme el secreto. Has soportado un infierno y no has hablado. – Jonás me miraba excitado, algo lo tenía de los nervios. Parecía un buen hombre de firmes valores, quería proteger nuestro país, luchar por nosotros allí donde lo llamasen, pero yo mejor que nadie sabía que el precio era demasiado caro en demasiadas ocasiones –. Me han pedido que investigue, que busque al hombre que está filtrando información y quieren que me convierta en un agente doble. – Incluso a pesar de mi amnesia sabía lo que eso significaba. Si aceptaba, su vida terminaría muy pronto. Yo no deseaba eso para nadie, lo miré con pena, sintiendo que por mucho que yo dijera terminaría haciéndolo. Eran sus ojos los que mostraban esa determinación que vi en muchos compañeros, todos tenían ahora un relato desgarrador que nadie quería escuchar. Defendieron sus hogares, estaban orgullosos y volverían a hacerlo...*

— *¿No has dicho que tienes a alguien? Quédate por ella. Si aceptas antes o después la perderás – dije sin emoción en mis palabras, consciente de que muchas veces cuando pedimos un consejo ya hemos tomado la decisión inconscientemente. ¿Por qué me involucraba a mí? ¿Por qué debía cargar yo con aquella responsabilidad?*

— *También lo hago por ella. No creo seguir soportando la idea de no tenerla, necesito romper lazos. – Sonrió cansado. Había algo en su interior que lo martirizaba, que había creado una cárcel a su alrededor y él mismo pensaba castigarse por un crimen que dudaba mucho que hubiera cometido.*

— *Necesito pedirte algo.*

— *Creí que me estabas pidiendo mi consejo para tomar una estúpida decisión – arremetí furioso. Pocas veces levantaba la voz, en aquella ocasión no pude evitarlo. Creí recordar a un niño triste y curioso, lo recordé a él. En ocasiones me ocurría, eran como flashes dolorosos que llegaban por un olor, una frase, una cara –. No lo hagas. Ese es mi consejo.*

— *Debo hacerlo por ella. Por los dos. Si algo ocurriera necesito que estés a su lado. – Asentí en silencio, poco sabía en ese momento lo que conllevaría un simple movimiento de cabeza.*

*Después de aquello Jonás se pasó meses tratando de ayudarme, me llevó lejos y me contó el significado de su tatuaje. Aquella misma semana me hice yo también uno. Supongo que trataba de compensar su conciencia por si algún día me ponía en esa horrible tesitura, era su manera de darme las gracias.*

*En aquellos meses nos hicimos inseparables y entre sus muchos sermones me ayudó a ir dejando el alcohol, incluso vetó a varios de mis ligues. Nos hicimos amigos, yo jamás llegué a confesarle mi gran secreto, pero la noticia de su muerte me destrozó como al que más.*

*¿Qué me hizo seguir investigando? Que me vi incapaz de presentarme frente a la mujer que él amaba y apoyarla en algo tan duro. Llevaba demasiado tiempo viviendo en mi mundo de color de rosa, no me veía preparado para cumplir mi promesa.*

*La verdad vino en forma de informe y, gracias a mis contactos, conseguí hablar con él. Lo peor fue saber que estaba contento, se sentía pletórico de poder ayudar y la herida que casi acabó con su vida era una marca de la que estaba orgulloso.*

— *¿Cómo me has encontrado? – Cuando al fin pude verlo no parecía el mismo, había algo oscuro en él y supe que el día que aparecía en su esquela había muerto realmente. Habían creado al soldado perfecto y él aún no era consciente de todo lo que había perdido, tal vez el tiempo se lo mostrase. Sentí pena por él, me alegré de no haber acabado ocupando su puesto.*

— *Tengo contactos hasta en el infierno – dije con una sonrisa triste.*

— *¿Cómo están todos? ¿Cómo está ella? – preguntó nervioso. El uniforme le quedaba grande, aún se movía despacio y respiraba con cuidado.*

— *Aún no la he visto – repuse esquivo. Eso no era cierto, la había visto desde lejos y me parecía preciosa, la más hermosa del lugar y supe que Jonás ya no me caía tan bien como antes por lo que le había hecho a aquella mujer. Por algún motivo la destrucción de aquella belleza morena me importaba más de lo que quería reconocer. Solo necesité posar mis ojos en ella para saber que quería protegerla incluso de él.*

— *No le digas que sigo con vida. Es más fácil así.*

— *¿Para ti o para ella?*

— *Si ella lo supiera sabes que no la dejarían en paz. Es lo mejor para ella – repitió Jonás en automático. Desistí al ver sus ojos vacíos, de alguna manera había encerrado aquellas emociones que la morena provocaba bajo su piel, esas emociones que lo hacían sentir tan culpable. Siempre el miedo a dañarla y lo cierto era que ese mismo miedo estaba destrozándolos a ambos.*

*Yo jamás podría entenderle, me aferraba a las cosas buenas, aunque fueran clavos ardiendo. Prefería entrar en el infierno y quemarme que desistir antes de intentarlo.*

*No era lo correcto, no debía desearla con tanta intensidad, sin embargo, la primera vez que me habló en medio de aquella borrachera de campeonato supe que era única. Quise acariciarla, besarla, calmar aquel tormento y estar a su lado, pero me limité a escucharla.*

*El olvido es algo que yo comprendo. Esas lagunas que en ocasiones son mucho mejor que la realidad, de la que nunca podremos escapar. Ella olvidó nuestra primera conversación, yo jamás lo haría. La amé desde el minuto uno, su sonrisa me condenó a su infierno y solo ella podría darme la paz de ser feliz a su lado. La destrucción nos había marcado a ambos de una manera que difícilmente podríamos explicar a nadie más.*

*¿Sería ella más feliz sabiendo que Jonás vivía? Yo necesitaba pensar que sí y comprendí que era necesario para que, en el momento que me eligiera, si lo hacía, no hubiese secretos entre nosotros.*

## Capítulo 23

— Buenos días, preciosa. – Era mi primer permiso desde su visita sorpresa. A lo largo de las tres semanas que distaban de aquel día pasé por muchos estados de ánimo. Solo me quedaba coger al toro por los cuernos y ese toro era el grandullón que servía copas detrás de aquella barra.

Prácticamente saltó sobre la barra y corrió hacia mí como una apisonadora para estrangularme en un abrazo feliz. Reí mientras giraba sin pudor con él, cerré los ojos y abrí los brazos enfebrecida.

— Estás loco.

— Ya te he dicho que estoy loco por ti – dijo Jerry con alegría. Su voz resonó con fuerza, fuimos el entretenimiento de las tres personas que en aquel momento se encontraban allí. No me importaba lo que pensasen –. Me pusiste a cien cuando te vi con aquel uniforme. – me susurró indecentemente. Sonreí consciente de que con él todo era transparente, lo que sentía lo expresaba sin miedo y descubrí que sentía por él mucho más de lo que pensaba.

Cuando me envolvió entre sus brazos fue como llegar al hogar, ese lugar perfecto en el que podía cobijarme sin miedo, sin tener que medir mis palabras por miedo a perderle. Él quería a la mujer que era, con mis defectos ante todo y me sentí libre al fin.

Lo miré en ese momento perfecto de revelación y abrí los labios dispuesta a darle lo que creí que nunca volvería a ceder, pero supe que antes necesitaba algo más. Comprendí que ya no era una niña, era importante poner las cartas sobre la mesa desde el principio y yo quería saberlo todo de él.

Cuando mis pies volvieron a tocar el suelo lo llevé fuera y caminamos hasta el parque con nuestras manos entrelazadas. No me atreví a decir nada y me concentré en su pulgar trazando círculos sobre la piel más sensible de mi muñeca.

Nos sentamos sobre la hierba, un momento hermoso que traté de memorizar. Si aquel iba a ser nuestro comienzo quería recordarlo todo, aunque

al final en lo único que podía concentrarme era en él. Lo demás se difuminaba.

— Parece importante.

— Lo es – dije segura de mí misma. Sonreí para quitarle hierro al asunto. Pocas veces me dejaba el pelo suelto, pero aquel día lo hice y disfruté de aquella ligera brisa azuzando mis mechones mientras nuestros ojos se conectaban. Estaba segura de que podía leer en él, esperaba no equivocarme esta vez –. Se trata de Jonás y de ti. – Se tensó y yo aproveché para saltar sobre su regazo abrazándolo mimosa. Se sorprendió, yo disfruté de ese ligero rubor que tiñó sus mejillas. Era tan hermoso, tan perfecto e inmenso. Músculo puro listo para ser domado. Sonreí pensando en todas las maneras en las que podía hacer que me compensase por los secretos.

— No quiero hablar más de él. Sabes que no puedes contarle a nadie que sigue con vida. – Asentí. No era tonta, tampoco tenía a nadie al que le importara.

— ¿En algún momento quiso hablar conmigo? – pregunté necesitando cerrar aquel capítulo, queriendo conservar la imagen del muchacho, del hombre al que había adorado cada día de mi vida. Un hombre que se tiró sobre mí para protegerme de la muerte, pero que no había dudado en hacerme sufrir. Sus ojos se desviaron y temí que me mintiera por protegerlo – No soy débil, puedo soportarlo.

— Él solo quería protegerte.

— Entonces no.

— No.

— ¿Quería que lo supiera? – Por mucho que ya me había respondido a aquella pregunta en el pasado mi mente no había dejado de elucubrar y necesitaba oírlo de nuevo.

— No.

— Te dijo qué era lo que iba a decirme ese día – Asintió y sentí que mi corazón se paraba en el centro del pecho. Me negué a ilusionarme, me aferré a lo que Jerry provocaba en mí. Lo amaba y lo amaría mucho más que a Jonás, estaba convencida.

— Lo hizo, demasiado alcohol. – Sus palabras y su mirada me hicieron recordar algo, pero lo dejé pasar. Algo vergonzoso más que añadir a la lista.

— ¿Y bien?

— No creo que quieras saberlo, no ahora. – Me acarició la cara y dibujó la línea de mis labios con sus dedos. Estaba lleno de ternura y fuerza, oscuridad y luz.

— Lo necesito. Por favor.

— Jamás podría negártelo, preciosa. Iba a pedirte matrimonio. – Me quedé sin aire. Las cosas no podían haber cambiado tanto –. Me lo confesó antes de despedirnos, me sorprendió.

— ¿Por qué? ¿Por qué se fue? – pregunté y vi el dolor que mis palabras habían causado en él – No importa.

— Es una suposición, pero por lo que dejó entrever creyó que el ataque fue una especie de revelación. – Lo comprendía mejor de lo que él creía.

— Yo lo vi morir. Se quedó quieto, sangrando sin parar. Es todo tan complicado... - dije con los ojos de aquella niña clavados en mí. No necesitaba cerrar los ojos para ver a aquella niña diminuta cayendo a cámara lenta ante mis ojos.

— Lo hizo, pero lograron resucitarlo. No puedo decirte más.

— Te amo – lo dije de golpe y a bocajarro. Él parpadeó sin reaccionar, mirando mi boca como si otra persona me hubiera controlado momentáneamente. Al final enterró su cara en mi cuello, comprendí que era algo que haría muy a menudo.

— Gracias, gracias, gracias. – Lo abracé con todas las fuerzas que tenía. Lo sostuve al ver el miedo, el pánico que había sentido –. Por un momento pensé que te perdería. Yo también te amo. Gracias, preciosa. Gracias. – Y siguió así hasta que no tuve otro remedio que callarle la boca con un beso enorme.

## Capítulo 24

**S**i esperaba tranquilidad la encontré por un tiempo, el fantasma de Jonás me abandonó y pude disfrutar de una pareja real. Un hombre que gozaba haciéndome feliz, y al final me decidí a dejar el ejército.

Quería una vida normal, una familia, hijos. Quería todo ese pastel del que habría renegado meses antes. Quería el riesgo de pertenecer a alguien y ser correspondido.

Era viernes, Jerry estaba a punto de llegar. Era tarde, pero el bar cerraba a las tantas y no me preocupé. Lo cierto era que me había acostumbrado a esos horarios intempestivos y disfrutaba de esos momentos para pintar, una afición que calmaba mis demonios interiores.

En aquel momento pintaba un rostro diminuto, la niña del cuadro abría las manos hacia mí buscando ayuda. En aquel instante, justo en aquel momento ella aún tenía todas las posibilidades abiertas. Todo era posible. Sonreí al imaginarme lo que habría podido lograr si el mundo fuera perfecto.

Había odiado a aquella pequeña, ahora la recordaba con tristeza y amor. Comprendí que debía quererla porque nadie había sabido hacer lo suficiente para protegerla, quería pensar en ella para que su recuerdo no se difuminase en el tiempo como si nunca hubiera existido. Me aferraba a aquel momento en cada una de mis obras. Jerry las denominaba mis horrores, aunque en cierta manera eran solo distintas realidades. Jugué con el pasado en cada uno de mis lienzos.

El vestido que llevaba en aquel cuadro era rosa, bonito, lleno de lazos. Dudaba mucho que alguna vez se hubiera puesto algo parecido, pero era una niña y en mi cuadro se veía feliz, hermosa, sin embargo, no podía evitar mostrar el toque triste, esa pincelada que como siempre contaba mis secretos más oscuros.

Dejé el pincel sobre la mesa al sentir el teléfono. Nadie lo usaba y eso provocó en mí el malestar. Avancé con una sensación extraña en el vientre. Descolgué aquel aparato preguntándome por qué seguía teniéndolo y no fui



capaz de decir nada. Instinto, esa palabra quedó colgada en el aire.

— Hola. – No podía ser. Me tuve que sentar en el suelo. Me costaba respirar y miré aquel teléfono endemoniado.

— ¿Qué quieres? – Probablemente le sorprendiera que no le preguntara por qué seguía vivo, que no gritara como loca al pensar que un fantasma había decidido establecer contacto, pero no dijo nada.

— Necesitaba hablar contigo.

— No hay nada de lo que hablar – dije contundente lista para colgarle.

— Lo siento. – Aquellas palabras, quizás las únicas capaces de paralizarme.

— ¿Qué sientes exactamente? ¡¿Qué Jonás?! No entiendo qué buscas llamándome ahora, pero voy a colgar.

— La he cagado. Necesito una amiga. – El viejo Jonás, su voz lastimera solía funcionar. Yo siempre accedía por mucho que no quisiera. Era superior a mí.

— No es asunto mío – dije mientras él ya había empezado a hablar por encima de mí, esperaba que aceptara y no había tenido la delicadeza de esperar a que contestase antes de empezar a pedirme cosas. Seguía queriéndolo a mi manera, no era la misma.

— Me matarán – repuso tras procesar mi negativa. Probablemente no había tenido la delicadeza de informarse sobre mi nueva vida antes de realizar aquella llamada. Siempre pendiente de él, solo para él, eso esperaba de mí y me parecía patético. Yo había sido patética.

— Ya estabas muerto Jonás, para mí lo estás.

— Te necesito. Eres la única en la que puedo confiar. – Sonaba derrotado, pero no podía arriesgarme, no con una vida creciendo en mi interior. Había algo mucho más importante que Jonás y era mi familia. Una familia que se estaba formando, que estaba creando sólidos lazos y que no iba a poner en riesgo por él.

No me sentí bien por tener que negarme de nuevo, lo hice. Fue duro, las palabras se atoraban en mi garganta, recordaba quiénes habíamos sido y lo mucho que lo quise.

— Saldrás de esta, siempre lo haces. – Deseé que así fuera. Quería que

todo le saliera bien, ojalá que algún día encontrara la felicidad, sin embargo, era el momento de pensar en mí.

— Has cambiado, al final también tú me has dado la espalda. Eres igual que mi madre, ella tenía razón. – Ahí exploté, no por el presente sino por el pasado. Tanto tiempo aguantando, recogiendo las migajas que había querido darme, callándome por miedo a perderle y aceptando sus pataletas, sintiéndome incapaz de contraatacar y justificándolo todo por lo que había tenido que sufrir. Sin embargo, todos sufrimos y no nos dedicamos a usarlo de excusa, si tenía sus fantasmas habría de lidiar con ellos como hacíamos los demás.

— Eres patético. Si tienes traumas acéptalo de una vez. Tú me dejaste pensando que estabas muerto, ¿tanto te extraña que acabara aceptándolo? Hubo un tiempo en el que creí que me amabas, aunque no eras capaz de reconocerlo. Pensé que estabas roto y yo podría curarte con paciencia, cariño, comprensión. Ahora me doy cuenta de que solo eres incapaz de pensar en nadie que no seas tú mismo. Si al menos dejaras de creerte el ombligo del mundo... - Terminé con tristeza -. Me perdiste tú solo, yo no te traicioné. Si no eres capaz de verlo lo siento mucho por ti.

Colgué y me quedé allí sentada. Tenía pensado contarle la gran noticia a Jerry, pero cuando llegó seguía en el mismo lugar. Me llevó en brazos hasta la cama y me estuvo contando como había ido su noche, no hizo preguntas.

— Jonás ha llamado – dije de pronto.

— Comprendo.

— Dice que corre peligro de muerte.

— ¿Qué le has contestado? - ¿Acaso temía que saliera corriendo en busca de Jonás? Por su tono, por su postura, supe que así era. Daba igual las veces que le había dicho los últimos meses que lo amaba con todo el corazón, seguía pensando que saldría corriendo si veía la posibilidad de volver con Jonás. Eso me cabreó, y mucho.

— Qué me lo voy a tirar en esta misma cama cómo no – Lo amenacé furiosa. Él quiso acercarse y lo golpeé con fuerza, de pronto me detuve, recordé que no era solo yo y me abracé el vientre -. ¿Es eso lo que sigues pensando de mí?

— No, yo...

— ¿Tú qué? ¿Acaso no te he demostrado que te amo?! – Y es que el amor, aunque fuera esquivo cuando llegaba lograba derribar muros, lograr lo impensable. Él me había dado confianza, fuerza, amor y había creado algo sólido entre ambos. Nunca podré decir que Jerry no sea desquiciante, que no tenga defectos o pequeñas manías que traté de cambiar, de lo que estaba completamente segura era de que lo amaba con cada fibra de mi ser por la bondad que demostraba cada día.

Estaba obcecada, cegada con aquella sensación de pertenencia, de inmensidad, de calidez que se había instalado en mí. Lo daría todo por él, por nuestro hijo con los ojos cerrados pues estaba convencida de que él jamás haría algo que me pusiera en peligro.

Jonás siempre me había negado un beso, él estaba convencido de que era el gesto más íntimo entre dos personas, de que podías darlo todo en un beso y quedar atado a alguien sin remedio.

Cuando miré a Jerry anhelé sus labios, mi antiguo yo jamás habría pensado en algo parecido en medio de una discusión, se habría aferrado a la afrenta y habría puesto distancia, pero con Jerry era diferente.

— ¿Palabras equivocadas?

— Siempre se me ha dado muy bien meter la pata, preciosa. ¿Qué te ha dicho? – preguntó volviendo al ataque.

— Está en peligro, pero yo ya no puedo ayudarlo. No de la manera que él necesita. – Me sinceré con él, a su lado todas esas cosas que me asustaban de mi misma, esos secretos inconfesables se volvían soportables –. No puedo hacerlo.

— Lo haré yo.

— ¡No! – dije asustada. Temía demasiado que le ocurriera algo, no soportaba la idea de perderlo y quedarme sola, mucho menos en aquel momento. Había tenido suerte por haberlo encontrado, me sentía tan feliz que comprendí que la pérdida sería igual de devastadora – No me dejes sola.

— No me pasará nada – dijo sonriente. El brillo volvió a sus ojos, acaricié ese rostro cuadrado, de facciones marcadas y masculinas.

— No nos dejes solos – dije de pronto haciendo que se quedase blanco. Sus ojos buscaron los míos y descendieron con lentitud hasta mi vientre. No estaba segura de lo que esperaba encontrar, no obstante, acarició mi barriguita

con mimo, con adoración y cara de estúpido. Estaba tan sumamente segura de que sería el mejor de los padres... Ya podía imaginármelo y por eso la idea de que se pusiera en peligro no era algo aceptable. No lo iba a permitir –. Ya no puedes tomar esas decisiones unilateralmente.

— No me pondré en peligro, lo prometo. Solo haré un par de llamadas. Nada más. – Recogió mi rostro entre sus manos, el calor de su piel confortaba mi alma mucho más que nada de lo que pudiera decir.

Juntos éramos fuertes, poderosos. Nada podía con nosotros si él estaba a mi lado, tenía todo aquello que a mí me faltaba, me contagiaba de esa alegría y vitalidad, un optimismo del que yo carecía. Por mi parte aportaba ese punto de desconfianza justo, ese punto de realidad que a él se le escurría entre los dedos. Poco era lo que no pudiéramos lograr juntos, y nunca nos rendiríamos con nada.

— Tengo miedo. – Mis palabras salieron disparadas, pero él no mutó su infinita sonrisa. Sabía que tendía a preocuparme, a martirizarme por los detalles más nimios. Era eso lo que esperaba –. Tengo miedo de ser madre.

— Serás una gran madre.

— No lo entiendes. Yo... - Me acaricié el vientre con amor, un amor infinito que era incapaz de controlar. El miedo a fallarle, a convertir su vida en un infierno, a tomar malas decisiones, el miedo que siempre me acompañaba y mi manera de ser. Yo no era como él, él siempre sabía lo que debía decir.

— Son los nervios. Serás la mejor de las madres. Eres increíble, preciosa.

— La niña, ¿recuerdas la niña de la que te hablé? Últimamente no dejo de soñar con ella, me despierto agitada con su imagen en mi cabeza. No voy a ser una buena madre. – Sollocé temblorosa, mi mundo cambiaba y nunca había procesado muy bien los cambios.

— Lo serás y siempre contarás conmigo para apoyarte en los malos momentos. Siempre estaremos juntos.

Aquel beso que Jonás siempre me había negado, esa conexión que decía que se establecía entre dos personas la hallé en aquel momento. Nuestros labios se unieron, al principio tímidamente, como si fuera la primera vez. Descubrí que ese beso al que tanto temía Jonás no tenía por qué ser el

primero, ni el segundo. Podía ser cualquiera, pero era fácilmente reconocible.

Cuando su lengua entró en mi boca sentí algo mágico, sentí una corriente eléctrica recorriéndome y entrando en él. Fue como un lazo invisible que nos envolvió y nos mantuvo separados del resto del mundo.

Dejé que el placer me hiciera olvidar mis dudas, me sentí conectada a él como nunca había estado con nadie. Y aquel lazo no se rompió cuando, tras unos interminables minutos, nos separamos.

— Eres mucho más buena, más bonita, más lista de lo que crees. Encontrarás tu manera, siempre lo haces. – Su índice tocó mi pecho, justo encima de donde debería estar mi corazón. Lo señaló primero y luego lo besó a través de mi piel –. Jamás podría amar a nadie que no fueras tú.

Ya lo sabíamos todo el uno del otro, su amnesia era el mayor tabú entre ambos, pero para mí no era nada. Yo amaba al hombre que había conocido, quién había sido antes era el pasado.

— Sabes que tendrás que cambiar pañales – exclamé risueña de pronto. Él me hizo unas leves cosquillas divertido.

— Y caca. ¡Caca!

— Pero lo queremos sea como sea.

— Sería imposible no hacerlo, preciosa. Si se parece a ti será perfecto y si se parece a mí habrá salido de ti por lo que también será perfecto. Ahora que hablamos de cosas que salen de ti, ¿puedo entrar en la cueva de los deseos?

— No creo que sea una buena idea, podemos hacerle daño – susurré alejándome sin poner mucho de mi parte. ¿Cómo negarme cuándo me lo pasaba tan bien?

— Te trataré con mucho cuidado.

— ¡JA! A mí me gusta duro y lo sabes.

— Ahora somos padres – dijo resignado –. Tendremos que hacer sacrificios.

## Capítulo 25

**L**a boda. Esa palabra tabú que me traía de cabeza. Estaba gorda, inmensa, podía parir en cualquier momento y lucía un vestido de novia, más parecido a una carpa de circo. Creo que Jerry no conseguía abrazarme del todo, aunque él insistía que era impresiones mías.

Todos decía que me veía hermosa, que el embarazo me daba una luz especial. Luz no sé si tenía, el gran misterio era cómo seguía engordando cuando era incapaz de retener la comida en el interior de mi cuerpo. Misión imposible.

Aquel día no había mucha gente, aunque Amanda era la madrina. Volví a acercarme a ella, la acompañé a conocer a su pequeño tesoro y disfruté. Descubrí que yo quería mucho a aquella pequeña traviesa de pelo dorado y me convertí en la tita. Una tita que la malcriaba, pero Amanda prometió que se vengaría con el mío. Va a ser un chico como su padre, casi puedo imaginármelo frunciendo el ceño en miniatura y poniéndose colorado.

En un día como aquel en el que todos debíamos ser sumamente felices, las mesas se llenaban de regalos y buenas intenciones. Yo había perdido el interés al segundo, no comprendía que gente a la que no había visto en años mostrara ese nivel de felicidad y buenos deseos. Mi familia también apareció, se acercaron temerosos y yo los acepté como debí haber hecho desde el principio.

Mi madre lloró y mi padre se aferró a mi tío cuando me vio con el vestido, creo que incluso soltó una lagrimita. Aunque no quisiera reconocerlo me estaba sintiendo genial. Una etapa de mi vida terminaba y estaba ansiosa por comenzar la siguiente. Quizás habría preferido que mi niño llegara unos meses más tarde, bueno no, estaba ansiosa por verlo. Ponerle rostro se había convertido en uno de mis mayores anhelos.

— Cariño, me alegra verte tan bien — dijo mi madre con una sonrisa tímida en los labios. Yo la abracé con fuerza y ella me apartó con cuidado acariciando mi vientre con amor. Me sentí fatal el día que fui a verlos y

disculparme. Los había alejado sin motivo, nadie mejor que ellos para apoyarme en aquellos momentos, sin embargo, no fui capaz de verlo. Me prometí que los compensaría. Ellos me lo habían dado todo y se merecían que devolviera el mismo amor que me habían profesado.

— Me veo gorda.

— Os veis hermosos. Sois dos, me encantaría que pudieses verte a través de mis ojos, cariño. – Me besó en la mejilla y nos dimos un beso de esquimal como cuando era pequeña. Ella era maravillosa, ojalá yo estuviese a su altura. Quería compartir con mi hijo aquella conexión, ¿cómo había sido tan estúpida de alejarme de todos? Jerry me había ayudado a hacer las paces conmigo misma y mi sensación de culpa, dándome el valor que necesitaba para volver a mirar a los que me querían a los ojos y pedir perdón.

— Lo amo – susurré avergonzada. Aquel era el día para demostrarlo, por eso estábamos allí. No obstante, era consciente de que todos los ojos estarían fijos en nosotros y no sabía si tropezaría, si le daría un cabezazo nervioso en lugar de un beso... hay tantas cosas que podrían salir mal... -. Estoy aterrada – reconocí.

— Normal. Lo raro sería que no lo estuvieras.

— Tú te veías sonriente y hermosa, he visto las fotos.

— Tuve diarrea – me confesó en un susurro que me hizo sonreír. Mi madre era única, en cierta manera me recordaba a Jerry –. No quieres saber cómo logré llegar hasta el altar.

— ¿Y la noche de bodas? – pregunté divertida. Ella negó solemne mientras me recolocaba el velo que se había movido.

— Digamos que tu padre tuvo que cuidar de mí.

— Espero llegar a ser como vosotros – dije conmovida. Ella se limpió una lágrima silenciosa que descendía por su mejilla.

— Ya lo sois. He visto como os miráis. Al fin eres feliz y yo soy feliz por verte así. No sabes cuánto tiempo llevo deseando verte así – exclamó cogiéndome las manos y levantándolas para mirarme a placer –. Vale, sí que te ves un poquito rellenita – añadió –. Pero quien me diera esas tetas. – Y tan pancha. La quería muchísimo.

Antes de dirigirme al altar del brazo de mi padre un niño me acercó una

carta. Vino corriendo y corriendo se marchó, no me dejó hacerle preguntas. Tampoco vi nada raro en aquella carta y la dejé sobre la mesa. Me olvidé por completo de ella.

Con pasos lentos me aproximé al hombre de mi vida, mis piernas se habían convertido en gelatina. Lo miré en todo momento, traté de olvidar que todos nos miraban, que yo me veía inmensa y mis pies eran dos morcillas enormes.

Sonreí al ver como su ceja derecha se elevaba varias veces con una sonrisa pícaro, eso me dio fuerzas para seguir avanzando. Mi padre me sostuvo, me besó en la mejilla antes de entregarme. Sentí su cariño, su ternura y el orgullo que transmitía.

Debí apreciar lo que tenía mucho antes de aquel día, me arrepentía de muchas cosas, pero caminar hacia el lado de Jerry fue un antes y un después.

Se veía sumamente atractivo en aquel traje negro, no le gustaba sentirse tan apretado y a lo largo de la ceremonia se recolocó varias veces la corbata, estaba segura de que tenía ganas de arrancarse aquel trozo de tela y lanzarlo lejos. Sonreí, lo conocía mejor que a mí misma.

— ¿Tienes unas palabras preparadas? – Aquella pregunta era lo que más temía de toda la ceremonia, intenté crear unos hermosos votos, al final no pude enlazar dos palabras seguidas. Nada era suficiente, nada describía cómo me hacía sentir o lo mucho que lo amaba.

— No. – Todos me miraron, nadie esperaba una respuesta tan seca por mi parte. Jerry me observó divertido –. Solo diré lo que siento en este momento y cada vez que me toca. Quizás deseen tapar algunos oídos – dije con una sonrisa que presagiaba confesiones muy sucias. Disfruté de la sorpresa de todos –. Pero es nuestro momento, ¿no crees? – le pregunté saltándome el protocolo de aquella ceremonia.

— Eso es lo que me gusta tanto de ti, preciosa.

— Te amo y por eso estamos aquí. No eres perfecto, en realidad tienes muchos defectos, sin embargo, te amo como eres. No cambiaría nada de ti, estar contigo es volver a mi hogar y sé que siempre estarás ahí cuando te necesite. – Lo miré unos segundos, él me tomó de la mano. Podía escuchar su respiración agitada a mi lado –. Me gustaste sin saberlo, me gustaba cómo me besas, como me acaricias y como sabes mantener silencio cuando me cabreo. Casi siempre tienes tú la culpa, por cierto. – Se escucharon las risas a nuestras



espaldas, pero la más sonora era la de él –. Me encanta tu alegría, tu sonrisa y la forma que tienes de mirarme como si fuera lo más hermoso del mundo. Ojalá nunca dejes de hacerlo. – Deseé, recé porque así fuera. Miré a aquella figura de madera tallada de Jesús y se lo pedí, haría cualquier cosa por hacerlo feliz –. Nadie me conoce como tú lo haces.

— Eres perfecta – susurró él acercándose. El sacerdote tosió levemente y Jerry volvió a separarse de mi cuerpo dándome espacio. Hasta que aquella ceremonia terminase no podíamos apenas tocarnos, besarnos, amarnos. Para nosotros, sin embargo, era una promesa de eternidad; al menos eso fue lo que me dijo él cuando se declaró.

— Solo por creértelo tengo que ponerte la argolla en el dedo y atarte en corto – dije yo. Allí supe que quería terminar de esa manera mis votos. Asentí hacia el sacerdote.

— Es su turno – dijo con fuerza el sacerdote mirando a Jerry. Su voz era potente para la edad, que su rostro arrugado y carcomido por el paso del tiempo evidenciaba. A nadie le preocupaba en aquel momento el sacerdote, todos mirábamos a Jerry y él solo tenía ojos para mí.

Tocó mi vientre, posó su mano con delicadez y trazó un corazón sobre él. Nuestro hijo reaccionó al instante y golpeó con toda su fuerza. Mis dos machotes.

— Yo quiero prometeros a ambos que cuidaré de vosotros y os apoyaré siempre. – Sentí que sus palabras me enternecían –. No supe quién era hasta que te conocí, tú le diste sentido a mi vida. Me hace feliz compartir mi vida contigo y no puedo esperar para conocer a nuestro hijo. Te amo, quizás no se me dan tan bien las palabras como a ti. – Terminó encogiéndose de hombros.

La ceremonia fue corta para los invitados, para mí el tiempo voló. De pronto nos habían autorizado para besarnos, para sellar aquel acuerdo y comprendí que nadie podía evitar que lo hiciéramos. Éramos dos trenes abocados a chocar y permanecer siempre juntos.

Su olor era algo especial, no se trataba de la colonia o el jabón, era el aroma de su piel, incluso su sudor. Sabía que mis sentidos se habían desarrollado, era como un sabueso en acción, no obstante, había muchas cosas buenas. Podía enterrar mi nariz en su pecho y aspirar sabiendo sin lugar a dudas que aquel aroma picante era el suyo, sonreí al hacerlo.

— ¿No lo has oído? – preguntó Jerry mientras me devolvía el abrazo. Asentí contra su pecho como una niña pequeña. Alcé el rostro, me sentí ridícula y temblé. Sus manos me sujetaron, sus brazos me envolvieron con dulzura y su boca descendió hacia la mía buscando eso que ambos necesitábamos para sobrevivir.

No era el lugar adecuado, se nos olvidó. Una vez nuestros labios se tocaron, nuestras lenguas buscaron su hogar en la boca del otro, un juego que siempre nos llevaba a acariciarnos nerviosos. Fueron las risas, que llegaron a la fuerza a través de la neblina que se formaba a nuestro alrededor en aquellas ocasiones, las que nos hicieron recular con tiempo y a mí me pusieron dos hermosos coloretos.

— No puedes dejarme así... - Gimió acercando su cadera a mi vientre cuando pensaba que nadie nos veía. Yo miré a nuestro alrededor buscando ojos indiscretos.

— Compórtate. – Aunque mi mano buscó aquel bulto con curiosidad.

— Eres mala y lo sabes.

— Ya me conocías cuando me compraste – respondí mordiéndome el labio –. Creo que vas a acabar mucho peor marido mío.

— Qué bonito suena. Quizás ahora estés a salvo preciosa, pero cuando todos se vayan te castigaré por lo mala que has sido.

— No – dije mientras me alejaba a saludar a mi padre. Más bien quería darle un enorme abrazo y darles a mis padres las gracias por haberme acompañado y no recriminarme lo estúpida que había sido –. Tal vez te castigue yo a ti – añadí sobre mi hombro.

— No estaría mal. Yo también he sido muy malo. – Me alejé con una sonrisa.

Volví a entrar en aquella salita donde había esperado una hora antes. Estaba vacía, ya estaba lista para salir y seguir buscándolos cuando la carta llamó mi atención. Nunca sabré por qué elegí aquel momento para abrirla, qué me impulsó hacerlo, pero como siempre mi mundo vibró bajo mis pies lo justo para que tuviera que sentarme.

*Querida Nataly,*

*Perdóname por molestarte en este día tan especial, pero necesitaba*

*decirte un par de cosas. Quiero que sepas que jamás quise hacerte daño, era justo eso lo que pretendía evitar, pero tenía demasiado miedo y ambos sufrimos inútilmente.*

*Ya sé que hoy te casas, también que serás una gran madre, debo reconocer que ahora que te he perdido comprendo que habría deseado con todas mis fuerzas que ese pequeño fuera nuestro. Fui un estúpido y ahora te he perdido para siempre.*

*No te escribo esta carta para hacerte daño, espero de todo corazón que encuentres la felicidad. No he sabido estar a tu altura, pero necesito contarte un par de cosas, quizás para dejarlo todo atrás. Creo que también es el momento de avanzar para mí.*

*No volveremos a vernos, después de lo ocurrido he decidido viajar, dale las gracias a Jerry por todo lo que hecho por mí. Naty él no solo te ama, él es un gran hombre y me alegro de que haya sido él el que haya robado tu corazón.*

*Siempre supiste que tu amor era correspondido, estoy seguro de que podías notarlo por mucho que yo tratase de mantenerme lejos de ti. No supe estar a la altura, me preguntaste muchas veces por qué me mantenía siempre alejado y... no sé cómo empezar.*

*Como dices tú es mejor comenzar por donde más temas, soltar eso que te martiriza de golpe y partir de ahí... Para mí nunca ha sido tan sencillo. Fue una revelación más bien, una imagen que cruzó mi mente y me mostró en lo que se convertiría tu vida si permanecías a mi lado, al menos así lo sentí yo. No, no estoy loco, pero sé que hay una oscuridad en mí que nunca he sabido controlar. Tal vez ahora, que al fin puedo decirlo en voz alta, logre encontrar la paz que llevo tanto tiempo buscando.*

*El primer día que te llevé en mi coche te veías hermosa, recuerdo que no podía dejar de mirar tus ojos y tu escote. Eras tan ingenua que te sonrojabas cada vez que te rozaba y yo disfrutaba de esos temblores que te embargaban. Todo comenzó como un juego, ¿lo recuerdas? Fue la única vez en mi vida que te alcé la voz, pude ver el miedo en tus ojos.*

*Tú buscabas en mí un acercamiento y quería dártelo, pero te deseaba con demasiada intensidad. Aquel día me pediste que te llevara a casa y terminamos a las afueras. Yo estaba nervioso y tú creías que era el gran momento, entre nosotros hubo demasiados. Ojalá me hubiera atrevido*

*alguna vez a besarte, pero temía que, si lo hacía, sería incapaz de dejarte marchar.*

*Te veías preciosa, eras la más hermosa que he visto nunca. Detuve el coche y tu sonreíste, puedo recordarlo como si fuera hoy. Cuando me incliné cerraste los ojos con fuerza y entreabriste los labios, sonreí con orgullo al verte, estaba tan cerca... pero algo en mi interior despertó con fuerza. De pronto no solo quería un beso, quería desgarrar tu ropa y hacerte gritar de placer. ¿Qué puede haber de raro en eso? Pues que al mismo tiempo que esas imágenes acudían a mí llegaban otras, imágenes en las que me mirabas con odio y resentimiento, acusándome de haberte jodido la vida.*

*Fue como ver a mi madre bajo tus ojos, escucharla hablar por tus labios. Fui débil, estaba tan convencido de que jodería tu vida que no me vi capaz de cargar con ese peso.*

*Solo fue un segundo, pero aquellas imágenes me hicieron empujarte como si quemases y mantener las distancias. Me repetía que jamás sería capaz de hacerte algo así, te quería demasiado, pero tú eras especial y eso creaba miedos incontrolables en mi interior. Contigo mi demonio despertaba al dejarme llevar y temía dañarte, fuera como fuese.*

*Guardaré esos pocos momentos que compartimos, esos momentos en los que perdí la cordura entre tus brazos como el mayor de mis tesoros. Lamento no haber podido dártelo todo como te merecías.*

*Sé que es culpa de mi madre, no creo que el mal se herede por mucho que ella me lo haya repetido. Ahora dudo que algo así hubiera pasado, pero te amaba como solo los críos pueden hacerlo, te convertiste en mi obsesión. Quizás ha sido mejor así, nunca estuvimos realmente destinados el uno para el otro.*

*Te vi hace unas semanas, escondido, desde lejos. Caminabas tan feliz... jamás había visto una sonrisa tan hermosa en tu rostro. Es por eso que siempre le agradeceré a Jerry que te encontrara y te ame como mereces.*

*Volviendo a lo del coche, a mi obsesión, no estoy loco; aunque hubo un tiempo en el que estaba convencido de que había algo estropeado en mi mente. Creo que dejé que mi madre proyectara sobre mí sus fantasmas y al conocer a alguien que realmente amaba temí que todo lo que ella decía sobre mí fuera verdad. Eras mi gran debilidad.*

*Ahora voy a un psicólogo, él me ha ayudado a conocerme mejor a mí mismo y a perdonarme. Lamento de todo corazón lo que te he hecho pasar, las lágrimas que has derramado por mi culpa y quiero que sepas que eres la mujer más maravillosa que jamás podré encontrar. Incluso cuando nuestro amor no tuvo el final de cuento fue un amor real y lo guardaré con cariño en mis recuerdos. Me has demostrado que soy mucho más que mi ADN.*

*Quiero quitarte un peso de encima, siempre supe que hablaste con mi madre. Ella misma me lo dijo, riéndose de mí, cuando volví a casa. Fue la única vez que me esperó en la puerta y me preparó la comida, por unas horas creí que me había perdonado, pero al final solo buscaba hacerme daño. Lo cierto es que temí que te hubiese alejado, sin embargo, al día siguiente ahí estabas a pesar de conocer mi más oscuro secreto. Eres única, tu corazón es inmenso y tú me has mantenido con vida desde el mismo momento en el que me sonreíste tímidamente aquella tarde de verano.*

*Nunca seremos nada más, aunque nunca podré olvidarte.*

*Gracias, gracias por ser la mujer que eres y no mires atrás, no dejes que mis pecados te salpiquen. Cuida a tu hijo y funda la familia que siempre deseaste. Sonríe, disfruta, sé feliz.*

*Perdona mi cobardía, temía demasiado convertirme en mi padre.*

*Te quiero.*

*J.*

# FIN

Lloré con el corazón encogido. Lloré por él y deseé con toda el alma que encontrara la paz. Sabía que él jamás habría sido capaz de dañarme, al final sí que lo había conocido, pero sus demonios siempre habían sido mucho más fuertes que nosotros.

Rompí aquel papel en pedazos diminutos y los dejé sobre la mesa, sonreí y recompuse mi maquillaje lo mejor que pude. Salí de allí caminando despacio, pero segura, avancé hacia el que ahora era mi marido y me cobijé en sus brazos.

Me abrazó sabiendo que lo necesitaba, que aquellos minutos me ayudarían a respirar con normalidad. Lo miré con una sonrisa de orgullo, me colgué de su brazo como su compañera, amiga y confidente.

Salimos de aquel lugar como una sola persona, riéndonos del futuro y con ganas de que llegase. Nos tiraron arroz y pétalos de rosa, una mezcla rara. Aquellos granitos se metían por cualquier sitio y él usó su chaqueta para cobijarme, él siempre me protegía incluso de las cosas más tontas.

Lo amo, amo a mi hijo y soy feliz.

# Muchas gracias

**M**uchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A\\_R\\_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCid

Os espero...